



EMILIO ZOLA

NUEVOS CUENTOS A NIÑOS

VERSIÓN CASTELLANA DE

SIRO GARCÍA DEL MAZO

TERCERA EDICIÓN



MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Avenida de Santa María, núm. 4, bajo.



**NUEVOS CUENTOS**  
**A**  
**NINON**

## OBRAS DE EMILIO ZOLA

**Germinio.**—Versión castellana de Angel de Luque, segunda edición: dos tomos en 8.º mayor, de más de 1.000 páginas entre los dos tomos, 6 pesetas en rústica.

**Su excelencia Euménio Rougon.**—Versión castellana de Juan de la Cerdá: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

**El vientro de París.**—Versión castellana de Enrique Morici: dos tomos en 8.º mayor, de más de 400 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

**La confesión de Claude.**—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor, de 320 páginas, 3 pesetas en rústica y 5,50 en tela.

**La fortuna de los Rougon.**—Versión castellana de Juan de la Cerdá: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

**La Conjuración de Maeseville.**—Versión castellana de Juan de la Cerdá: dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

**Aneto Micolet.**—Versión castellana de Felix del Valle: un tomo en 8.º mayor, de 320 páginas, 3 pesetas en rústica.

**La caída del Padre Mouret.**—Versión castellana de J. Tardieu: dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

**Magdalena Ferat.**—Versión castellana de Enrique Marti-mor: un tomo en 8.º mayor, de 414 páginas, 3 pesetas en rústica y 5,50 en tela.

**Cuentos a Ninon.**—(A Ninon, —Simplon — El tejero de baila — El ideal de amor — El hada, amoros — Jaugre! — Los Indinos y el agua — Herminia de los pobres — Aventuras de Sirdono el grande y del pequeño Modeste.)—Versión castellana de A. Mira: un tomo en 8.º mayor, de 350 páginas, 3 pesetas en rústica y 5,50 en tela.

**Nuevos cuentos a Ninon.**—(Un hijo, — Las masas, — El gran Richú, — El Ayuso, — Los humores de la Marquesa, — Ni verso Santiago, — El paraíso de los gatos, — Lilio, — La leyenda del Capita zaf del amor, — El barrero, — La crisis, — La alceida, — Recuerdos, — La cuatro jornadas de Juan Gourdon.)—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.º mayor, de 370 páginas, 3 pesetas en rústica y 5,50 en tela.

**Los misterios de Marsella.**—Versión castellana de F. de Maistre y Alvarez Varón: dos tomos en 8.º mayor, de más de 750 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

**La guerra.**—Versión castellana, 3.ª edición en un voluminoso sesenta tomos: 4 pesetas en rústica y 4,50 en tela.

---

Imprenta de F. Buza, Joses, Siquiera & C. de las Heras.

**NUEVOS CUENTOS**  
A  
**NINON**  
POR  
EMILIO ZOLA  
VERTIDOS AL CASTELLANO  
POR  
**SIRO GARCÍA DEL MAZO.**



**MADRID**  
**EL COSMOS EDITORIAL**  
Arco de Santa María, núm. 4, bajo.  
r8gt

---

No permite su reproducción  
o sea de traducirla.  
Queda hecha el depósito  
que marca la ley.

---

---

## Á NINON

---

Diez años ha justamente, mi querida amiga, que te conté mis primeros cuentos. ¡Qué lindos enamorados hacíamos entonces! Yo llegaba de esa tierra de Provenza, donde crecí tan libre, tan confiado, tan lleno de todas las esperanzas de la vida. Era tuyo, sólo tuyo, de tu ternura, de tus enseñanzas.

¿Te acuerdas, Ninon? El recuerdo es hoy la única alegría en que mi corazón descansa. Hasta los veinte años hemos trillado juntos los senderos. Olgo tus piececitos sobre la dura tierra; veo las puntillas de tu basquiña blanca al ras de las ligeras flores; siento tu aliento entre las lejanas emanaciones de la selva, que llegan á mi como bocanadas de juventud. Y las horas encantadoras se precisan en mi imaginación: ya es una mañana, en el ribazo, á la orilla del

agua recién despierta, completamente pura, tibia de rosa por los primeros resplandores del cielo; ya una siesta, bajo los árboles, en un escondite formado por las hojas, ante la campiña atargada durmiendo en torno nuestro sin el menor estremecimiento; ya una tarde, en medio de un prado que se hundía lentamente bajo la cie azulada del crepúsculo que bajaba de las laderas; ya una noche, marchando á lo largo de un camino interminable, yendo ambos á lo desconocido, sin curarnos de las mismas estrellas, con el solo deseo de dejar el pueblo y perdernos, lejos, muy lejos, en el fondo de la discreta sombra. ¿Te acuerdas, Ninon?

¡Qué vida tan feliz! Dábamos rienda suelta á nuestras imaginaciones en el amor, en el arte, en el ensueño. No hay zarzal que no haya ocultado nuestras besos, que no haya abrigado nuestras caricias. Yo te llevaba, te paseaba como la viva poeta de mi infancia. Nuestros eran el cielo, la tierra, los árboles, las aguas, hasta las rocas desnudas que cerraban el horizonte.

Me parecía entonces, que abriendo los brazos, iba á estrechar la campiña contra mi pecho y á darle un beso de paz. Me sentía con fuerzas, con deseo, con bondades de gigante. Nuestras excursiones de escolares escapados, nuestros amores de pájaros libres, me inspiraron un gran desprecio del mundo, una tranquila confianza en las solas energías de la vida.



Si en aquella temura de todos los momentos, amiga mía, me pruevas de ese valor que mis compañeros han admirado frecuentemente más tarde. Las ilusiones de nuestras almas eran armaduras de fino acero que todavía me protegían.

Te dejé; dejé esa Provence, cuya vida era tú, y te invoqué, desde la víspera de la lucha como a una buena santa. Tuvierte mi primer libro. Estaba lleno de tu ser, perfumado con el aroma de tus cabellos. Me habías untado el combate con un beso en la frente, como noble amante que quiere la victoria para aquel á quien ama. Y yo, yo no me acordaba nunca sino de tu beso, no pensaba más que en tí, no podía hablar sino de tí.

Diez años han transcurrido. ¡Ah, querida amiga mía! Cuántas tempestades han estallado, cuánta agua negra, cuántos témpanos han rodado bajo el puente, pronto á desplomarse, de una ruina! ¡Diez años de trabajos forzados, diez años de amargura, de golpes dados y recibidos, de combate eterno! Tengo el corazón y el cerebro acibillado de oscilidades. Si vieras á tu enamorado de otros tiempos, á aquel buen muchachote que creía poder trasladar las montañas de un capotazo; si le vieras pasar á la luz pálida de París, con la faz berceosa, abrumado de fatiga, se estremecías, mi pobre Ninon, y llorabas los claros soles, los mediodías ardientes, que nunca volverán.

Algunas noches, mi cansancio es tan grande, que

experimento el cobardo deseo de sentarme al borde del camino, resuelto á dormirme para siempre en brazos de la muerte. ¿Y sabes, Ninon, lo que me impulsaba hacia adelante, lo que me devuelve el valor en cada momento de debilidad? Es tu voz, mi bien amada; tu voz distante, tu hilillo de voz pura, que me repite, gritando, mis juramentos.

En verdad, conozco tu valor. Puedo mostrarte mis llagas, seguro de que así has de amarme más. Me aliviará el quejarme á tí, que me prodigarás tus consuelos. No he soñado la pluma un solo día: me he batido como mercenario que debe ganar su soldado; si la gloria llega, me impedirá que coma el pan seco. ¡Cuánto bocado desahrido, cuyo mal sabor aun tengo en la garganta! Por espacio de diez años he alimentado, como tantos otros, con lo mejor de mí ser, el honor del periodismo. De este trabajo colosal nada queda, sino es un poco de ceniza. Hojas arrojadas al viento, flores caídas en el lodo, mezcla de lo más excelente y de lo más malo, amasado en la artesa común. Todo lo toqué: ensuciáronse mis manos en ese turbio torrente de la mediocridad, que corre lleno hasta los bordes. Mi amor á lo absoluto sangraba en medio de tantas pequeñeces, tan importantes por la mañana, tan olvidadas á la tarde. Cuando pensaba dejar una huella eterna en el granito, crear una obra de vida perdurable, soplaban burbujas de jabón, que deshacía el ala de las mozas que zumbaban al sol.

Me hubiese rendido al empujamiento del oficio, si en mi amor por la fuerza no hubiera tenido un consuelo: el de la producción incessante, que me torturaba con toda clase de fatigas.

Por otra parte, amiga mía, yo no estaba armado para la guerra. No es posible que te imagines los ataques de cólera que la necesidad provocaba en mí. Tenía la pasión de mis opiniones: un libro me ponía enfermo; un cuadro me desesperaba como una catástrofe pública; vivía en una batalla continua de admiración y de desprecio. El mundo no existía para mí fuera de las letras, fuera del arte. ¡Y cuántos combates con la pluma, cuántos encuentros furiosos para limpiar el campo! Hoy me encorvo de hombros. Soy un viejo a quien el espectáculo del mal ha endurecido; guardo mi fe; hasta creo ser mas inflexible que nunca; pero me contento con encerrarme y trabajar. Esa la única manera de discutir con provecho, porque las obras no son más que argumentos en la eterna discusión de lo bello.

Ya comprenderás que no he salido iluso de la lucha. Tengo cicatrices, como te he dicho, en el cerebro y en el corazón. Ya no replico; espero que se habitúen a mí así. Tal vez de esta manera pueda volver á ti sin mutilaciones. Déjame, amiga mía, nuestros galantes senderos de enamorado, donde las flores crecen, donde no se recogen más que sonrisas. Tomé la carretera, gris con el polvo, adornada de árboles miedosos;

confieso también que me detuve con curiosidad ante los perros voraces que ladraban en los ángulos de las lides. Hablé de verdad; pretendí demostrar que todo podía escribirse; quise probar que el arte está en la vida, y no en otra parte. Naturalmente, se me lanzó á la coneta. ¡A mí, Ninon, que he empleado mi juventud en espigar margaritas y coronillas para tu pecho!

Me perdonarás mis infidelidades de amante. Los hombres no pueden vivir cogidos siempre á las faldas de las mujeres. Llega un momento en que vuestras micles son demasiado dulces. ¿Recuerdas la pálida tarde de otoño, la tarde de nuestra despedida? Al abandonarme tus delicados brazos, me recibió la verdad en sus duras manos. Invadíame la locura del análisis exacto. Después del trabajo diario, escribí por las noches, página á página, los libros, compañeros de mi vida. Si tengo algún orgullo, es el de esta voluntad, cuyo esfuerzo me ha sacado lentamente de la esclavitud del oficio. He comido sin vender ninguna de mis creencias. Te debía estas confidencias, á ti, que tienes el derecho de saber lo que he llegado á ser como hombre el niño cuyos primeros pasos protegiste.

Hoy mi único pesar es estar solo. El mundo acaba en la verja de mi jardín. Me he encerrado en mi casa, para que el trabajo impero soberanamente en mi vida, y me he encerrado tan bien, que ya nadie llama

mi puerta. Por esto, mi querida amiga, he evocado tu recuerdo en medio de la noche. Me encontraba demasiado solo, después de diez años de separación: quería volverte á ver, besarte los cabellos, decirte que siempre te amo. Esto me consuela. Ven sin miedo; no soy tan malo como me pintan. Te lo aseguro; te amo siempre; pienso que aun no me faltaron con qué hacer un ramo para tu seno. Tengo hambre de manteca y de leche. Si no fuera por provocar á risa, te llevaría bajo un emparrado, con una oveja blanca, para decirnos, los tres, cosas tiernas.

¿Y sabes lo que he hecho. Nihon, para retenerte á mi lado toda esta noche? ¡A que no lo adivinas! He ejado el pasado; he buscado, entre centenares de páginas escritas, un poco de todo, cuando no hallaba cosas bastantes delicadas para tus oídos. Me ha complacido poner estas miéles en medio de mis rudezas. Sí; he querido este regalo para ambos. Volviremos á ser niños; comaremos sobre la hierba. Se trata de quesitos, nada más que de quesitos, de confitura servida en la vajilla de los chicos. ¿No es esto encantador? Tres grosellas, dos granos de uva seca, bastarán para saciar nuestro apetito, y nos achisparemos con cinco gotas de vino vertidas en agua clara. Oya, curiosa. Hay al principio algunos cuentos bastante pasibles; hasta tienen un comienzo y un fin: otros, es verdad, van con los pies descalzos, después de haber tirado la gorra por la alto. Pero debo ad-

vertirte que más adelante nos encontraremos con caprichos que huelen á tomillo. ¡Picarilla! Lo he espiado todo: era preciso que me me abandonases en toda la noche. En ellos canto la canción del «Te acuerdas? Son nuestros recuerdos más queridos; lo que hay de más dulce para nosotros; lo mejor de nuestros amores. Si esto enoja á los demás tanto peor para ellos. Ninguna necesidad tienen de meterse en camisa de once varas. En último término, para retenerte todavía, te contaré una larga historia, la última, que durará, así lo espero, hasta la madrugada. La he colocado al fin detrás de todas las demás, para que te duermas entre mis brazos. Después dejaremos caer el volumen y nos abrazaremos.

¡Ah, Ninon, qué despilfarro de blanco y de rosa! No me prometo, sin embargo, que á pesar de todos mis afanes para quitar las espigas no quede alguna gota de sangre en mi manojo de flores. Mas menos no son bastante puras para alar los ramos sin peligro. Pero está tranquilo; si te juegas, le besaré los dedos; beberé tu sangre. Esto será menos aso.

Mañana habré rejuvenecido diez años. Me parece que llego de la víspera, del fondo de nuestra juventud, con la miel de tu beso en los labios. Será como volver á empezar mi tarea. ¡Ah, Ninon! Nada he hecho todavía. Llovo sobre esta montaña de papel ennegrecido; me desespero al pensar que no he podido aciar mi sed de lo verdadero, que la gran naturaleza

ocupa á mis brazos demasiado cortos. Experimento el ápero dando de coger la tierra, poseerlo en un abrazo, verlo todo, saberlo todo, decirlo todo. Quisiera tender á la humanidad, á todos los seres y todas las cosas, sobre una página blanca; producir una obra que fuese el arte inmensa.

Y no espero que acuda en largo tiempo á la cita que te di, en Provauza, para cuando terminas mi tarea. El trabajo es muy grande. Quiero la novela, el drama; quiero la verdad en todas partes. No me traigan lo querido recuerdo sino por la noche; ven, con el rayo de luna que se desliza por entre mis cortinas, a la hora en que pueda horar contigo sin ser visto. Necesito de toda mi virilidad. Más tarde, ¡oh!, más tarde, seré yo quien vaya á buscarte á la campiña, tibia aún con nuestras ternuras. Seremos muy viejos; pero siempre nos amaremos. Tú me llevarás en peregrinación al ribazo, á la orilla del agua recién despierta; al medio de los prados que se suegan lentamente en la ola azolada del crepúsculo, á lo largo del camino interminable, sin curarosa de las estrellas, con el sólo deseo de perdernos en la sombra. Y los árboles, las matas de hierba, hasta los guijeros, nos reconocerán de lejos en nuestros besos, y nos darán la bienvenida.

Oye: para que no nos cansemos en buscarnos, voy á decirte á qué sitio iré por ti. ¿Sabes donde el río forma un recodo, pasado el puente, más allá del lava?

dere, frente por frente de aquella gran cortina de  
salamos? ¿Te acuerdas? Allí nos besamos las manos en  
una mañana de primavera. Y bien: ¿a izquierda hay  
un seto de espigas blancas, muro de verdura, al pie  
del cual nos echábamos para no ver más que el azul  
del cielo. Detrás de este seto, mi querida amiga, es  
donde te cito, para dentro de algunos años, en un  
día de sol pálido, cuando tu corazón me presente en  
los alrededores.

ENILIO ZOLA.

Paris 1.º de Octubre de 1872.



---

## CUENTOS

---

### UN BAÑO

---

Te apuesto á que no la aciertas. Nioun. Busen, Laurenta, imagina un verdadero cuento azul, algo de terrorífico y de inverosímil... ¿Sabes? La Darouenita, aquella excelente Adeline de C<sup>ra</sup>, que había jurado... No, no lo adivinarías: prefiero decirlo todo.

Y bien: Adeline se vuelve á casar: es positivo. Lo dudas, ¿no es verdad? Es preciso que yo esté en *Mesnil-Rouge* á sesenta y siete leguas de París, para que creas en semejante historia. Bien; el matrimonio no dejará de celebrarse, ¡la pobre Adeline, viuda á los veintidos años, á quien el odio y el desprecio con que miraba á los hombres hacían tan interesante! En dos meses de vida común, el difunto, digno hombre sin duda, que hubiese sido perfecto sin los acha-

que que le llevaron al sepulcro, le enseñó toda la escuela del matrimonio. Adeline había jurado que para experiencia bastaba. ¡Y se vuelve a casar! Tal es, sin embargo, el tema de su vida.

Es verdad que Adeline ha tenido mala suerte. No estáñil prever una aventura por el estilo. ¡Y al yo te dijera con quién se casó! Ya conoces al conde Octavio de K... , aquel joven alto que ella detestaba tan cordialmente. No podían verse sin cambiar sonrisas punzantes, sin herirse mutuamente con frases amables. ¡Ah, los desgraciados! ¡Si supieras dónde se encontraron la última vez!... Bien veo que es monaster que te lo cuenta. Es toda una novela. La mañana está lluviosa. Voy a poner el asunto en capítulos.

## I.

El castillo se halla á seis leguas de Tours. Desde *Mesnil-Rouge* veo sus techos de pizarra, perdidos en el verdor del bosque. Se le llama el *Castillo de la Bella durmiente del Bosque*, porque en otro tiempo estuvo habitado por un señor que debió desposarse con la hija de uno de sus arrendatarios.

La pobre niña vivió allí como en un claustro, y creo que su sombra se aparece de cuando en cuando á los aldeanos. Nunca las piedras despidieron tal perfume de amor.

La Bella que duerme hoy allí es la viaja conde-

sa de M<sup>me</sup>, tia de Adelina. Hace treinta años que ha prometido ir á pasar un invierno á París. Sus sobrinas y sobrinos la acompañan cada uno quince días durante la primavera. Adelina es muy puntual. Por otra parte, ama al castillo, ruina legendaria, que la lluvia y el viento desmoronan en medio de una selva virgen.

La vieja Condesa ha mandado formalmente que no se toque ni á los cielos rasos que se resquebrajan, ni á las ramas que se entrecruzan y que obstruyen los paseos. La encanta el muro de hojas que se forma allí todas las primaveras, y suele decir que la casa es aún más sólida que ella. La verdad es que un ala entera yace por tierra. Estos agradables retiros, contruidos en tiempos de Luis XV, eran como los amores de la época, fogacos como la aurora. Las grietas corren por las paredes; los pisos han cedido; el musgo invade con su verdor hasta las alcobas. La frescura, debida á la humedad del parque, conserva en el castillo el grato aroma de las ternuras de otros días.

El bosque comienza entrar en la casa. Han crecido árboles al pie de las gradas, en las hendiduras de los escalones. Los carruajes sólo pueden transfer por la gran alameda, y para ellos precias que el cochero vaya á pie y dirija las bestias con la mano. Á la derecha, á la izquierda, hay cotos vírgenes, que entrecorta algún que otro sendero envuelto en densa

obscuridad, por el que se avanza con los brazos extendidos para separar la hierba. Y los troncos caídos convierten en verdaderas trampas las entradas de estos caminos, mientras que los estrechos claros semejan pozas abiertas en el azul del cielo.

El musgo cuelga de las ramas; las amaras dulces se entretajan bajo el arbolado; el zumbido de los insectos, el aleteo de pájaros que no se ven, dan vida extraña á aquella enormidad de follaje. Con frecuencia he experimentado pequeños estremecimientos de miedo yendo á visitar á la Condessa: el bosque soplaba sobre mi boca hálitos inquietantes.

Pero hay, sobre todo, un rincón delizioso y encantador en el parque: está á la izquierda del castillo, en la extremidad del parterre, donde sólo crecen aboboles tan altos como yo.

En medio de un bosquescillo se abre una gruta que se hunde bajo un manto de hiedra, cuyos tallos se entrelazan hasta en la hierba. La gruta, invadida, obstruida, no es ya sino un agujero negro, en cuyo fondo se destaca la blancura de un Cupido de yeso sonriente, con el dedo en la boca. El pobre Amor está meco, y una mancha de musgo que le cubre el ojo derecho le ha dejado tuerto. Parece guardar, con su sonrisa pálida de enfermo, á alguna dama enamorada, muerta desde hace un siglo.

El agua viva de una fuente que brota en la gruta, se despatama en mucha sábana en el claro, y se es-

capa después por un arroyo oculto debajo de las hojas. Es un estante natural de fondo arenoso, donde los árboles se miran; el cielo se refleja en breve círculo azulado en el centro del estanque. Los juncos crecen allí, y los nenúfares extienden sus anchas hojas.

No se percibe en la equidad gris de esta poza de verdura, que parece abrirse por encima y por debajo del gran lado del aire, más que el murmullo del agua cayendo eternamente con apariencias de dulce lealtad. Largas troces de agua patanan en los ángulos. Un pizón viene á beber, haciendo lenguas delicadas, temiendo mojarse las patitas. Algún estremecimiento brusco de las hojas da la balsa como de líquidos de virgen, cuyos párpados se agitan. Y en lo negro de la gruta, el amor de yaso impone el silencio, el reposo, todas las discreciones de las aguas y de los bosques á este rincón voluptuoso de la naturaleza.

## II.

En los quince días que Adelina pasó con su tía, este país de lobos se humaniza. Es preciso estranchar las llamadas para que Adelina no se rasgue los vestidos. Este año trajo treinta y dos banas, que hubo que llevar á hombres, porque el camión del camino de hie-

rra nunca se ha atrevido á aventurarse en la arboleda. No habría salido de ella, te lo juro.

Adeline, como sabes, es algo rara; entre nosotros puede decirse: no anda bien de la cabeza. En el convento tenía caprichos verdaderamente diabólicos. Sospecho que viene al castillo para saciar lejos de la sociedad su afán de extravagancias. La tía no abandona su busca: el castillo pertenece á la niña mimada, que se entrega en él á las más extrañas imaginaciones. Esto la alivia. Cuando sale de este rincón ha adquirido cordura para un año.

Durante quince días es el hada, el alma de la selva. Se la ve en traje de gala, paseando sus oncesajos blancos y adornos de seda por un medio de las zarzas. Se me asegura que se la ha encontrado en una ocasión vestida á la Pompadour, con polvos y muscas, sentada en la hierba, en el escondrijo más desierto del parque. Otras veces se ha visto á un jovencito blondo que discurría dulcemente por las alamedas; mucho me temo que este jovencito no fuese nuestra querida locuela.

Se que escondría el castillo, desde los sótanos hasta los graneros.

Huronea en los lugares más recónditos; sondea los muros con sus pequeños puños; desflora con su uñiz apropiada todo este polvo del pasado.

Ya se la ve en lo alto de las escaleras de mármol; ya perdida en el fondo de los profundos armarios; ya

con el oído avizor en las ventanas; ya pensativo ante las chimeneas, con el deseo evidente de subir por dentro y mirar.

Después, como sin duda no encuentra lo que busca, corre al portarre de los altos abalorios, á través de los senderos ensangrecidos por la sombra y de los claros blanqueados por el sol. Busca algo de continuo, y con la nariz al viento, olfatea el lejano y vago aroma de una flor de ternura que no está á su alcance.

Positivamente, como te he dicho, Nisón, el viejo castillo respira amor, en medio de sus árboles agrestes. Estuvo allí encerrada una pobre niña, y los muros conservan el olor de su ternura, como los velustos cofres donde se guardan ramos de violetas. Juraría que este olor se sube á la cabeza de Adella y la embriaga. Cuando se ha saturado de él y perdido el juicio, iría sobre un rayo de luna á visitar el país de los muertos; se dejaría besar la frente por todos los caballeros andantes que quisieran despertarla de su sueño de cien años.

A veces se apodera de ella la languidez y el cansancio; entonces lleva al bosque pequeños bancos para sentarse. Pero en los días de calor excesivo, su consuelo es ir á bañarse por la noche en el estanque bajo el follaje espeso. Es la hija de la fuente. Los junco-  
cos tienen ternuras para ella. El amor de yaso la sonríe cuando deja caer sus prendas, y entra en el agua, con la tranquilidad de Diana, confiada en la

soledad, sin otro cobijador que los penúfres, porque sabe que hasta los peces duermen con sueño discreto. Nada suavemente, con las blancas espaldas fuera del agua, semejante á un cisne que hincó las alas y se desliza sin ruido. La frescura calma sus ansiedades. Su tranquilidad sería completa, á no ser por el amor mudo que la soporta.

Cierta noche llegó hasta el fondo de la gruta, no obstante el miedo horrible que la inspiraba la sombra húmeda, y levantándose sobre las puntas de los pies puso el oído en los labios del amor, para saber si tenía algo que decirle.

### III.

Lo horrendo de este año es que Adeline, al llegar al castillo, se encontró instalado en el departamento más hermoso al conde Octavio R<sup>mo</sup>, aquel joven alto, su enemigo mortal. Parece que es algo pariente de la vieja señora de M<sup>ra</sup>. Adeline juró que le echaría. Desbizo alevosamente su equipaje, y resumió sus correrías, sus pesquisas eternas.

Por espacio de ocho días, Octavio, como si tal cosa, puesto de codos á la ventana y fumando, miraba á Adeline tranquilamente. Por la tarde nada de frases acerasdas, de guerra sorda. Era tan cortés, que la Baronesa acabó por encontrarle aporifera, y no volvió á acor-



darse de él. Octavio no dejaba de fumar; Adelina recorría el parque y tomaba sus baños.

Bajaba al estanque á media noche, cuando todo el mundo dormía. Se aseguraba, sobre todo, de que el conde Octavio había apagado la luz. Entonces se alejaba paquito á paquito, como si fuese á una cita de amor, con deseos sensuales por el agua fría. La sobreogían pequeños temblores de miedo desde que sabía que había un hombre en el castillo.

¡Si abría una ventana! ¡Si á través de las hojas veía algún agujero de su espalda! Este pensamiento la estremecía al salir chorreando del agua y blanquear un rayo de luna su desnudez de estatua.

Cierta noche se fué á bañar á las once. El castillo llevaba dos horas largas de sueño. Aquel día experimentaba sensaciones singulares.

Había escuchado á la puerta del Conde, y creía haberle oído roncar. ¡Uf! ¡Un hombre que ronca! Esto había aumentado su desprecio hacia los hombres y su ardiente deseo por las caricias frescas del agua, cuyo anhelo es tan dulce. Se entretenía bajo los árboles, complaciéndose en soltar sus prendas una á una. La sombra era muy oscura: la luna aparecía en el confín del horizonte, y el cuerpo de la adorable criatura se destacaba en la orilla de la fuente con la blancura vaga de un tierno álamo. Soplos calientes bajaban del cielo, que rozaban las espaldas de Adelina con besos tibios.

La Baronesa gozaba de un bienestar inefable; se sentía un poco lánguida; la sofocaba algo el calor; pero entregada á un grato abandono, movía con el pie las ondas de agua clara.

Sin embargo, la luna iba elevándose. É iluminaba ya un rincón del baño. Entonces Adelinea vió con espanto en aquel rincón humilde, unos ojos que la miraban. Dejése caer, se hundió en el agua hasta la barba, cruzó los brazos como para traer sobre su pecho los velos temblorosos del estanque, y preguntó con voz conmovida:

—¿Quién está ahí? ¿qué hace Ud. ahí?

—Soy yo, señora (respondió tranquilamente el conde Octavio); me baño.

#### IV

Siguióse un momento de silencio formidable. En la superficie del estanque, las ondas, estabuchándose en torno de las espaldas de Adelinea, iban á morir sobre el pecho del Conde con ligero chasquido. Octavio, imperturbable levantó los brazos, é hizo ademán de cogerse á una rama, como para salir del agua.

—Quédese U.J., es lo mudo (gritó Adelinea con terror): vuelva Ud. á entrar en el agua inmediatamente.

—Pero, señora (contestó el obedeciendo): hace una hora que estoy aquí.

—No importa. No quiero que seiga Ud. ¿Comprende Ud.?... Esperaremos.

La pobre Baronesa perdía la cabeza. Hablaba de esperar, sin saber lo que decía, aturcada su razón por las terribles eventualidades que amenazaban. Octavio se sonrió.

—Pero (se atrevió á decir), me parece que volviendo Ud. la espalda...

—No, no, señor. ¿No va Ud. la luna?

La luna, en efecto, había avanzado, y daba de lleno en el estanque. El agua, semejante á un espejo de plata, brillaba en medio de la negrura de las hojas; los juncos y nenúfares de la orilla, trazaban en las ondas sombras finamente dibujadas, como lavados al pincel con tinta de china. Una lluvia ardiente de estrellas caía en el baño por la estrecha abertura del follaje. El arroyo de agua corría por detrás de Adeline con voz más baja y como burlona. La Baronesa se aventuró á dirigir una ojeada á la gruta, y vió al amor de yaseo que la miraba con aire de inteligencia.

—¡La luna! es verdad (murmuró el Conde); no obstante, volviendo la espalda...

—No, no, mil veces no. Esperaremos hasta que la luna desaparezca... Ya lo va Ud.; avanza. Cuando se oculte detrás de ese árbol, estaremos á la sombra.

—Pero es que falta una hora larga para eso.

—¡Oh! Tres cuartas de hora á lo más...

—La cosa no vale la pena. Esperaremos. Entonces podrá V. salir del agua.

El Conde quiso protestar; pero como al hablar gesticulaba y se descubría hasta la cintura, Adolina daba pequeños gritos de angustia, tan agudos, que Octavio, por cortesía, se metió en el agua hasta la boca, teniendo la delicadeza de no volverse á mover. Estaban frente á frente, puestas de hitas. Las dos cabezas, la adorable cabeza blanca de la Baronesa, con los grandes ojos que tu conoces, y la fina cabeza del Conde, con sus mostachos un poco irónicos, permanecieron cuerdamente inmóviles sobre el agua dormida, á dos varas á lo más uno dentro. El amor de yexo se reía más fuerte bajo su manto de hiedra.

## V.

Adolina había buscado protección entre los nenúfares. Cuando la frescura del agua la repuso y hubo tomado sus precauciones para pasar allí una hora, advirtió que el agua era de una limpidez verdaderamente extraña. Vea sus pies desnudos en el fondo, sobre la arena. Preciso es decir que la pícara de la luna también se bañaba; parecía revolverse en el agua, tomando plena posesión de ella, con los movimientos de anguila de sus rayos... Adolina se cubre, bajo el agua, con un cinturón de nenúfares. Después atrajo hacia sí suavemente las anchas hojas que na-

daban, y se formó como un collar. Así vestida, se sintió más tranquila. Sin embargo, el Conde había acabado por tomar la cosa estoicamente.

No habiendo encontrado un tronco donde sentarse, se resignó á seguir de rodillas. Y para no parecer tan ridículo, con el agua hasta la barba, como un hombre perdido en el fondo de un plato de altura colosal, trabó conversación con la Condesa, evitando cuanto pudiera recordar á ambos lo desagradable de sus posiciones respectivas.

—Hace hoy mucho calor, señora.

—Sí, un calor sofocante. Por fortuna, estas sombras dan algún fresco.

—¡Oh! Es verdad... La buena de la tía es una excelente persona, ¿no es cierto?

—Una excelente persona, sin duda.

Hablaron después de las últimas carreras y de los bailes que ya se anunciaban para el invierno próximo. Adelina, que empezaba á tener frío, reflexionaba que el Conde debía haberla visto mientras se entretenía en la orilla pensamiento sencillamente horrible, aunque le quedaban dudas acerca de la gravedad del accidente. Tal vez la habría protegido la sombra proyectada por los árboles; la luna aún no iluminaba aquella parte del baño; además, recordaba que había estado detrás del tronco de un grueso roble, al cual debía haberla resguardado. Mas, en cualquier caso, el Conde era un hombre abominable. Le

abhorrecía; hubiera querido que le faltase el pie, que se ahogase. Claramente, no sería ella quien le tendiera la mano. ¿Por qué al verla acercarse no le gritó que estaba allí, que tomaba un baño? Se formuló tan claramente esta pregunta, que no pudo retenerla en los labios. Interrumpió al Conde, que hablaba de la nueva forma de los sombreros.

—Pero yo nada sabía (respondió él). Le aseguro á V. que he pasado un susto espantoso.... Al ver una figura completamente blanca, creí que era la *Bella durmiente* que se me aparecía; la niña que la leyenda dice que estuvo aquí encerrada. El miedo me impidió gritar.

## VI.

Al cabo de media hora eran ya buenos amigos. Adolina se había dicho que iba bastante descotada á los bailes, y que, en suma, no veía el inconveniente en enseñarle las espaldas. Había salido del agua, separando la túnica que se enroscaba á su cuello. Después se arrojó á secar los brazos. Parecía una oquilon, con la garganta desnuda, los brazos libres, vestida con aquel manto de verdura que se estuchaba detrás de ella y la seguía como amplia cola de satiro.

El Conde se enternecía. Consiguió dar algunos pasos para aproximarse á una raíz. Sus dientes cas-

tabataban un poco. Miraba hacia la luna con interés demasiado vivo.

—¡Hemi Avanza con lentitud,— dijo Adeline.

—Al contrario, tiene alas,—repuso el Conde, dando un suspiro.

Adeline se echó á reir.

—Nos falta aún largo un cuarto de hora.

El Conde, entonces, se aprovechó cobardemente de la situación; se declaró á ella. Le explicó que la amaba desde hacía dos años, y que si fingía perseguirla con sus chanzonetas, era porque esto le había parecido de mejor gusto que aspirarla toruazar. Adeline, llena de inquietud, se subió al manto verde hasta el cuello, y metió los brazos en las mangas. Sólo se descubría ya sobre los hombros la punta de su nariz, y como recibía de lleno la luna en los ojos, estaba completamente aturdida, completamente deslumbrada. No veía ya al Conde, cuando sintió que alguien se chapuzaba y que el agua agitada le rozaba los labios.

—¿Quiere Ud. no volverse á mover? (gritó.) ¿Quiere Ud. no andar de pasmado en el agua?

—Pero si no ando (dijo el Conde); me resbalo... Le amo á Ud.

—Cállese Ud., no se mueva; hablaremos de eso cuando la luna se vaya... Cuando esté detrás del árbol

## VII.

La luna se ocultó detrás del árbol. El amor de  
yema soltó una carcajada.

## LAS FRESAS

## I

Una mañana de Junio, al abrir la ventana, recibí  
en el rostro un soplo de aire fresco. Había estallado  
aquella noche una violenta tempestad. El cielo pa-  
recía como nuevo, de un azul claro, lavado por el  
chaparrón hasta sus más pequeños espacios. Los te-  
chos, los árboles, cuyas altas ramas descubrían entre  
las chimeneas, todavía estaban mojados, y este pe-  
dazo de horizonte se veía bajo el sol rojizo. Subía de  
los jardines vecinos un olor agradable a tierra hú-  
meda.

—Arriba, Ninette (gritó alegremente); ponte el som-  
brero, hija mía... Vamos al campo.

Ella palmoteó, y en menos de diez minutos ya  
estaba lista, cosa muy meritoria, tratándose de una  
coqueta de veinte años.

A las nueve estábamos en los bosques de Varriá-  
res.



## II

¡Qué bosques tan discretos y cuántos amantes han pasado en ellos sus amores! En los días de trabajo, los esposos están desiertos; se puede ir el uno al lado del otro, abrazados por la cintura, buscándose los labios, sin temor de ser vistos más que por los pajariillos que saltan en las zarzas. Las alamedas se prolongan, anchas y altas, a través del bosque; el suelo está cubierto de un tapiz de finísima hierba, sobre el cual, al sol, penetrando por entre las hojas, derrama lentajuelas de oro. Y hay caminos hondos, senderos estrechos muy sombríos, donde es menester apartarse uno contra otro para pasar. Y hay escondrijos donde es fácil perderse si los besos caen demasiado alto.

Ninon dejaba mi brazo, corría como un galgo, feliz al sentir que la hierba rozaba sus tobillos. Después volvía, y se colgaba de mí, cansada, acariciadora.

El bosque no concluía nunca: mar sin fin de olas de verdura. El silencio medroso, la sombra viviente que caía de los altos árboles, nos embriagaban con toda la savia ardiente de la primavera. Se vuelve a ser niño en los misterios de los setos.

—¡Oh, fresco, fresco! —gritó de pronto Ninon, sal-

tando un foso, como cabra escapada, y registrando la maleza.

### III.

Fresas, ¡ay!, no, sino fresas, toda una sábana de fresas que se extendía bajo las espigas.

Ningún uno se acordaba ya de los reptiles, que tanto miedo le causaban. Metía atrevidamente las manos por entre las matas, levantando una hoja tras otra, desesperada al no encontrar el fruto codiciado.

—Se nos anticiparon (dijo, haciendo una mueca de despecho). ¡Oh! Busquemos bien; alguna quedará.

Y nos pusimos á buscar concienzudamente. Con el cuerpo encorvado, el cuello extendido, los ojos fijos en la tierra, avanzábamos poco á poco, sin atrevernos á hablar una sola palabra por miedo de que las fresas se nos escaparan. Hablamos olvidado el bosque, el silencio, la sombra, las anchas alamedas y los senderos estrechos. Fresas nada más que fresas. Cuando veíamos una mata, nos bajábamos, y nuestras manos temblorosas se tocaban bajo la hierba.

Andáramos así más de una legua, siempre encorvados, torciendo á la derecha, torciendo á la izquierda; pero nada, ni una fresa. Fresas soberbias, con bocanosas hojas de un verde obscuro, pero sin fresas.

Ninon se mordía los labios, y sus ojos se humedecían.

## IV.

Habíamos llegado frente á un ancho talud, sobre el cual caía el sol á plomo, como lluvia de fuego. Ninon se aproximó á él, resuelta á no seguir adelante. De repente lanzó un agudo grito.

Corrí ahusado, creyendo que se había herido; ya oía por tierra: la conación la había derribado, y me señalaba con el dedo una pequeñísima fresa, del tamaño de un guisante, madura por un lado solamente.

—Cógela,—me dijo, con voz baja y caritosa.

Me había sentado á su lado al pie del talud.

—No (le contesté): tú la has encontrado, tú debes cogerla.

—No; dame ese gusto,—replicó ella.

Tanto y tan bien me defendí, que Ninon se decidió á cortar el tallo con su uña. Pero la cuestión fue cuando se trató de saber cuál de los dos se comería aquella pobre fresa, que nos había costado una hora de largas pesquisas. Ninon forcejeaba para ponerme la en la boca: yo resistía firmemente; al cabo hubo mutuas concesiones, y se convino en que partiríamos la fresa.

Ninon la colocó entre sus labios, diciéndome:

—Toma tu parte.

La tomé. Ignoro si pertenece la fraga fraternalmente: ni aun llegué á saborearlo: tan dulce me pareció la miel del beso de Ninon.

## V.

El talud estaba cubierto de *fresa*les, pero *fresa*les de verdad. La recolección fué alegre y abundante. Habíamos extendido un pañuelo en el suelo, jurando solemnemente depositar en él nuestro botín, sin sustraer nada. En varias ocasiones, sin embargo, me pareció que Ninon se llevaba la mano á la boca.

Terminada la faena, pensamos que era tiempo de buscar una sombra donde desayunarnos con tranquilidad. Á algunos pasos encontramos un sitio encantador, un verdadero nido de hojas. El pañuelo fué colocado religiosamente entre ambos.

¡Gran Dios! ¡Qué bien se estaba allí, en el manto, en la voluptuosidad de aquella verde frescura! Ninon me miraba con ojos húmedos. Como leyese en mis ojos toda mi ternura se inclinó, tendiéndome las manos con un gesto de adorable abandono.

El sol, centelleando sobre el follaje, arrojaba á nuestros pies lantejuelas de oro sobre la fina hierba. Hasta las urracas se callaban y no miraban. Cuando buscamos la fraga para comerla, vimos con estupor que estábamos sentados sobre el pañuelo.

## EL GRAN MICHU

### I.

Una siesta, á la hora del recreo, el gran Michu me llamó aparte, á un ángulo del patio. Su aire grave me produjo cierta inquietud, porque el gran Michu era todo un valiente, dotado de enormes puños, á quien por nada del mundo hubiera querido tener por enemigo.

—Oye (me dijo, con su voz gruesa de campesino á medio cepillar); oye: ¿quieres ser de los nuestros?

Respondí en refondo que sí: me ilusionaba tener alguna cosa de común con el gran Michu. Explicóme entonces que se trataba de un complot.

Deliciosa sensación, que no he vuelto nunca á experimentar, me produjeron sus confidencias.

Al fin entraba en las alegres aventuras de la vida iba á tener un secreto que guardar, una batalla que reñir. Y, ciertamente, el secreto terror que sentía al comprometerme, entraba por buena parte en la alegría picaresca con que aceptaba mi nueva misión de cómplice.

Mientras el gran Michu hablaba, permanecía yo como en admiración delante de él. Me inició en el sé-

credo con tono un tanto rudo, como á recluta cuya energía no inspira mucha confianza. Sin embargo, el aire de inquietasatisfacción, el éxtasis entusiasta con que le escuchaba, debieron hacerle formar mejor opinión de mí.

Como la campaña diese el segundo toque, antes de separarnos para ocupar cada cual su puesto en las filas y volver á la sala de estudio, me dijo en voz baja:

—Convenido, ¿no es verdad? Serás de los nuestros .. No tengas miedo: sobre todo, no nos vendas.

—¡Oh, no, ya verás! .. Te lo juro.

Me miró con sus ojos grises, cara á cara, con verdadera dignidad de hombre maduro, y añadió:

—En otro caso, ya lo sabes: no te pagaré, pero diré en todas partes que eres un traidor y nadie te volverá á hablar.

Recuerdo aún el efecto singular que me causó esta amenaza. Me dió un valor extraordinario. —«¡Bah! (me decía.) Que hagan conmigo lo que quieran. ¡Al diablo al vende á Mchú.» Esperé con febril impaciencia la hora de la comida. El motín debía estallar en el refectorio.

## II.

El gran Mchú era del Var. Su padre, campesino que poseía algunas fanegas de tierra, se había batido el 51, en la insurrección provocada por el golpe de

Estado. Abandonado por muerto en la llanura de Uchaco, logró ocultarse. Cuando reapareció, le dejaron en paz.

Únicamente las autoridades del país, los notables, los grandes y pequeños rentistas, solo dijeron en adelante al nombrarle: «Ese tunante de Michú».

Aquel tunante, aquel hombre honrado sin instrucción, había enviado á su hijo al colegio de A<sup>\*\*\*</sup>. Quería, sin duda, que fuese un sabio, para coadyuvar al triunfo de la causa que él, sólo había podido defender con las armas en la mano. En el colegio conocíamos vagamente esta historia, y mirábamos á nuestro camarada como á un personaje muy temible.

El gran Michú era de mucha más edad que nosotros. Tenía diez y ocho años, aunque no había pasado del cuarto curso. Nadie, sin embargo, se atrevía á darle bromas. Era uno de esos espíritus rectos, que aprenden con dificultad, que nunca olvidan nada, pero que cuando llegan á saber una cosa, la saben á conciencia y para siempre. Fuerte como tallado en piedra, reinaba soberanamente en las horas de recreo. Por otra parte, estaba dotado de una dulzura extraordinaria. No le vi encolerizado más que una vez; quería estrangular á un inspector que nos decía que todos los republicanos eran ladrones y asesinos. Fue preciso echar de la clase al gran Michú.

Más tarde, cuando mi antiguo camarada se me ha aparecido en mis recuerdos, he podido comprender

su sencillez y fortaleza. Muy niño aún, su padre había hecho de él todo un hombre.

### III.

El gran Michú se divertía en el colegio, lo que no dejaba de asombrarnos. No obstante, experimentaba un eulpeio, del que no se atrevía á hablar: ¡el hambre!—El gran Michú tenía siempre hambre.

No es fácil formarse idea de semejante apetito. El gran Michú, que era muy orgulloso, representaba á veces comedias humillantes para escamotearnos un pedazo de pan, el desayuno ó la merienda. Criado al aire libre, al pie de la cadena de montañas de los Maures, padecía más cruelmente que nosotros con la mezquina comida del colegio.

Era ésta uno de los principales asuntos de nuestras conversaciones, en el patio, á lo largo de las paredes, que nos protegían con su sombra. Los más éramos muy delicados. Recuerdo especialmente cierto plato de bacalao con salsa roja, y otro de judías con caldo blanco, que se habían convertido en objeto de cuántas maldiciones.

Los días en que se servían estos platos no cesábamos de quejarnos. El gran Michú, por compañerismo, gritaba con nosotros, no obstante que se hubiera tragado de buena gana las seis raciones de su mesa.

El gran Michú sólo se quejaba de la cantidad.



La casualidad, como para exasperarla, le había puesto al extremo de la mesa, junto á un joven inspector que nos dejaba fumar en paseo. La regla era que los inspectores tuviesen dos raciones; así, cuando había salsichas, era de vez al gran Michu aguiçando con los ojos los dos pedazos que se extendían de un lado á otro en el plato del inspector.

—Soy dos veces más robusto que él (me dijo un día), y se le da doble ración que á mí. ¡Y no deja nada! ¡Tal vez no tiene bastante!

#### IV.

Ahora bien: los más atrevidos resolvieron que nos debíamos de sublevar contra el bacalao con caldo rojo y las judías con salsa blanca.

Se ofreció la dirección del complot al gran Michu. El plan era de una sencillez heroica. Creíase que bastaría con que cada cual declarase en huelga á su apetito y se negara á probar bocado hasta que el provisor declarase solemnemente que se mejoraría la comida. El gran Michu aprobó el plan, y he aquí uno de los más hermosos rasgos de abnegación y valor que he conocido en mi vida.

Aceptó la jefatura del movimiento con el tranquilo heroísmo de los antiguos romanos que se sacrificaban por el bien público.

No cabe duda: él se curaba muy poco de que des-

aparecieron el bacalao y las judías: él sólo pensaba en una cosa: en tenerlos á discreción. ¡Y para colmo de males, se le decía que ayunara! Mas tarde me ha confesado que la solidaridad, el sacrificio en aras de los otros, virtud republicana que su padre le había enseñado, nunca se vió sometida á prueba más dura.

Por la noche en el refectorio. — Cenaba aquel día bacalao con caldo rojo. — comenzó la huelga con una nimiedad verdaderamente admirable; sólo se consentía el pan. Llegan los platos: nada los mira; se come pan seco. Y esto gravemente, sin conversar en voz baja según teníamos por costumbre. Los más pequeños eran los chicos que se reñan.

El gran Michú estaba sublime. Aquel día, al su pan comió. Puestos ambos codos sobre la mesa, miraba con desden al inspector, que devoraba su parte.

Sin embargo, el inspector dió aviso al provisor, que entró en el refectorio como una tromba. Nos apostrofó rudamente, preguntándonos qué era lo que teníamos que decir de aquel plato, que probó y declaró exquisito.

Entonces, levantándose el gran Michú:

—Señor (dijo): el bacalao está podrido. No podremos digerirlo.

—¡Ah! ¡Magnífico! (gritó el inspector, sin dar tiempo de contestar al provisor.) Las demás porciones se ha comido Ud. casi toda la fuente.

El gran Michú se ruborizó hasta lo blanco de los ojos.

Aquel día se contentaron con mandarnos sencillamente á la cama, diciendo que ya lo pensaríamos mejor.

V.

Al día siguiente, y al otro, el gran Michú estuvo terrible. Las palabras del inspector le habían herido en medio del corazón. Nos animaba, nos decía que seríamos unos cobardes si cedíamos. Ahora fundaba todo su orgullo en demostrarnos que, cuando querio, podía pasar sin comer.

Pué un verdadero mártir. Los demás ocultábamos en nuestro pupitre pastillas de chocolate, tarros de dulce, hasta chaulqui, así nos aburríamos el tener que comer tan sólo el pan seco, de que llenábamos los bolsillos. El Michú, que carecía de parentes en la población, y á quien, por otra parte, no gustaban tales confituras, se mantuvo exclusivamente con las cortezas que podía encontrar.

Al fin, el provisor declaró que en vista de la obstinación de los alumnos, que se negaban á comer, iba á suprimir el pan. El motín estalló entonces en el almuerzo. Tocaban judías con caldo blanco.

El gran Michú, cuya cabeza debía estar perturba-

da por efecto de un hambre atroz, se lanzó bruscamente. Cogió el plato del inspector, que comía á dos carrillos para burlarse de nosotros y darnos curidia, y lo tiró en medio de la sala; después entencía *Marsellesa* con vigorosa voz.

Fue como un gran soplo que á todos nos puso en pie. Los platos, los vasos las botellas bailaron una bonita danza. Y los inspectores, saltando por encima de los cacharros rotos, se apresuraron á cedernos el campo. El inspector enemigo de Michú recibió en su baldá un plato de judías sobre la espalda, cuya salsa dejó en ella una gran mancha blanca.

Sin embargo, se trataba de fortificar la plaza. Nombróse general al gran Michú, que hizo amontonar todas las mesas junto á las puertas. Recuerdo que cada cual tenía en la mano un cuchillo. Y la *Marsellesa* no cesaba.

El motín se convertía en revolución. Por fortuna nos abandonaron á nosotros mismos durante tres largas horas. Pareció que se había ido á avisar á la guardia. Estas tres horas de locura bastaron para calmarnos.

Había en el fondo del refectorio dos anchas ventanillas que daban al patio. Los más tímidos, asustados de la larga impunidad en que se nos dejaba, abrieron una de ellas y desaparecieron. No faltó quién los siguiera. Al poco rato, el gran Michú sólo tenía una docena de insurrectos á su lado. Entonces dijo con voz ruda:

—Id á reunirlos con los otros: basta que haya un culpable.

En seguida, dirigiéndose á mí, que vacitaba, añadió:

—¿Te devuelvo tu palabra? ¿Lo entiendes?

Cuando la guardia derribó una de las puertas, encontré al gran Michú completamente solo, sentado tranquilamente al extremo de las mesas. Aquella misma tarde fué enviado á su casa. En cuanto á los demás, nos aprovechamos poco del medio. Durante algunas semanas se volvió servirnos bacalao y judías. Después reaparecieron, aunque el bacalao aderezado con salsa blanca y las judías con caldo rojo.

## VI.

Al cabo de muchos años volví á encontrar al gran Michú. No había podido continuar sus estudios, y cultivaba las faenas de tierra que su padre le dejara al morir.

—Habría hecho (me dijo) un mal abogado ó un mal médico, porque soy muy duro de mollera. Más vale que sea un campesino. Tal es mi suerte... Sin embargo, me jugasteis una buena pasada. ¿Y á mí, que me gustaban á rabiar el bacalao y las judías!

## EL AYUNO

---

### I.

Cuando el Vicario subió al púlpito, con su ancha sobrepelliz de angélica blancura, la Baronesita estaba devotamente sentada en el sitio de costumbre, delante de la capilla de las Santas Ángeles, cerca de un calorífero.

Después de un instante de resurgimiento, el Vicario se pasó delicadamente por los labios un pañuelo de batista; luego abrió los brazos, semejante á un serafín que se dispone á volar, incluyó la cabeza, y habló. La voz pareció al principio, en la vasta nave, como murmullo lejano de agua corriente, como queja amorosa del viento en el follaje. Poco á poco, creció el murmullo, la brisa se convirtió en tempestad, rodó la voz con el majestuoso retumbar del trueno. Pero siempre, por instantes, aun en medio de las más formidables exposiciones, la voz del sacerdote se dulcificaba súbitamente, recorriendo con claros rayos de sol el sombrío huracán de su elocuencia.

Desde que empezó el murmurar entre las hojas, la Baronesita había adoptado la posición beatífica y ensimismada de una persona de oído delicado, pronta á

deleitarle con todos los primores de la alfonía preferida. Dulce éxtasis pareció embargarla ante las frases musicales del exordio: siguió después, con atención de inteligente, las inflexiones de la voz, la magnificencia del efecto final. Con tanto arte preparado, y cuando la voz adquiriera todo su volumen, no pudo retener un «¡bravo!» discreto, un cabeceo de satisfacción.

Desde este punto fué como un geco celestial: todas las devotas se sentían arrebatadas.

## II.

No obstante, el Vicario decía algo: acompañaba su música con palabras. Predicaba acerca del ayuno. Exponía cuán agradables son á Dios las mortificaciones de las criaturas. Inclinado sobre el púlpito, en su actitud de gran pájaro blanco, suspiraba:

—Ha llegado la hora, hermanusa y hermanitos míos, en que debemos todos, imitando á Jesús, llevar nuestra cruz, coronarnos de espinas, subir nuestro calvario, desnudos los pies, pisando los guijarros y la maleza.

La Baronesita hubo de encontrar, sin duda, la frase muy artística porque guiñó dulcemente los ojos, como penetrada de insólita satisfacción: y al compás de la alfonía del Vicario, sin dejar de seguir sus frases

melódicas, cayó en un semi-éxtasis lleno de voluptuosidades íntimas.

En frente de ella se abrían las altas ventanas del coro, perdidas con la niebla. La lluvia no cesaba. La encantadora criatura había escuchado al sermón con un tiempo atroz. Hay que ser sufrido cuando se tiene religión. El cochero había sufrido un aguacero espantoso, y ella misma, al saltar del carruaje, se mojó ligeramente las puntas de los pies. Verdad que su cupé era excelente, cerrado, techado como una alomba; pero ¡es tan triste ver, á través de los húmedos cristales, las fleas de paraguas corriendo afanosamente por las aceras! Pensaba, además, que, á haber hecho buen tiempo, habría podido ir en victoria, lo que es mucho más agradable.

En el fondo, su mayor temor era que el Vicario despachase demasiado pronto. Le sería preciso entonces esperar á que llegase el coche, porque ciertamente no había de volver á pie con semejante día. Y calculaba que, al paso que iba, no tenía el Vicario voz para dos horas: el cochero no estaría á tiempo, y esta ansiedad amargaba algo las devotas alegrías de la Baronesa.

### III.

El Vicario, con bruscos movimientos de cólera que le hacían erguirse, flotante el cabello, los puños diri-



gidos á lo alto, como hombre que es presa del espíritu vengador, gritaba:

—Y, sobre todo, ¡desgraciadas de vosotras, pecadoras, si no vertéis sobre los pies de Jesús los perfumes de vuestros ramordimientos, el aceite doloroso de vuestro dolor! ¡Creedme! Tombad, caed de rodillas sobre las piedras; sólo viniendo á enterrados en el purgatorio de la penitencia, abierto por la Iglesia durante estos días de contricción universal; sólo desgastando las losas con vuestras frentes pálidas por el ayuno; sólo sometiendoos á las angustias del hambre y del frío, del silencio y de la noche, mereceréis el perdón divino el día fulgurante del triunfo!

La Baronesita, sacada de su preocupación por este terrible apóstrofe, movió la cabeza lentamente, como compartiendo la opinión del enojado sacerdote: por su parte, no albergaba la menor duda: era menester coger las disciplinas, ocultarse en el rincón más sombrío, más húmedo, más glacial, y azotarse sin piedad.

Después volvió á caer en sus ensueños se perdió en el fondo de un bienestar, de un éxtasis lleno de ternura. Estaba cómodamente sentada en una silla baja, de ancho respaldo, y tenía á sus pies un cojinetto bordado que la preservaba del frío de las baldosas.

Medio echada, gozaba de la Iglesia, de esa gran nave, donde flotaban los vapores del incienso, y cu-

yas profundidades, sumidas en sombras misteriosas, se inundaban de adorables visiones.

La nave, con sus colgaduras de terciopelo rojo, sus adornos de oro y mármol, con su aire de inmenso *boudoir*, bañada en aromas embriagadores, iluminada por la suave claridad del crepúsculo, cerrada y como pronta á partir en busca de amores rebujados, la había envuelto poco á poco en los encantos de sus pompas. Era aquello como una fiesta de los sentidos. Su gruesa y bonita persona se abandonaba, lisonjeada, masajada, acariciada, y, sobre todo, en voluptuosidad se sentía pequeña ante tan gran beatitud.

Pero, bien á pesar suyo, lo que mayor placer le producía era el tibio aliento del calorifero, colocado casi bajo sus enaguas. Era muy friolera la Beronesita. El calor deslizaba discretamente sus suaves caricias á lo largo de sus medias de seda. Grato sobre la embargaba en este baño de blanda mollicie.

#### IV.

Seguía sirviendo el Vicario. Abríase ya ante los ojos espantados de las devotas, para trasgárselas, las calderas de aceite hirviendo del infierno.

—Si no escucháis la voz de Dios, si no escucháis mi voz, que es la misma voz de Dios, en verdad os digo, veréis cómo crujen vuestros huesos, veréis

cómo se abre vuestra carne sobre los carbones encendidos, y entonces será inútil que gritéis: «¡Piedad, Señor, piedad; yo me arrepiento!» ¡Dios no os atenderá y os empujará al abismo con el pie!

A este último arranque, hubo un estremecimiento en el auditorio. La Baronesa, que resucitaba te se dormía bajo el influjo del alro bñio en que flotaban sus ropas, se sació vagamente. Conoció mucho al bueno del Vicario. El día anterior le había seguido á su mesa. Adornaba el pastel de salmón trufado, y el burlesco era su vino favorito. ¡Hombre excelente sin duda! De treinta y cinco á cuarenta años, moreno, con el rostro tan redondo y sonrosado, que, más que rostro de sacerdote, parecía el rostro alegre de una moza de granja. Por otra parte, hombre de sociedad, de paladar delicado, de lengua alamburada, decía á la Baronesa con voz melosa:—¡Ah, señora! con semejante tocado, haría V. que se condenase un santo!

En cuanto á él, no se condenaba. Igualmente galante con la Marquesa, con la Condesa, con todas sus penitentes, era el niño mimado de estas damas.

Cuando los jueves iba á comer á casa de la Baronesa, ésta le criaba como á tierna y querida criatura á quien un soplo de alro puede constipar, á quien un plato mal condimentado produciría infaliblemente una indigestión.

En el salón, su butaca estaba al lado de la chimenea; en la mesa, los criados tenían orden rigurosa

de atenderle especialmente y servirle, á él sólo, cierto vinillo de edad de doce años, que bebía, cerrando los ojos con fervor, como si estuviera comulgando.

¡Era el Vicario tan bueno, tan bueno! Mientras que desde lo alto del púlpito hablaba de huesos que crujen y de miembros que se chamuscan, la Baronesa, en su estado de somnolencia, veíale á su mesa, limpiándose beatíficamente los labios, y diciéndoles:— «He aquí un bizcocho, señora, que haré que V. hallese gracia cerca del buen Dios, si su belleza no bastase por sí sola para asegurarlo el paraíso».

## V.

El Vicario, desahogada su cólera, preferidas sus amenazas, estalló en sollozos. Era de ordinario su técnica,

Cual de rodillas en el púlpito, no mostrando más que las espaldas, se enderezaba de súbito inclinando-se, inclinándose, como abatido por el dolor; se enjugaba los ojos, dándose fuertes restregones con un paño de muselina almidonada; movía los brazos á la derecha y á la izquierda; adoptaba actitudes de pelícano herido.

Era el ramillete, el final, el trozo á toda orquesta, la escena, llena de movimiento, del desenlace.

—¡Llorad, llorad! (aspiraba con voz aspirante.)  
¡Llorad por vosotros, llorad por mí, llorad por Dios!...

La Baronesita se había quedado dormida, con los ojos abiertos.

El calor, el incienso, la sombra que se espesaba, habían embotado sus sentidos. Se había hecho una pelota, se había encerrado en las voluptuosas sensaciones que experimentaba, y allí, en sus adentros, soñaba cosas muy agradables.

A su lado, en la capilla de los Santos Angeles, había un gran lienzo, que representaba hermosos jóvenes medio desnudos, con alas en las espaldas. Sonreían con sonrisas de amantes apasionados, é inclinados, arrodillados parecían adorar á alguna baronesita invisible.

¡Gallardos mozos, de labios tiernos, de piel sosa, de brazos musculosos!

Y lo malo era que uno de ellos se parecía como un huevo á otro al joven duque de P\*\*\*, uno de los buenos amigos de la Baronesita.

En su estado de adormecimiento, preguntábase ella si el Duque no estaría así bien, desnudo, con alas en las espaldas; por otra parte, se imaginaba al bello y sonrosado querubín vestido con el negro traje del Duque.

Después fijóse el sueño: era ya realmente el Duque, en ropas muy ligeras, que desde el fondo de las tinieblas le enviaba besos con los dedos.

## VI.

Al despertarse la Baronesa, oyó al Vicario que pronunciaba la frase sacramental:

—Esta es la gracia que os desto.

permaneció un instante como asombrada.

Creyó que el Vicario desataba para ella los besos del joven Duque.

Hubo un gran ruido de sillas. Todo el mundo se fué.

La Baronesa lo había pensado perfectamente; su cochero no estaba al pie de las gradas. El pícaro del Vicario se había apresurado á concluir su sermón, robando á sus penitentes lo menos veinte minutos de elocuencia.

Impacientábase la Baronesa en una nave lateral, cuando vió salir al Vicario, precipitadamente, de la sacristía. Miraba la hora en su reloj, con el airo de hombre muy ocupado que no quiere faltar á una cita.

—¡ah, querida señora! Me he retrasado (dijo). Ya lo sabe V.; me esperan en casa de la Condesa. Hay allí un concierto espiritual, seguido de una pequeña colación.

## LOS HOMBROS DE LA MARQUESA

### I.

La Marquesa duerme en su magnífico lecho, bajo las anchas cortinas de seda amarilla. A las doce, el timbre claro del reloj, se decide a abrir los ojos.

¡Qué tibia y agradable atmósfera! Los tapices, las colgaduras de las puertas y ventanas, convierten la habitación en un nido delicioso. Calor, perfumes por todas partes. Reina allí la eterna primavera.

No bien despierta, la Marquesa parece presa de viva ansiedad. Se incorpora; llama a Julia.

—¿Llama la señora?

—Dime ¿hielo?

—¡Oh, excelente Marquesa! ¿Con qué voz tan conmovida ha hecho esta pregunta! Su primer pensamiento ha sido para ese frío terrible, para ese viento norte de que ella está libre, pero que debe soplar cruelmente en los tugurios de los pobres.

Y pregunta si el cielo se ha apedrado, si puede gozar del calor sin remordimiento, sin pensar en los que tiritan.

—¿Hielo?

La doncella le ofrece el peinador que la Marquesa se pone a levantarse y que acaba de calentar á un buen fuego.

—¡Oh! Sí, señora: hiela más que nunca. Acaba de encontrarse á un hombre muerto de frío en un ómnibus.

La Marquesa siente una alegría infantil, se restroga las manos, y exclama:

—¡Ah, tanto mejor! Iré á patinar esta tarde.

## II.

Julia, descorre las cortinas poco á poco, no sea que una brusca claridad hiere los delicados ojos de la encantadora Marquesa.

El reflejo azulado de la nieve penetra alegremente en la habitación. El cielo está gris, pero es un gris tan bonito, que recuerda á la Marquesa una túnica de seda, gris perla, que llevaba la víspera en el baile del ministerio. La túnica estaba adornada con bien-das blancas, parecidas á los hilos de nieve que ve en los tejados, destacándose sobre la palidez del cielo. Aquella noche había estado deslumbradora con sus nuevos diamantes. Se acostó á las cinco; así es que tenía la cabeza algo pesada. Sin embargo, se sienta delante de un soberbio espejo, y Julia decora la blonda madeja de sus cabellos. La Marquesa se suelta el pei-



nador, y sus hombros quedan al aire hasta la mitad de la espalda.

Toda una generación ha envejecido contemplando los hombros de la Marquesa. Desde que, gracias á un poder vigoroso, las damas de natural alegre pueden escotarse y bailar en las Tullerías. La Marquesa ha paseado sus hombros por entre el bullicio de los salones oficiales con tal asiduidad, que puede considerárseles como el programa viviente de los encantos del segundo Imperio.

Ha tenido que seguir la moda, escotando sus tunicas, ya hasta la caída de los hombros, ya hasta el nacimiento de la garganta; de este modo ha ido entregando, línea á línea, todas las facetas de su busto. No hay parte del tamaño de un plúm en sus hombros que no sea conocida de las piedras de la calle. Los hombros de la Marquesa, siempre al descubierto, son el blason voluptuoso de la nueva monarquía.

### III.

Ciertamente, no es preciso describir los hombros de la Marquesa. Son populares como el Puente Nuevo. Han figurado por espacio de diez y ocho años en todos los espectáculos públicos. Basta percibir, en un salón, en el teatro ó en cualquier otro lado, la menor parte de ellos, para exclamar: —¡Calla! La Marquesa. Conozco el lugar negro de su hombro izquierdo.»

Por otra parte, son hombres muy hermosos, blancos, redondos, provocativos. Las miradas de todo un orden de cosas han pasado sobre ellos, dándoles más ternura, como esas cosas que las plamas de la multitud pulimentan á la larga.

Si fuese el marido ó el amante de la Marquesa, preferiría besar el botón de cristal del gabinete de un ministro, desgastado por las manos de las pretendientes, á rozar con los labios esos hombres, sobre los cuales se ha deslizado el soplo ardiente de todo el París galante.

Cuando se piensa en los mil deseos que han polido en torno suyo, se pregunta uno la clase de arcilla con que la naturaleza ha debido fabricarlos, para que no aparezcan ridículos y desazonados como los contornos, conocidos por los visuales, de esas estatuas desnudas, expuestas al aire libre en los jardines.

La Marquesa ha puesto su poder en otra parte. Ha convertido sus hombres en una institución. ¿Y cómo ha conseguido por el gobierno? Siempre en la brecha, multiplicándose para estar en todas partes, en las Tullerías, en los ministerios, en las embajadas, en casa de los simples millonarios, arrastrando á los tudesces con hábiles sonrisas, ostentando el trono de sus senos de alabastro, mostrando en los días de peligro pequeños rinconcillos, ocultos y deliciosos, más persuasivos que los argumentos de los oradores, más convincentes que las espaldas de los soldados.

y amenazado, para conquistar un voto, con recortar sus similitudines hasta que los jefes más feroces de la oposición se declararan vencidos!

Los hombres de la Marquesa han salido siempre jiloses y triunfantes. Han sostenido un mundo, sin que la menor arruga empale su blanco mármol.

#### IV.

Aquella tarde, la Marquesa, al salir de las manos de Julia, se va á patinar. Patina adorablemente.

Hace en el Bosque un frío espantoso; la brisa pica la nariz y los labios de las nobles damas como si el viento les esplaya arena fina en el rostro. La Marquesa se ríe. Le entretiene sentir frío.

De vez en cuando, se calienta los pies en los brazos encandidos que hay en las orillas del pequeño lago. Luego vuelve á entrar en la atmósfera helada, deslizándose como una golondrina que rase el suelo. ¡Ah! ¡Maguida partida! ¡Y qué dichosa es la Marquesa con que el deshielo no haya comenzado! Podrá patinar toda la semana.

Al volver á su casa, la Marquesa ve en los Campos Eliseos á una pobre que urica al pie de un árbol, medio muerta de frío.

—¡Qué desgraciada!—murmura con voz sentida.

Y como el coche va á escape, no pudiendo encontrar su portamonedas, le tira en ramillete, un ramil-

llete de lila blancas, que vale por lo menos cinco lises.

## MI VECINO SANTIAGO

### I.

Tenía veinte años, y habitaba en la calle de Graciosa. Es esta una callejuela que baja de la altura de Saint-Victor, por detrás del Jardin de Plantes.

Sabía dos pisos,—las casas son bajas en este barrio,—agarrándome á una cuerda para no resbalar en los escalones desgastados, y llegaba á mi zaguami en la más completa obscuridad. La sala, grande y fría, tenía la desnudez, la claridad pálida de una cueva. Sin embargo, en los días que mi corazón estaba alegre, gocé de claros soles en aquella sombra.

No tardaba en oír risas alegres, que venían del tugurio inmediato, habitado por toda una familia, el padre, la madre y una chensala de siete á ocho años. El padre tenía un aspecto singular, con la cabeza plantada de través entre dos hombros puntiagudos. Su rostro, huesudo, era amarillento, con abultados ojos negros, hundidos bajo espesas cejas. A pesar de su aspecto lugubre, llevaba como estereotipada en el semblante una sonrisa tímida y bondadosa. Se le

hubiera tomado por un gran niño de cincuenta años: se turbaba, se ruborizaba como una doncella. Hacia de la luz, se deslizaba a lo largo de las paredes con la humildad de un presidiario indultado. Recíprocos saludos nos fueron acercando. Me agradaba aquella foz extraña, llena de inquieta honrría de bien. Poco á poco, llegamos á cambiar cordiales apretones de manos.

## II.

Al cabo de seis meses, ignoraba aún el oficio de que vivían mi vecino Santiago y su familia. Él hablaba poco de su mujer, á quien preguntara con verdadero interés en dos ó tres ocasiones, solo obtenía respuestas evasivas, balbucidas con torpeza.

Cierta día, —había llovido la víspera, y mi corazón estaba dolorido, — al bajar por el boulevard del Infierno, vi venir en dirección contraria á uno de esos parias del pueblo de París, vestido de negro, con sombrero del mismo color y corbata blanca, que llevaba debajo del brazo el estrecho ataud de un niño recién nacido.

Iba con la cabeza baja; llevaba su ligero fardo con aire de distracción pensativa, y hacía rodar con el pie los guijarros del camino. El cielo estaba blanco. Simpatiqué con aquella tristeza que pasaba. Al ruido de mis pasos, el hombre levantó la cabeza: en se-

gorda le volvió rápidamente, pero era demasiado tarde; le había reconocido: mi vecino Santiago era antorrador.

Le miré alejarse, avergonzado de su vergüenza.

Me dió pena no haber tomado otro paso. El proseguía su camino, con la cabeza aún más baja, diciéndose, sin duda, que acababa de perder el apretón de manos que cambiábamos todas las tardes.

### III.

Al día siguiente le volví a encontrar en la escuela. Quiso hundirse en la pared; se abió, se empujueñeció, recogió con humildad los pliegues de su blusa, para que la tela no rozase mi traje. Inclinando la frente, su pobre cabeza gris temblaba de emoción.

Me detuve, mirándole á la cara; abrí mi mano cuanto pude, y se la tendí.

Levantó la cabeza, vaciló: tocólo á su vez mirarme frente á frente; vi que se agitaban sus gruesos ojos y que se teñía de púrpura su rostro amarillento. Después, cogiéndome bruscamente del brazo, me acompañó á mi buhardilla, donde por fin tomó la palabra.

—Es V. un joven honrado (me dijo). Su apretón de manos me ha hecho olvidar muchas miradas insoportantes.

Sentíase; se confesó á mí. Me declaró que, antes de ser del oficio, sentía, como los demás, hondo malestar al encontrarse con un sepulturero. Pero más tarde, en sus largas horas de camino, en medio del silencio de los fúnebres convoyes, había reflexionado mucho, y se asombraba del disgusto y el temor que inspiraba á su paso.

Tenia yo entonces veinte años, y habíame abrazado al verdugo. Me lancé á consideraciones filosóficas, queriendo demostrar á mi vecino lo santo de su misión. Mas al levantó sus hombros pontificalados, se frotó las manos en silencio y con voz lenta y torpe, dijo:

—Crédalo V., señor. Las murmuraciones del barrio, las miradas ofensivas de los transeúntes, me inquietan poco, siempre que mi mujer y mi hija tengan pan. Sólo una cosa me desazona: no duermo cuando pienso en ella. Mi mujer y yo somos ya viejos, y no nos ruborizamos. Pero la juventud es ambiciosa. Mi pobre María se avergonzará de mí más adelante. A los cinco años vió á uno de mis colegas, y lloró tanto, tuvo tanto miedo, que no me he atrevido á ponerme aún el traje negro delante de ella. Me visto y desnudo en la escalera.

Me compadecí de mi vecino Santiago. Le dije que dejase sus ropas en mi habitación, y se las pusiera y quitase al abrigo del frío. Tomó mis precauciones para trasladar á mi casa sus fúnebres atavíos. A par-

tir de aquel momento, le vi diariamente por la mañana y por la noche. Hacía su tocado en un rincón de mi buhardilla.

#### IV.

Tenia yo un cofre, cuya madera se pulverizaba, carcomida por los gusanos. Mi vecino Santiago lo convirtió en un guardarropa; cubrió el fondo con periódicos, y colocó encima, doblándolo delicadamente, su traje negro.

A veces, por las noches, en medio de una pesadilla, me despertaba con sobresalto dirigiendo miradas extraviadas al viejo cofre, que se extendía á lo largo del muro en forma de alacú; creía ver salir de él el sombrero, el manto negro, la corbata blanca.

El sombrero giraba en torno de mi lecho, zumbando vordamente, dando pequeños saltos nerviosos; el manto se ensanchaba y agitaba sus peños como grandes alas negras, volando por la habitación, hueco y silencioso; la corbata blanca se estiraba; luego se arrastraba suavemente hacia mí, con la cabeza erguida y meneando la cola.

Abría los ojos desmesuradamente, y veía el viejo cofre inmóvil y sombrío en su rincón.



## V.

En aquella época, mi vida era un sueño de amor, sueño también de tristeza. Sentía cierto placer en medio de mi pesadilla; quería a mi vecino Santiago, porque vivía con los muertos y me traía el olor acre del cementerio. Como resultado de sus confidencias, escribí las primeras páginas de las *Memorias de un sepulturero*.

Por la noche, mi vecino, antes de dormirse, se sentaba encima del cofre para contarme el trabajo del día. Le gustaba hablar de sus muertos. Ya era una joven; la pobre, muerta de una enfermedad del pecho, pasaba poco; ya un viejo; este viejo, que le había magullado el brazo, era un alto funcionario, que debía haberse llevado su dinero en los bolsillos. Tenía así detalles íntimos acerca de cada muerto; conocía su peso, los ruidos que se habían producido en el ataúd, la manera cómo había sido preciso bajarlos por las vueltas de las escaleras.

Ocurría a veces que mi vecino Santiago venía más hablador y expansivo. Se apoyaba en la pared, recogido el manto sobre el hombro echado hacia atrás el sombrero. Había encontrado herederos generosos, que le habían dado para lutos. En estos casos, acaba-

ba por entenebrecerse, y me juraba que, cuando llegase el momento, daría tierra á mi cuerpo con la mayor suavidad, con mano de amigo cariñoso.

## VI.

Viví así más de un año en plena necrología.

Cierta mañana no vino mi vecino Santiago. Ocho días después había muerto.

Cuando dos de sus colegas se llevaron el muerto, estaba yo en el umbral de mi puerta. Les vi bromear, bajeando el ataúd, que se quejaba sordamente á cada sacudida.

Uno de ellos, bajo y grueso, decía al otro, alto y delgado:

—Enterrémos al enterrador.

## EL PARAÍSO DE LOS GATOS

---

Una parienta me legó un gato de Angola, que es el animal más estúpido que nunca haya conocido. He aquí lo que él mismo me refirió cierta noche de invierno, ante las calientes cenizas de la chimenea.

## I

Tenia entonces dos años, y era el gato mejor cuidado y más ingenuo que es dable imaginar. En edad tan temprana, mostraba ya todas las pretensiones de un animal que desdeña las dulzuras del hogar. Y sin embargo, cuántas gracias debía á la Providencia por haberme colocado en la casa de su linda usted...! La excelente señora me adoraba. Yo tenía en el fondo de mi armario una verdadera alcoba, un colchón de plumas y triple manta. Bijuterías de no desdecía de la cama: nunca pan, jamás sopas: siempre carne, y carne bien fresca, chorreado sanguineo.

Mas, no obstante tanta dicha, me poseía un deseo, un sueño, el de huir por la entreabierta ventana y escurrirme á los tejados. Las vargas se me autojaban sosas: la molleza de mi lecho me causaba náuseas: estaba gordo hasta dar un asco á mí mismo: eu na, me aburría soberanamente.

Debo decir que, alargando el cuello, había visto cierto día desde la ventana, en el tejado de enfrente, á cuatro gatos que retozaban, con el pelo erizado, alta la cola, tomando el sol y dando saltos y tumbos sobre las pizarras azules, y mayando de alegría. Nunca había contemplado espectáculo tan extraordinario.

Desde entonces formé mi resolución. La verdadera felicidad estaba en el tejado, tras de aquella ventana que se cerraba tan cuidadosamente. Para convencerme más, me decía que así se cerraban las puertas de los armarios donde se guardaban los manjares.

Mi proyecto de huir era irrevocable. Debía haber en la vida algo más que carne echando sangre. Una mañana se olvidaron de cerrar la ventana de la cocina. Salté en el acto á un tejadillo que había al lado.

## II.

¡Qué hermosos estaban los tejados! Los limitaban anchas canales, que exhalaban aromas deliciosos. Seguí voluptuosamente aquellas canales, donde mis patas se hundían en un lodo fino, tibio y blandísimo. Me parecía que andaba sobre terciopelo. ¡Qué calor tan agradable al sol! Mi grasa se fundía.

No ocultaré á Ud. que en más de una ocasión me eché á temblar. Había algún espanto en el fondo de mi alegría. Recuerdo, especialmente, cierta emoción terrible que dió en tierra con mi cuerpo. Tres gatos que rodaron desde lo alto de una casa, se acercaban á mi, maullando horrosamente. Viéndome que desfallecía, me trataron de tonto, y me dijeron que todo era pura broma. No pude á mayor con ellos. Aquello era encantador. Alegres y retozones, no tenían mi estúpida grasa, y se burlaban de mí cuando me des-

liraba como una bola sobre las planchas de zinc caldeadas por el sol. Un gato viejo, padre de la banda, me cobró particular afecto; propiciéme consagrarse á mi educación, cosa que acepté con reconocimiento.

¡Ah! qué lejos estaba la asadura que comía en casa! Bebí en las canales, y nunca la leche azucarada me supo tan dulce y agradable como aquel agua. Todo me parecía bueno y hermoso. Pasó una gata, gata encantadora, á cuya vista experimenté una sensación desconocida. Sólo en sueños había contemplado hasta entonces á esas criaturas deliciosas, cuyo espinazo es arquea con adorable flexibilidad. Mis tres compañeros y yo nos precipitamos al encuentro de la recién llegada. Me adelanté á mis amigos, y, disponíame ya á dirigir á la hermosa mis cumplimientos, cuando uno de mis camaradas me mordió cruelmente en el cuello. lancé un chillido de dolor.

—¡Babi! me dijo el gato padre, tonto de mí! Ya encontrarás otras.

### III.

Al cabo de una hora de paseo, sentí atroz apetito.

—¿Que se come en los tejados?— pregunté á mi maestro.

—Lo que se encuentra,—me respondió doctamente.

Esta respuesta me puso en grave aprieto, porque por más que buscaba, no encontraba nada. Vi al fin

es una budardilla á una joven obrera que estaba preparando su desayuno. Sobre la mesa, debajo de la ventana, brillaba una magnífica chuleta de un rojo apetitoso.

—He aquí mi negocio,—pensé ingenuamente.

Balté á la mesa, y me abalancé á la chuleta. Nunca lo hubiera hecho: la obrera, que estaba en guardia, me asió en el lomo en terrible escobazo. Abandoné mi presa, y fui dando espantosos alaridos.

—¿Te has caído de un nido? (me dijo el gato padre). La carne que vives en las mesas debe ser desquada desde lejos. Hay que buscar en las canales.

Nunca pude comprender que la carne que hay en la cocina no perteneciese á los gatos; mi estómago empezaba á resentirse seriamente. El gato padre acabó de desesperarme, diciéndome que era preciso aguardar á la noche. Entonces bajaríamos á la calle y registraríamos los montones de basura. ¡Aguardar hasta la noche! Lo decía tranquilamente, como filósofo convencido. Mu cuanto á mí, desfallecía ante el solo pensamiento de este ayuno prolongado.

#### IV.

La noche vino lentamente; noche de niebla que me heló. Cae un agua finísima, penetrante, agitada por bruscos ráfagas de viento. Bajamos por el hueco de una escalera. ¡Qué fea me pareció la calle! ¡Todo

se había acabado, el calor agradable, el brillante sol, los lejados resplandecientes como un espejo, donde me revolcaba con tanto gusto. Mis patas resbalaban en el suelo adormado. Recordé con amargura mi triple menta y mi colchón de plumas.

No bien en la calle, mi amigo se puso á temblar. Encogióse cuanto pudo; se deslizó furtivamente á lo largo de la pared, diciéndome que le siguiera. Encontramos una puerta cochera; se refugió en ella apresuradamente, dejando escapar un sonquido de satisfacción. Como le interrogara acerca de esta fuga, me dijo:

—¿No vienes aquel hombre que llevaba un gancho y una banasta?

—Sí.

—Pues bien: si nos hubiera visto, nos habría matado y asado á la parrilla.

—¡Asado á la parrilla! (exclamé.) ¿Pero la calle no es nuestra?

## V.

Habían ya vertido la basura delante de las puertas. Escarbé en los montones como un desesperado. Hallé dos ó tres huesos, mondos y limpios, revueltos con la ceniza. Comprendí entonces cuán suculenta es la comida fresca. Mi amigo lo registraba todo conclanzosamente. Me hizo correr hasta pagar el alba: no

perdonamos rincón ni descansamos un momento. Durante diez horas me cayó el agua encima. Temblaba como un azogado. ¡Maldita calle! ¡Maldita libertad! ¡Qué de veces echaba mi prisión!

Al amanecer, el gato padre, viendo que vacilaba:

—¿Tienes ya bastante? — me preguntó con airo estruendo.

—¡Oh sí! le contesté.

—¿Quieres volver a tu casa?

—Ya lo creo; pero ¿cómo encontrarla?

—Ven; esta mañana, al verte, comprendí que un gato tan gordo como tú no había nacido para las ásperas alegrías de la libertad. Conozco tu casa. Te voy a dejar a la puerta.

Aquel digno gato decía esto sencillamente. Cuando hubimos llegado:

—Adiós,—exclamó, sin demostrar la menor emoción.

—No (grita); no nos separaremos así. Vente conmigo. Partiremos el lecho y la carne. Mi ama es una mujer excelente....

No me dejó concluir.

—¿Quieres callarte? (me interrumpió bruscamente.) Eres un tonto. Me moriría en medio de tanta molicie. Tu vida de satisfacciones es buena para los gatos bastardos. Los gatos libres no trocarían nunca su libertad por tus bofes y tu colchón de plumas. Adiós.

Kalióse al tejado. Vi su alta y flaca silueta ex-



temecerse de gusto á las caricias del sol nascente.

Cuando entré en casa, su tía de V. cogió las disciplinas y me administró una corrección que recibí con alegría profunda, gustando ampliamente la voluptuosidad de tener calor y de ser golpeado. Pensaba en la buena ración de carne que en seguida iban á darme.

## VI.

—Ya lo ve Ud. (concluyó mi gato, esperanzándose delante de las drizas); la verdadera dicha, el paraíso consiste en vivir encerrado, en recibir golpes, en una casa bien provista.

Hablo por cuenta de los gatos.

## LULIA.

### I.

Vienes de los campos, Nírup; de los verdaderos campos, saturados de acres aromas, rodeados de anchos horizontes. No eres bastante tonta para ir á encerrarte en un casino, á la orilla de alguna playa á la moda. Tás adonde no va la multitud. buscas un agujero formado por el follaje, en plena Borgoña. Tu

refugio en una casa blanca, oculta como un aldo en medio de los árboles. Pasa en ella tus primaveras, saludables como el aire libre. Así, cuando vuelvas por algunos días, tus buenas amigas se asombran de tus mejillas, tan frescas como tus espinos blancos, de tus labios, tan rojos como las rosas silvestres.

Pero tu boca sabe á azúcar, y juraría que acabas de comer cerezas. No eres una miedosilla que temes á las avispas y á las tarzcas.

Desafías atrevidamente al sol, sabiendo que tu cuello curtido tiene la transparencia del ámbar fino. Y recorres los campos con tu traje de lino, bajo tu ancho sombrero, como una campesina amiga de la tierra. Cortas la fruta con tus pequeñas tijeras de herradoras; tu colección es mezquina, ciertamente; pero trabajas á conciencia, y regresas á casa, orgullosa de los rasguños rojizos que los cardos dejaron en tus manos blancas. ¿En qué te entretendrás el próximo Diciembre? En nada. Te aburrirás, ¿no es verdad? No eres una mujer de mundo ¿recuerdas el baile á que una noche te llevé? Ibas con los hombres desnudos: bailabas en el coché. En el baile, en cambio la atmósfera era sofocante; las arañas despedían torrentes de fuego. Te hundiste cuerdamente en tu sillón, disimulando ligeras bofetadas detrás de tu abanico. ¡Ah, qué fastidio! Cuando volvíamos á casa, murmurante, enseñándome tu ramillete marchito;

—Mira estas pobres flores. Morirán, como ellas, si

tuviera que vivir en aquel site abrazado. Mi querida primavera, ¿dónde estás?

—No iremos más al baile, Ninon. Nos quedaremos en casa, al lado de la chimenea. Nos amaremos, y, cuando nos cansemos, seguiremos amándonos todavía.

Me acuerdo de tu exclamación del otro día:— «¿En verdad que es ociosa la vida de la mujer!» He pensado en esto hasta hoy mismo. El hombre ha tomado para sí todo el trabajo, dejando á la mujer las imaginaciones peligrosas. ¿En qué pensar mientras se está bordando una y otra hora! Se construyen castillos en el aire donde el alma se adormece, como la *Bella durmiente del bosque*: se esperan los besos del primer caballero que pase por el camino.

—Mi padre (me has dicho con frecuencia) era un hombre excelente, que nunca se separa de un lado. Yo no he aprendido el mal en la escuela de esas deliciosas muñecas que ocultan en el colegio las cartas de sus primos en los libros de misa. Nunca he confundido al buen Dios con el coco con que asustan á los niños, y confieso que he temido siempre más disgustar á mi padre que ir á cocerme en las marmitas del diablo. Debo decir también que sé saludar naturalmente, esto que me hayan enseñado el arte de las reverencias. Mi maestro de baile tampoco me ha acostumbrado á bajar los ojos, á sonreír, á mentir con el rostro; mi ignorancia es crasa en punto á esos des-

gues de las coquetas, que constituyen la mejor parte de la educación de una joven bien educada. He crecido libremente, como planta vigorosa. Por eso me abogo en la atmósfera de París.

## II.

Ultimamente, en una de esas hermosas tardes que la primavera tanto nos regala, me senté en las Tullerías, á la fresca sombra de los frondosos castaños. El jardín estaba casi vacío. Algunas solistas bordeaban, formando pequeños grupos, al pie de los árboles. Jugaban los niños, interrumpiendo con sus risas agudas el sordo murmullo de las cañas lamerdintas.

Mis miradas acabaron por detenerse en una niña de seis á siete años, cuya joven madre conversaba con una amiga, á algunos pasos de mí. Era una niña rubia, poco más alta que mi hijo, y afectaba ya el aire de una señorita. Llevaba uno de esos lindos trajes con que sólo las parisenses saben vestir á sus bebés: basquilla de seda color rosa, abotada, que dejaba ver las piernas cubiertas con medias de color gris perla; un jubón escotado, adornado con encajes, gorro con pluma blanca, pendientes, collar y brazalete de coral. Se parecía á su mamá con algo más de coquetería.

Se había apoderado de la sombrilla de aquella, y

se paseaba gravemente con la sombrilla abierta, aunque no se deslizaba por entre las hojas de los árboles el menor rayo de sol. Estudiaba la manera de andar ligeramente, desliziéndose casi, como había visto que lo hacían las personas mayores. No creía que la observaban. Repetía su papel como una cómica; ensayaba sonrisas, muecas graciosas, movimientos de cabeza, miradas, sonrisas. Al dar frente al tronco de un viejo castaño, hizo seriamente media docena de profundas reverencias.

Era toda una mujer en pequeño. Quedó realmente consternado ante su aplomo y su ciencia. No tenía aún siete años, y sabía ya su oficio de coqueta. Sólo en París se encuentran niñas tan precoces, que bailan perfectamente antes de conocer las letras. Me acordé de los niños de provincias. Son toscos y torpes; se revuelcan como animales en el suelo. No estrépenaría así Lilia su bonito traje. Prefiera no jugar; derechos como un huso dentro de sus enaguas almidonadas, pone su alegría en que la miren, en oír que dicen: «¡Ah, qué niña tan encantadora!»

Lilia seguía saludando al tronco del viejo castaño. De pronto la vi enderezarse bruscamente y ponerse en guardia, con la sombrilla inclinada, la sonrisa en los labios y el aire placentero. Comprendí en seguida. Otra niña, morena, vestida de verde, venía por la llamada del centro. Era una amiga; había que recibirla con todas las reglas del buen tono.

Las dos muñecas se tocaron ligeramente las manos, haciendo los viajes de columbre entre mujeres de la misma clase. Flaquean con sonrisas de satisfacción que es de buen gusto en semejantes circunstancias: cuando hubieron acabado sus contemplamientos, se pusieron á pasar, la una al lado de la otra, conversando con voz meliflua. En todo se pasó como en jugar.

—Lleva V. una túnica muy bonita.

—Esos adornos son género valencienues, ¿no es cierto?

—Mamá ha estado indispueta hoy por la mañana. Temí no poder venir, como le había prometido á Ud.

—¿Ha visto Ud. á la coqueta de Teresa? Tiene un *frousseau* magnífico.

—¿Es de V. esa sombrilla? Es preciosa.

Lilla se sonrió. Juguetaba con la sombrilla de su madre, comprendiendo la superioridad que esto le daba sobre su amiga, que no tenía sombrilla.

Aquella pregunta le puso en duto aprieto. Comprendió que estaba vencida si decía la verdad.

—Sí (respondió con gracia): papá me la ha regalado.

Era el celmo. Sabía mentir, como sabía ser agradable. Podía creer que poseía á fondo la ciencia de una mujer docta. Con tal educación, ¿cómo es posible que los maridos duermen tranquilos?

En este instante pasó un muchachillo de ocho años.

atando de un carratoncillo cargado de guijeros, y lanzaba juets! terribles. Se imaginaba que era un carretero. Jugaba con sus cinco sentidos.

Al pasar, saltó poco para que atropellase á Lilla.

—¡Qué brutales son los hombres! (dijo ésta con desdén.) Vea V. q. despachgado va ese niño.

Los dos se contieron despreciativamente. El niño, en efecto, debía parecerles muy inocente al hacer así de caballo. El, dentro de quince ó veinte años alguna se casó con él, lo tratará siempre con la superioridad de una mujer que á los diez años sabía manejar la sombrilla cuando él sólo pensaba en romper sus pantalones.

Lilla había echado á andar de nuevo, después de arreglar cuidadosamente los pliegues de su vestido.

—Mira V. (prosiguió) aquella zagalona con traje blanco, que se aburre allá bajo, completamente sola. La otra tarde me preguntó si quería que me la presentasen. Figúrese Ud., querida mía, que es hija de un pobre empleado. Naturalmente, me negué. No debe una comprometerse.

Lilla afectaba el aire de una princess ofendida. No había duda; su amiga estaba vanida: no tenía sombrilla, nadie solicitaba ser presentada á ella, que palidecía como mujer que asiste al triunfo de una rival. Había pasado el brazo por el tallo de LUIS, á ver si conseguía ajarle el traje por detrás, sin que ella lo advirtiese; y mientras tanto, se sobreía con una

bilidad, mostrando sus dienteecitos prontos á morder.

Cuando se alejaban de sus madres, se fijaron en que yo las observaba. Desde entonces, ¡qué tanto dengue, cuánta melindre! No perdonaban ninguna de esas coquetearías de señoritas que quieren llamar la atención sobre sí y retenerla. Había allí un caballero que las miraba. ¡Ah! ¡Hijas de Eva! El diablo se tienta en la cuna.

Después soltaron una carcajada. Algún detalle de mi traje debía sorprenderlas, parecerle muy cómico: sin duda mi sombrero, de forma algo anticuada. Se burlaban de mí, poniéndose las manos en los labios, contentando sus risitas, como hacen las damas en los salones. Aqué por avergonzarme, por ruborizarme, por no saber qué hacer de mi persona. Al fin, huí, abandonando el campo á aquellas dos mupecas, que tenían las burjas y las miradas extrañas de verdaderas mujeres.

### III

¡Ah, Ninon. Ninon! Llévate á esas señoritas al campo, vistelas de lino gris, y déjalas que se ravuelquen en las charcas donde se chapuzan los patos. Volverán torpes como gansos, sanas y vigorosas como arboletos jóvenes. Cuando las desposeamos, les enseñaremos á qué nos amen. Es lo único que tienen que saber.



## LA LEYENDA

DEL «CAPITA AZUL» DEL AMOR.

### L

Nació la hermosa niña de cabellos rojos en una mañana de Diciembre, cuando la nieve caía lenta y virginal. Hubo en el aire señales ciertas que anunciaron la misión de amor que venía á cumplir: brilló el sol, irisando la blanca nieve; aspiróse en el ambiente el aroma de las lilas, y resonó el canto de los pájaros como en plena primavera.

Vió el día en el fondo de un chiribití, por humildad sin duda, para mostrar que sólo deseaba las riquezas del corazón. Tuvo por familia á la humanidad entera: sus brazos eran bastante largos para estrechar al mundo.

Llegada la edad del amor, abandonó la sombra donde se recogía, y echó á andar por los caminos, buscando hambrientos, á quienes dejaba abitos con sus miradas.

Era una niña alta y fuerte, de ojos negros, de boca bermeja. Su carne de una palidez mate y cubierta de ligero vello, semejaba blanco terciopelo. Al andar, balanceaba su cuerpo con blando ritmo.

Cuando dejó la paja en que naciera, comprendió que debía vestirse de blondas y seda. Tenía como único patrimonio sus dientes blancos y sus mejillas de color de rosa.

Pronto encontró collares de perlas, blancos como sus dientes, haquilletas de color de rosa como sus mejillas.

Ya equipada, qué gozo era el encontrarla en las tiendas, en las claras mañanas del mes de Mayo! Su corazón y sus labios estaban abiertos á todos los transeúntes. Si veía á algún mendigo á la orilla del camino, le interrogaba con una sonrisa. El se quejaba de los ardores de las fiebres áperas del corazón, su boca le daba una limosna, y en el acto aliviaba la miseria del mendigo.

Así es que la querían todos los pobres de la parroquia, y se apiñaban á su puerta, esperando el reparto. Ella bajaba por mañana y tarde, como una Hermana de la Caridad, distribuyendo sus tesoros de ternura, dando á cada uno su ración.

Era buena y tierna como el pan blanco. Los pobres de la parroquia la bautizaron con el sobrenombre de CARITA AZUL DEL AMOR.

## II

Por aquél entonces asoló la comarca una epidemia espantosa. Todos los jóvenes, fueron atacados, y muchos de ellos murieron.

Los informes del mal eran terribles. El corazón cesaba de latir, la cabeza se despoblaba de ideas; el moribundo se embutecía. Los jóvenes semejantes á ridículos maniqués, se paseaban, con el sarcasmo en los labios, comprando corazones en las ferias como los niños compran caramelos. Cuando el azote hería á algún buen mozo, traducíase en negra tristeza, en mortal desesperación. Los artistas lloraban de impotencia delante de sus obras; los amantes, no pudiendo sacar sus ansias, se tiraban de cabeza al río.

No hay para qué decir que la hermosa niña tuvo ocasión de distinguirse en circunstancias tan graves. Estableció ambulancias; volaba al lado de los enfermos, se multiplicaba, cerraba las heridas con sus labios, daba gracias al cielo por la buena ocasión que le había deparado.

Fue una verdadera Providencia para los pobres. Salvó á muchos. Si de algunos no pudo sanar el corazón, fue porque ya no le tenían. Su tratamiento era sencillo. Asariciaba á los enfermos con sus manos milagrosas; les hacía entrar en calor con su tibio aliento. Nunca pedía recompensa. Se arruinaba sin pena: su caridad era inagotable. Así, los avaros de la época meneaban la cabeza al ver que la joven prodiga derrochaba de aquel modo los tesoros de sus gracias. Se decían unos á otros:

—Muerán en un rincón: da la sangre de sus venas sin pensar nunca las gotas.

## III

Un día, en efecto, al registrar su corazón, lo encontró vacío. Se estremeció de terror: no le quedaban más que algunos céntimos de ternura. Y la epidemia seguía azotando.

La niña se indignó. No pensaba en la inmensa fortuna que había disipado locamente: el puzante agijón de su caridad era cada vez más vivo, aumentando el horror de su miseria. ¡Era tan dulce ir en busca de los mendigos en las claras mañanas de sol! ¡Era tan dulce amar y ser amada! Y ahora debía ocultarse en la sombra, esperando á su vez la limosna, que acaso nadie le daría.

Por un instante pensó cuerdaamente en guardar como una reliquia los pocos céntimos que le quedaban, é irlos gastando con gran prudencia. Pero le entró tal frío en su aislamiento, que se lanzó al campo para calentarse al sol. En el camino, en la primera encrucijada, encontró á un joven, cuyo corazón se moría de inanición. Ante semejante espectáculo, despertóse su ardiente caridad. No podía negar su miseria. Y, radiante de bondad, más ileso de abnegación que nunca, puso el resto de su corazón en sus labios, se inclinó dulcemente, dió un beso al joven, y le dijo:

—Ten; he aquí mi última moneda. Devuélvemela.

## IV

El joven se la devolvió.

Aquella misma tarde envió á sus pobres una carta de despedida, manifestándoles que se veía obligada á suspender sus limosnas. Le quedaba á la querida niña precisamente lo necesario para vivir en honrada mediapía con el último hambriento á quien había socorrido.

La leyenda del CAPITAN AZUL DEL AMOR, carece de moral.

## EL HERRERO

---

El Herrero era alto y robusto, el más alto y robusto del país, con los hombros nudosos, con el rostro y los brazos ennegrecidos por las llamas y el polvo de hierro de los martillos. En su cráneo cuadrado, bajo la espesa mata de sus cabellos, abríanse grandes ojos azules de niño, claros como el acero. Sus anchas quijadas se movían con ristas estrépitosas, con ruido que zumbaba de un modo semejante á la respiración y á las alegrías gigantes de su fuelle; y cuando levantaba el brazo con gesto de poder satisfecho,—

gesto que le había dado el hábito de trabajar en el yunque,—parecía llevar sus cincuenta años mas gallardamente aun que mapejaba la «Seforita», maza de veinticinco libras de peso, terrible maza que él sólo podía hacer bailar desde Vernon á Rouen.

Vivi un año en casa del Herrero, año de convalecencia. Había perdido mi corazón, perdido mi cerebro; había partido en buca de mi mismo, en busca de un rincón donde recobrar la salud y trabajar, donde volver á encontrar mi virilidad. Entonces fué cuando, uno tarde, en el campo, pasada la aldea, vi la fragua, aislada, llamante, plantada de través en la cruz de los Cuatro Caminos. El fulgor era tal, que la puerta del patio, abierta de par en par, incendiaba la encrucijada, y que los álamos, colocados en fila á lo largo del arroyo, humeaban como antorchas. En medio del silencio del crepúsculo, la cadencia de los martillos, resonaba á lo lejos, media legua á la redonda, como el galope cada vez más próximo de algún regimiento de hierro. Atreído por la claridad, por el estrépito, por la conmoción que producía aquella especie de tormenta, llegué á la fragua, entré, y me detuve, feliz consolado ya, á la vista de aquel trabajo, de aquellas manos que torcían y aplastaban las terras rojas.

Fué la primera vez que vi al Herrero. Forjaba la reja de un arado. Con la camisa abierta al aire al rojo pecho, cuyo armazón de metal bien templado

se dibujaba vigorosamente al respirar, daba un paso hacia atrás, tomaba aliento, bajaba el martillo; y todo sin detenerse, con un balanceo rítmico y continuo del cuerpo, por un esfuerzo incesante de los músculos, el martillo giraba su círculo regular, lanzando chispas, trazando á su paso un arco de fuego. Era la «Señorita», la formidable maza, manejada con ambas manos por el Herrero, mientras que el hijo de este, mozo de veinte años, sostenía en la punta de las tenazas el hierro surcojeado y lo batía con golpes sordos, que ahogaba el baile estrépitoso de la terrible «hija» del viejo. Toc, toc, toc, toc; se hubiera creído que era la voz grave de una madre, alentando los primeros balbuceos de su hijo. La «Señorita» valía siempre, soltando las lentejuelas de su manto, dejando impresos sus talones en la reja que mordía cada vez que saltaba sobre el yunque. Una llama sangrienta corría hasta la tierra, iluminando las siluetas de los dos obreros, cuyas sombras colosales se prolongaban hasta los ángulos sombríos e indecisos de la fragua. Poco á poco el incendio palideció, el Herrero se detuvo, negro, de pie, apoyado en el mango del martillo, bañado la frente en sudor que no enjugaba. Yo oía su fuerte respiración, aún agitada, en medio de los resplandores del fuego que su hijo moría lentamente.

Pasé la noche en casa del Herrero, y di por concluido mi viaje. Tenía una habitación libre, en lo alto,

encima de la fragua, que me ofreció y aceptó. A las cinco de la mañana, antes de que el alba despuntase, todo entraba en movimiento; era como si la casa se riera hasta sus cimientos, con alegría enorme, que ya no cesaba hasta la noche. Debajo de mi habitación bajaban los martillos. Parecía que la «Señorita» me arrojaba del lecho, dando golpes en el pavimento, llamándome holgazán. Todo el pobre cuarto, con su gran armario, su mesa de madera blanca, sus dos sillas, crujía, me gritaba que me apresurase. Tenía que bajar á la fragua, ya en plena actividad. El fuelle resoplabá; llamas azules y rojizas subían del carbón, donde parecía brillar la rotondez de un sol bajo el viento que abanecía la brasa. Entretanto, el Herrero preparaba la tarea cotidiana. Removía el hierro en los rincones, volvía los arados, examinaba las ruedas. Al verme, poníase los puños en los hipos y se echaba á reír, abriendo la boca hasta las orejas. Le divertía hacerme saltar del lecho á las cinco. Creo que por la mañana golpeaba por golpear, saludando al alba con el canto formidable de sus martillos. Dejaba caer sus gruesas manos sobre mis hombros, inclinándose como si hablara á un niño, diciéndome que estaba mejor desde que vivía en medio de aquellos hierros; y todos los días debíamos juntos el vino blanco, sentados sobre un viejo calcan volcado.

Con frecuencia pasaba el día entero en la fragua. Sobre todo durante el invierno, cuando llovía, no la



abandonaba un momento. La lucha continua del Herrero con el metal en bruto que modelaba á su antojo, me interesaba como un drama conmovedor. Mis miradas seguían al hierro desde la hornilla al yunque, y experimentaba continuas sorpresas, viéndole pliegarse, extenderse, arrollarse, como blanda cera, bajo el esfuerzo victorioso del obrero. Cuando el arado estaba concluido, me arrodillaba delante de él; no reconocía ya el bosquejo informe de la viñera, y examinaba las piezas, imaginando que dedos ahora-namente fuertes las habían trabajado sin el auxilio del fuego. Muchas veces me sonreía, recordando á una joven á quien, en otro tiempo, había visto desde mi ventana, durante días enteros, bromeando con sus delicadas manos hilos de latón, en los cuales fijaba, con ayuda de hebras de seda, violetas artificiales.

Nunca se quejaba el Herrero. Le ví, después de haber batido el hierro por espacio de varios meses, retirarse por la noche con el buen humor de siempre, frotándose las manos con aire satisfecho. Nunca estaba triste, nunca fatigado. Habría sostenido la cama sobre sus hombros, si la cama hubiese vacilado. En el invierno, elogiaba el calor de la fragua. En el estío, abría la puerta de par en par, y dejaba que entrase el olor del heno. Cuando vino el verano, iba á sentarme, á la caída de la tarde á su lado, junto á la puerta. Como antes he dicho, la fragua estaba de través con relación al camino, y se veía desde ella el valle en toda su

anchura. Me encantaba aquella inmensa alfombra de tierra labrada que se perdía en el horizonte en el lin claro del crepúsculo.

El Herrero se bromeaba á menudo. Decía que todas aquellas tierras le pertenecían; la fragua, desde hacia ochos de doscientos años, proporcionaba arados al país. Este era su orgullo. Ninguna mies crecía sin él. Si la llanura estaba verde en Mayo y amarilla en Julio, le debía sus mudables guías. Amaba las cosechas como si fueran hijas suyas, exultándose los días de sol espléndido, amenazando con el puño á las nubes profusas de granizos. Algunas veces me enseñaba con el dedo algún pedazo distante de tierra, que parecía menos ancho que la espalda de su chalet, y me contaba en qué año había forjado un arado para su dueño. En la época de la siembra solía dejar sus martillos: salía á la orilla del camino, se colocaba la mano encima de los ojos, y miraba; miraba la familia numerosa de sus arados que mordían el suelo y trazaban surcos, enfrente, á la derecha, á la izquierda, por todas partes. El valle estaba inundado de ellos. Al ver desfilir los atatajes lentamente, se hubiese creído que eran regimientos en marcha. Las rejas de los arados brillaban al sol con reflejos argentinos. Y el Herrero levantaba los brazos, me llamaba, me decía que viniese á ver la «sagrada tarea» que llevaba á cabo.

Todo aquel herraje resonante, en medio del cual

vivía, saturaba mi sangre de partículas férricas. Esto me aprovechaba bastante más que las drogas de la botica. Me había habituado á aquel estrépito: tenía necesidad de oír la música de los martillos sobre el yunque para saber que no estaba muerto. En mi habitación, animada por los resoplidos del fuelle, había vuelto á encontrar mi pobre cabeza. Toc, toc, toc, toc. Era como el alegre péndulo que regulaba mis horas de trabajo. En lo más fuerte de la tarea, cuando el Herrero se incomodaba, cuando yo oía crujir el hierro candente bajo los saltos de los martillos endiablados, mis pullos se agitaban con fiebre de gigante, y hubiese querido splaxtar al mundo con mi pluma. Después, al callarse la fragua, se hacía el silencio en mi cerebro: bajaba, y me avergonzaba de mi obra al contemplar aquel montón de hierro vencido y humeando todavía.

¡Ah! ¡Qué magnífico he visto al Herrero en las ardorosas sientas del verano! Desnudo hasta la cintura, los músculos salientes y en tensión, parecía uno de esas figuras colosales de Miguel Ángel, que se levantan, haciendo un supremo esfuerzo. Mirándole, encontraba la línea escultural moderna que nuestros artistas buscan con tanto afán en las carnes muertas de Orceia. Se me parecía como el héroe engrandecido del trabajo, como el hijo infatigable de este siglo, que bate a la caza sobre el yunque el escalpelo de nuestro análisis, que forja al fuego, y con el hierro, la so-

ciudad de mañana. Él jugaba con sus martillos. Cuando quería reír, cogía la «Señorita» y la hacía bailar á todo vuelo. Entonces resonaba la tormenta en torno suyo, entre la jadeante respiración de la hornilla. Por mi parte, creía oír el suspiro del pueblo en el trabajo.

Allí, en la fragua, entre los arados, me curé para siempre de mi pereza y de mi duda.

## LA CRISIS

---

### I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, lo encuentran frío, como envuelto en la negra briseta que acompaña á las ruinas. En el fondo de la ancha sala, la máquina está muda, secos los brazos; inmóviles las ruedas. Aumenta la melancolía del reloista, ella, cuyo silencio y cuyo brío animan de ordinario la casa entera, con el latido de un corazón de gigante, incesante á la fatiga.

El patrón baja de su pequeño despacho, y dice con aire triste á los obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo..... No tengo pedidos; recibo contra-órdenes de todas partes. Voy á quedarme con la mercancía en los almacenes. Esta

mes de Diciembre, con el cual contaba, este mes de tanto trabajo otros años, amenaza arruinar a las casas más sólidas. Tengo que suspender mis negocios.

Y como ve que los obreros se miran entre sí, temiendo la vuelta al hogar, temiendo el hambre al día siguiente, añade, en tono más bajo:

—No soy egoísta, no; os lo juro.... Mi situación es tan terrible, es aún más terrible que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Suspenderé hoy el trabajo, para no ahondar más el abismo: no tengo ni un céntimo siquiera para mis vencimientos del día 15... Ya lo veis, os hablo como amigos; nada os oculto. Mañana, tal vez, estará aquí el juezado. La culpa no es nuestra. ¿No es verdad? Hemos luchado hasta el último momento. Hubiese querido ayudaros a pasar estos malos días, pero todo se ha concluido; ya no me queda pan que compartir con vosotros.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos segundos, siguen allí con los puños cerrados, mirando sus inútiles herramientas. Los demás días, al romper el alba, cantaban las limas marcaban los martillos al compás: todo parece dormir ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias, que no comerán a la semana siguiente. Algunas mujeres que trabajan en la fábrica, tienen los ojos llenos de lágrimas. Los hombres tratan de aparentar más firmeza. Se ha-

con los valientes; se dicen que nadie se muere de hambre en París.

Cuando el fabricante se retira, cuando lo ven alejarse, encorvado en ocho días bajo el peso de un desastre mayor quizá que el que confiesa, desfilan uno á uno, abandonando la sala, con la garganta apretada y el corazón oprimido, como si salieran de una cámara mortuoria. El muerto es el trabajo, la gran máquina muda, cuyo esqueleto siniestro se destaca en la sombra.

## II

El obrero está en la calle, en medio del arroyo. Durante ocho días ha roto la suela de sus zapatos sin poder encontrar trabajo. Ha ido de puerta en puerta ofreciendo sus brazos, ofreciendo toda su persona para cualquier trabajo el más duro, el más repugnante, el más mortal. Todas las puertas se le han cerrado.

Entonces el obrero ha ofrecido trabajar por mitad de precio. Inútil ofrecimiento. Trabajaría sólo por la promesa de pago. No obtiene mejor resultado. Ha la crisis, la temible crisis que toca á muerte en las casas de los pobres. El pánico ha paralizado todas las industrias, y el dinero, el dinero, cobarde, se ha ocultado.

Al cabo de ocho días, no hay ya esperanza. El

obrero ha hecho una tentativa suprema, y vuelve lentamente, con las manos vacías, derrochado por la miseria. La lluvia cae: aquella tarde París yace en el lodo. El desdichado recibe el aguacero sin sentirlo, sin oír más que la voz del hambre que le devora, yendo despacio para tardar más en llegar. Se asoma á un parapeto del Sena; el río, que ha crecido corro, rugiendo fuertemente: blanca la espuma rebota y se rompe en una pila del puente. Las aguas embravecidas pasan, llaman con fuerza al obrero. Pero no, sería una cobardía; huye.

Ha cesado la lluvia. El gas brilla en los escaparates de los joyeros. Si rompiesen un cristal, cogeria de un puñado pan para muchos años. Se iluminan los comedores de las fondas, y detrás de las cortinas de muselina blanca ve gentes que comen. Aprestura el paso, se dirige á su arrabal, dejando atrás pastelerías, salchicherías, restaurantes, todo el París glotón, que á aquellas horas se ostenta en su mayor esplendor.

Como la mujer y la pequeña llorasen aquel día por la mañana, les prometió llevarles pan á la tarde. No se ha atrevido á ir á decirles antes de llegada la noche que había mesado. Sin dejar de andar, se pregunta cómo entrará lo que ha de decirles para animarlas á tener paciencia. Sin embargo, es imposible que pasen más tiempo sin comer. El tal vez lo lo-grase pero la mujer y la niña están muy débiles.

Por un momento tiene la idea de suicidarse. Pero cuando una dama ó un caballero pasan ¡á su lado é intenta tenderles la mano, su brazo se paraliza, se le anuda la garganta. Queda plantado en la acera, mientras las gentes elegantes se apartan de él, creyendo que está borracho, al mirar su cara feroz de hambriento.

### III

La mujer del obrero ha bajado al dintel de la puerta, dejando dormida á la pequeña. Está en los huesos, y tiritó bajo su traje de indiana, al sople helado de la calle.

Nada hay en la habitación; lo ha llevado todo al Monte de Piedad. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La viúpera ha vendido á un ropavejero el último puñado de lana de su colchón; así se ha ido todo el colchón; ya sólo le queda la tela, que ha colgado delante de la ventana para impedir que éntre el aire, porque la niña tose mucho.

La mujer, aunque sin decirselo á su marido, también ha buscado por su parte; pero la crímis ha hecho más rudamente á las mujeres que á los hombres. En la meseta de la escalera hay desgraciadas á quienes oye sollozar por la noche. Ha visto á una, muerta é inerte, en un rincón de la calle; otra ha muerto; otra ha desaparecido.



Felizmente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Nada les faltaría, si malos años no les hubieran despejado de todo. Ha agotado su crédito: debe al paudero, al tendero, á la frutera, y no se atreve ni aun á pasar por delante de sus puertas. Aquella tarde ha ido en casa de su hermana, á pedirle veinte sueldos prestados; pero ha visto una miseria tan grande, que se ha echado á llorar, sin decir una palabra, y las dos hermanas han llorado largo tiempo juntas. Después se ha despedido, prometiendo llevar un pedazo de pan, si su marido trae alguna cosa.

El marido no vuelve; la lluvia cae: se refugia en la puerta: gruesas gotas rebotan á sus pies; polvo de agua cae en miserable ropa. Se impacienta por momentos; sale á parar del chaparrón, avanza hasta el extremo de la calle, para ver si descubre á lo lejos á aquel á quien aguarda. Y cuando vuelve, está chorreando; se pasa la mano por los cabellos para enfriárselos; no desespera aún, la fiebre le produce frecuentes calofríos.

Los transeúntes le codcean en su movimiento de ir y venir. Ella se encoge, se achica, para no molestar á nadie. Los hombres le miran cara á cara: alente á menudo alientos ardientes que rozan su cuello. Todo el París sospechoso, le calte con su fango, sus crudas claridades su rodar de coches parece que quiere cogerla y arrojarla en medio del arroyo. Tiene ham-

bre; pertenece á todo el mundo Frente por frente hay un penadero, y ella piensa en la pequeña que duerme allá arriba.

Después, cuando al fin llega el marido, desolándose como un criminal á lo largo de las casas, se precipita, le mira con ansiedad.

—¡Y bien! — balbucea.

Él no responde; bajala cabeza. Entonces ella sube delante, pálida como una muerta.

#### IV.

En lo alto duerme la niña. Se ha despertado y mira al cabo de una vela que agoniza en un extremo de la mesa. Algo de monstruoso y aterrador pasa por la frente de aquella pequeña de siete años, con las facciones serias y ajadas de mujer.

Está sentada al borde del catre que le sirve de lecho. Cuelgan sus pies desnudos, agarrados por el frío; sus manos de niña enferma recogen sobre su pecho los harapos que la cubren. Siente allí un ardor, un fuego que querría extinguir. Piensa.

Nunca le han comprado juguetes. No puede ir á la escuela, porque no tiene zapatos. Recuerda que, cuando era más chica, su madre la llevaba á tomar el sol. Pero esto no es ya más que una reminiscencia. Fue preciso madurar; desde entonces un gran

frio parece soplar en la casa; no ha vuelto á estar contento; ha tenido siempre hambre.

Es un misterio profundo, al que da vueltas sin poder comprenderlo. ¿Tiene hambre todo el mundo? Ella ha procurado acostumbrarse; pero no lo ha conseguido. Cree que es muy pequeña; que cuando sea grande sabrá estas cosas que se ocultan á los niños. Su madre debe ignorarlas. Si se atreviese, le preguntaría que quien nos pone en el mundo para hacernos pasar hambre.

Además, ¡es tan feo aquel cuarcucho! Mira á la ventana donde se agita la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles desvencijados, toda esa vergüenza del destino que la niña encierra con su desesperación. En su ignorancia, cree haber visto en sueños hermosas habitaciones, caldeadas por un buen fuego, llenas de objetos preciosos que brillaban.

Cierra los ojos para contemplarlas de nuevo, y, á través de sus párpados adelgazados, el fulgor de la vela se convierte en un gran círculo de oro, donde quisiera entrar. Pero el viento sopla, y la corriente de aire que invade el cuarto es tan fuerte, que le acomete terrible acceso de tos. Sus ojos se cuajan de lágrimas.

Antes, cuando la dejaban sola, sentía mucho miedo; ahora todo le es igual. Como no se ha comido desde el día anterior, se imagina que su madre ha ido á buscar pan. Este pensamiento le entretiene, contará

el pan en pedacitos; se los comerá lentamente, uno á uno; jugará con ellos.

Entra la madre; el padre cierra la puerta. La niña les mira las manos, muy sorprendida, y como nada dicen, al cabo de un momento, repite en tono de canturía:

—¡Tengo hambre, tengo hambre!

El padre se oculta en un rincón, hunde la cabeza entre las manos, y permanece allí, mudo, abrumado, encorvados los hombros por rudos y silenciosos sollozos. La madre, ahogando sus lágrimas, quiere que la niña vuelva á acostarse; la dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, cuyos dientes castañetean, y que siente que el fuego de su pecho la quema más que antes, cobra osadía, se cuelga al cuello de su madre, y le pregunta bajito y con dulzura:

—Dime, mamá, ¿por qué tenemos hambre?...

## LA ALDEHUELA

### I.

¿Dónde está la aldea? ¿En qué repílogue del terreno oculta sus blancas casas? ¿Se agrupan estas en torno de la iglesia, en el fondo de algún valle, ó forman alegre fila á lo largo del camino, ó trepan por la la-

dora, como cabras caprichosas, descubriendo y ocultando á medias sus techos rojos entre la verdura?

¿Tiene un nombre dulce al oído? ¿Es un nombre suave, fácil á los labios franceses, ó algún nombre alemanizado, de consonantes, roncó como graznido de cuervo?

¿Se siega, se vendimia en ella? ¿Es país de trigo ó comarca de viñedos? A esta hora, ¿qué hacen sus moradores al aire libre? De noche, al volver á casa por el estrecho sendero, ¿se detienen para abarcar con una mirada la abundante recolección y dar gracias al cielo por sus mercedes?

## II.

¿Me la imagino voluntariamente en la falda de una colina? Oculta discretamente entre los árboles, se la tomaría desde lejos por un campo de rocas desplomadas y cubiertas de musgo. Pero el humo sube por entre las ramas, y en una senda que baja la pendiente, algunos niños tiran de un carretoncillo. En toques se la mira desde el llano con ojos de celosa envidia, y se pasa á lo largo, llevando el recuerdo de aquel nido apenas entrevisto.

No, me la figuro más bien á un lado de la llanura, á la orilla del arroyo. Es tan pequeña, que una cortina de álamos blancos la oculta á todas las miradas. Sus cabañas, semejantes á castas bebitas, desapa-

recen en los mimbrerales de la playa. Un trozo de pradera verde la sirva de alfombra: un vallado vivo la cierra por todas partes, como á un gran jardín. Se pasa á su lado sin verla. Las voces de las lavanderas parecen gritos de carruca. Ni sombra de humo. La aldea duerme en paz, en el fondo de su verde alcoba.

No la conoce ninguno de nosotros. El lugar vecino apenas tiene noticias de su existencia. Es tan humilde, que ningún geógrafo la cita. No tiene personalidad. Pronunciado su nombre, no evoca ningún recuerdo. Entre la multitud de ciudades de nombre sonoro, es un desconocido, sin historia, sin glorias y sin vergüenzas, que se eclipsa modestamente.

Por esto, sin duda, sonríe la aldehuela tan dulcemente. Los campesinos viven allí en el destierro; los chinos ruedan por el ribazo; las mujeresullan á la sombra de los árboles. Ella, por su parte, feliz en su obscuridad, se inunda de las alegrías del cielo. (Está tan lejos del fango y del bullicio de las grandes ciudades! Le basta un rayo de sol, su silencio, su humildad, la cortina de álamos blancos que la oculta al mundo entero; ¿para qué quiere más?

### III.

Quizá mañana el mundo sabrá que existe la aldehuela.

¡Ah, miseria humana! El río estará rojo: la cortina

de álamos habrá desaparecido; las cabañas destruidas mostrarán la desesperación munda de las familias que las habitaban, la aldehueta será célebre.

Ya no se oirá el canto de las lavanderas; ya los niños no rodarán por el ribazo; ya no habrá cosechas; se acabó el silencio; concluyó la humildad; huyó la dicha. Un nuevo nombre en la historia. Victoria ó derrota, una nueva página sangrienta, y un pedazo más de tierra abonado por la sangre de nuestros hijos.

La aldehueta ríe, sueña, ignora que dará su nombre á una carnicería, y que mañana se bañará en sangre y se la citará en Europa entre el estertor de la agonía. Después, solo quedará en la tierra una mancha rojiza. Esta, tan alegre, tan dulce, se verá envuelta en un círculo de siniestra sombra. Pálidos visitantes pasarán por delante de sus ruinas, como se pasa por delante de las losas de *La Morte*. Será maldita.

Su nombre, si es Austerlitz ó Magenta, resonará en nuestros corazones como el entusiasta toque del clarín; y si es Waterloo, rodará lúgubramente en nuestra memoria, como el sonido del tambor entonado que toca los funerales de la patria.

¡Cómo echará entonces de menos sus riberas solitarias, sus campesinos ignorantes, su paz perdida, su rincón ignorado, tan lejos de los hombres, conocido solamente de las golondrinas que volaban todas

las primaveras! Muecillada, avengonzada, con su horizonte ennegrecido por bandadas de cuervos, y sus tierras crasas helando á muerto, vivirá eternamente en la historia, como un degolladero, como un campo de duelo donde dos naciones se han asesinado.

El nido del amor, el nido de paz, la aldeucela, se habrá convertido en un cementerio, donde las madres inconsolables no podrán ir á depositar una corona.

#### IV.

Francis ha sembrado de estos cementerios el mundo. En los cuatro ángulos de Europa podríamos arrodillarnos y orar. Nuestras nerópolis no se llaman únicamente el Père-Lachaise, Montmartre, Montparnasse: llevan también los nombres de todos nuestros triunfos y de todos nuestros desastres. No hay bajo el cielo un puñado de tierra donde no yacga un francés enterrado, desde China hasta Méjico; desde las estepas de Rusia hasta los arenales de Egipto.

Cementerios silenciosos y desiertos, que duermen su sueño pasado en la paz inmensa de los campos. La mayor parte, casi todos, se abren al pie de algún lugarajo destruido, cuyos muros, desplomados, tiemblan aún de espanto. Waterloo no era más que una granja; Magenta tenía apenas cincuenta casas. Un



viento de destrucción sopió sobre estos infinitamente pequeños, pueblos, y sus nobres, inocentes el día antes, despiden tal olor á sangre y pólvora, que la humanidad se estremecerá siempre al sentirlos en sus labios.

Pensativo miraba yo un mapa del teatro de la guerra. Seguía las orillas del Rhin; interrogaba las llanuras y las montañas. ¿Estaba la aldehuela á la izquierda ó á la derecha del río? ¿Debia ser buscada junto á las plazas fuertes, ó más lejos, en alguna vasta soledad?

Y procuraba entonces, cerrando los ojos, imaginarme la paz de la aldeilla, la cortina de sábanas extendida delante de las blancas casas, el trozo de pradera que rasau las alas de las golondrinas, las canciones de las lavanderas, la tierra virgen que la guerra va á mancillar y cuya mancha anonciarán brutalmente los clarines á los cuatro vientos cardinales.

¿Dónde está la aldehuela? (1)

## RECUERDOS

### 1.

¡Oh! La eterna lluvia, la lluvia enojosa, la parda

---

(1) La aldehuela estaba en la Alsacia; se llamaba Vœrdt.

lluvia, que cubre como un crepúsculo el cielo de Mayo y de Junio! Se va uno á la ventana, levanta la punta de la cortina; el sol está como anegado. Aparece entre dos chaparrones, pálido, verdoso, como el cuerpo de un astro que se ha suicidado de desesperación, y que algún marinero carente recoge con un garfio.

¿Te acuerdas, Ninon, del color gris de la primavera cuando ha llovido! Se huye de París, pensando en la primavera de los poetas, en la primavera solada por la fantasía, con su manto de flores, con sus crepúsculos languidecientes. Se llega al término del viaje al caer de la tarde. El cielo parece una pizarra, no se vislumbra el menor rayo de luz en el ocaso; triste es el hogar, que sólo guarda cenizas apagadas! Hay que flanquear las senderas, con la humedad penetrante del follaje sobre las espaldas. Y cuando se entra en la vasta sala, fría y monocóica, donde aún reina el invierno, se grita, se cierran puertas y ventanas, se enciende un gran fuego de sarraientos, y se maldicen las malas partidas del sol.

Durante ocho días, la lluvia le tiene á uno recluido. A lo lejos, en medio del lago que ha reemplazado á las praderas, se ve siempre la misma fila de álamos blancos, que parecen fundirse, que chorrean agua, muertos, destacándose vagamente entre el turbión que los envuelve. Después, un oscuro mar, un polvo de lluvia que cae y cierra el horizonte. Se bosteza; trata uno de distraerse con los paños que aguantan el

chubasco, con los pataguas azules de los campesinos que pasan. Se bosteza todavía más. Las chimeneas humean: la madera verde llora sin arder; se cree que el agua sube, que llama á la puerta, que penetra por todos los resquicios como una arena. Y al cabo, perdida la paciencia, se vuelve á tomar el tren, se regresa á París, negando el sol, negando la primavera.

Y, sin embargo, nada me desespera tanto como esos coches de alquiler que van dirigirse á las estaciones. Van cargados de baules y maletas, y atraviesan la población, sonrientes como prisioneros á quienes se acaba de dar libertad.

Los miro alejarse en busca de los plácidos arroyos, de las aguas profundas, de los altos montes, de los espesos bosques. Esta se encamina tal vez á aquel nido de rocas que tan bien conozco, cerca de Marsella: allí se está perfectamente; allí puede uno descansar como en una cabaña; allí las olas vienen á buscarnos. Aquel coche sin duda á Normandía, al rincón de verdura que tanto amo, cerca del colado que produce el ruído agrio, cuya espuma deja tan grato picor en la garganta. Este otro se dirige á lo desconocido, á cualquier parte donde se estará muy bien, á la sombra, al sol, no sé dónde, pero arde en deseos de ir allí.

Los cocheros azotan los facos caballos con el látigo;

no saben que al mismo tiempo azotan mi sueño. Piensan seguramente que los baúles son pesados y que las propias son ligeras, é ignoran que sumen en la desesperación á los infelices que pasan á caballo en la cruz de los pantalones, viéndose condenados á sentir cómo se abren la suela de sus zapatos sobre el candente empedrado de París en los meses de Julio y Agosto.

¡Oh! ¡Esa fila de coches, cargados de baúles y maletas que se entesminan á las estaciones! ¡Visión de la gran jaula abierta, de los pájaros felices que salen de su prisión! ¡Barrá truel de la libertad que atraviesa la galera de nuestras calles y plazas! Pesadilla de todas mis primaveras, que me turba en mi calabozo, que me llena del deseo, nunca saciado, del follaje y del aire libre!

---

Quisiera enoogerme, achicarme, volverme muy pequeño y poder deslizarme en el baul de esa dama de sombrero, color de rosa cuyo coche se dirige á la estación de Lyon. Debe estarse muy bien en el baul de esa señora. Adivino los trajes de seda, la fina ropa blanca, tantas prendas suaves, tibias, perfumadas. Me acostaré sobre alguna falda de seda clara; me recostaré en los pañuelos de batista; y si tengo frío, á fe mía, ¡tanto peor!, me echaré encima todos los zagalafos.

¡Qué boquita es esa dama! Veinticinco años á lo más. Tiene una berta encantadora, con un boynelo que debe ahondarse cuando ríe. Quisiera que se riera para verlo. Ese diablo de auriga debe ser muy feliz al llevarla en su coche. Sin duda prefiere el olor de violeta: seguramente ha perfumado con él su ropa blanca. Es exquisito. Permanezco en el fondo de su baul durante horas, durante días. He sentado mis reales en el rincón de la izquierda, entre el paquete de las camisas y una gran caja de cartón que me incomoda un poco. He tenido el capricho de abrir esta caja: contiene dos sombreros, una cartorita con una porción de cartas, y otras cosas que no he querido ver. He convertido la caja en almohada. Las medias están á mi derecha; estoy echado sobre tres trajes, y siento á mi izquierda objetos más pesados, en que creo reconocer pares de botas. ¡Dios mío, qué bien se está aquí, entre estos trajes perfumados!

¿Dónde iremos? ¿Nos detendremos en Borgoña? ¿Terceremos á Suiza ó bajaremos hasta Marsella? No figuro que nos encaminamos á aquel nido de rocas, ya lo saben Vds., donde se desnuda uno como en una estufa, y donde las olas vienen á buscarnos. Ella se bañará. Allí se está á cien leguas de los imbéciles. En el fondo, el golfo cerrado en círculo, brilla con el azul intenso del Mediterráneo. Hay tres pinas en lo alto, al borde de las rocas. Y, demandos los pies, arrancaremos arápidos con la punta de nuestros cuchillos.

en las anchas piedras amarillas que polimentan las olas. No tiene aire de bachillera; debe amar el campo, y jugaremos como chicos que se escapan de la escuela. Si no sabe nadar, yo la enseñaré.

Biento rudos escandinavos: subimos, sin duda, la calle de Lyon. ¡Qué curiosos será ver cuando, llegado á Marsella, abra su baul! ¡Cuán sorprenderá al encontrarme allí, en el rincón de la izquierda! Siempre que no le arragüe demasiada estos volantes sobre que me acuestol...

—¡Cómo, caballero! ¿está V. aquí?... ¡V. se ha atrevido!...

—Sí, ciertamente, señora; se atrevió uno á todo para salir de la cárcel...

Y yo le explicaré..., y ella me perdonará.

—¡Ah! He aquí la estación. Me parece que se nos registra.

---

¡Ay, ay! Lleová, y la dama del sombrero de color de rosa va sola, sufriendo el aguacero, á aburrirse en casa de alguna vieja tía de provincia, donde irritará, donde seguirá el mal humor del placer frustrado.

## II.

Es preciso haber vivido en una ciudad de vota y aristocrática, en una de esas pequeñas poblaciones

donde la hierba crece en las calles, y los relojes de los conventos dan las horas en el aire dormido, para saber lo que son todavía las procesiones del Corpus.

En París, cuatro sacerdotes dan la vuelta á la Magdalena. En Provenza, la calle pertenece al clero durante ocho días. Toda la Edad Media resucita en las claras tardes de Mayo á Junio, y la gente desfila cantando cánticos, purgando los cirios, abriendo la vomitiva dos gendarmes, y cerrándola el alcalde, que luce su banda.

---

Me acuerdo perfectamente. Erau días de gran alegría para nosotros los colegiales, que sólo deseábamos correr las calles. Para hablar con franqueza, en esas poblaciones tan dadas al amor, las procesiones hacen el caldo gordo á los amantes. En la carrera, las jóvenes se pavonean con sus trajes nuevos. El traje nuevo es de rigor. No hay señorita, por pobre que sea, que esos días no ostente un traje. Y por la tarde, en la oscuridad de la iglesia, ¡cuántas manos se encuentran!

Yo pertenecía á una sociedad musical, presente en todas las solemnidades. Tengo pecados muy grandes sobre mi conciencia. Me acuso de haber dado serenata á mas de un funcionario, que regresaba de París con su cinta roja. Me acuso de haber paseado al Santísimo oficial, á los señores que hacen llorar, á las

virgenes que curan el cólera. Hasta ayude a la mudanza de un convento de monjas encambradas. Las polvres, arrabajadas en anchos mantos grises, para que no pudiera verse nada de su rostro ni de sus cuerpos. Tropezaban, se sostenían, como ánimas en pena sorprendidas por la aurora. Y manos blancas, pequeñas manos de cilla, pasaban por el filo de los mantos.

¡Ay! Sí; yo he devorado las colaciones de la sacristía. No se nos pagaba; se nos ofrecían algunos regalos. Yo me acuerdo que el día de las monjas, al llegar al nuevo convento, se nos sirvió por medio de un torno un refrigerio. Las botellas, los platos con golosinas, se sucedían en la pared, como por arte de encantamiento. Y ¡qué botellas, grandes dioses! Botellas de todas las formas, de todos los colores, con toda clase de licores. Frecuentemente he pensado en la extraña cueva que había podido suministrar tanta variedad de vinos finos. Era la confusión en la dulzura.

Después de aquellos días de error, he hecho larga penitencia, y creo haber sido perdonado.

Desde por la mañana se adornan las calles que debe recorrer la procesión. Todos los balcones ostentan colgaderas. En los barrios ricos, son éstas, antiguas tapicerías con dibujos que representan escenas y personajes mitológicos, el olimpo pagano, pálido y desnudo, que acude á ver pasar al olimpo católico



con sus blancas virgenes y sus Cristos que sangran: ó ya son colchas de seda, quitadas de lecho del alguon marquesa, ó cortinas de damasco descolgadas de sus varillas, telas magníficas de todas clases, en una palabra. La clase media exhibía sus muselinas bordadas, lo mejor que tiene. Y en los barrios pobres las buenas mujeres, antes que no colgar, visten las ventanas con sus pajoletas, con pedazos de percalina que han cosido apresuradamente. Entonces las calles son dignas del *Dios Grande*.

Se ha barrido la ciudad. En algunos sitios se levantan altares. Estos altares dan lugar á celos, á odios que duran muchos meses. Que el altar del barrio de los Cartujos sea más hermoso que el del barrio de San Marcos: he aquí una cosa que basta para hacer blanquear los cabellos á los devotos. Todo el barrio contribuye al altar. Este ha traído los candelabros, talano las flores; mengano las blondas. Es una estación, un descenso que el barrio ofrece al cielo.

A lo largo de las estrechas aceras se han colocado dos filas de sillas. Los curiosos esperan con aire de camorristas, riéndose con esa risa provenzal que tiene notas de clarín. Las ventanas se adornan. Con el sol á plomo, y en las brisas ligeras que se levantan, sueñan á lo lejos las campanas, lanzadas á vuelo, y los redobles de los tambores.

Es la procesión que sale de la Iglesia.

---

Le preceden todos los buenos mozos de la ciudad. Es un paso reglamentario. Van allí para ver y ser vistos. Las muchachas están á las puertas; hay discretos saludos, sonrisas, coquicheos entre camaradas. Los jóvenes dan así la vuelta á la ciudad, entre dos líneas de miradores empavesados. Únicamente para pasar por delante de este ó aquel balcón. Cuando llegan á él, alzan la cabeza, y nada más. El día está hermoso: las campanas repican; los niños tiran puñados de flores de retama y puñados de rosas deshojadas.

Sobre el camión pálido de las rosas, semejan las flores de retama nubes de oro.

Asoman al cabo los dos gendarmes. Detrás vienen los niños del Hospicio, los colegios las confradías, las viejas devotas, los viejos devotos. Un Cristo se balancea, llevado en alto por un mulider. Un fraile rechoncho levanta un complicado emblema, que representa todos los instrumentos de la Pasión. Cuatro robustos mozos, cuyas fornidos miembros hacen reventar las blancas sobrepellices, sostienen con cintas una bandera inmensa, donde duerme inocentemente un cordero. Después, por encima de las cabezas, entre el fulgor de los cirios, sembrado por la luz del sol, incensarios de plata, suben, bajan, trazando un surco de fuego, dejando una ola de humo espeso, cuya blancura rueda un instante, como un girón desprendido de las sobrepellices de muselina que siguen.

La procesión avanza lentamente. Es un ruido sordo de pies, que deja oír el rumor ahogado de las voces. Suena un golpe de timbalo: tocan los platillos. Voces agudas, débiles y delicadas, se pierden en el ancho espacio. Se perciben susurros de labios. Y bruscamente se produce un gran silencio. Ya no es más que un resbalón directo, una capilla ardiente al aire libre. A lo lejos, los tambores redoblan una marcha.

Me acuerdo de los penitentes. Los hay de todos los colores: blancos, grises, azules. Betos últimos se han impuesto la redimición de enterrar á los ajusticiados. Cuantan entre ellos á los más ilustres nombres de la ciudad: vestidos con una túnica de sarga azul, cubierta la cabeza con un gorro puntiagudo, abiertos los agujeros en el velo á la altura de los ojos, su aspecto es realmente imponente. Los agujeros del velo están con frecuencia demasiado separados, los ojos miran blanco, bajo esta careta terrorífica. Al ras de la túnica asoman pantalones gris perla y botinas charoladas.

Los penitentes son la gran curiosidad. Una procesión sin penitentes es como un baile sin música.

El clero viene al último. A veces, van, niños con dalmáticas, espiñat, trigo sobre cojines, coronas, etc. Los devotos retiran sus sillas, se arrodillan, miran ha-

cia arriba: es que se acerca el palio. Es monumental; colgado de terciopelo rojo, coronado de penachos, en andas sobre bastiones dorados. He visto á algunas sub-prefectos llevando esta litiga inmensa, donde la religión enferma hace que la pasen al sol de Junio. Una banda de niños de coro anda hacia atrás, con incensarios que lanzan á todo vuelo. Sólo se oye la salmodia de los sacerdotes y el argenteo ruido de las calceñas de los incensarios.

---

Es el culto paraltico que se arrastra bajo el cielo azul de las antiguas creencias. Se pone el sol, los falgores rojizos se extinguen en los tejados: tenue y suave luz se separa con el crepúsculo, y la procesión se pierde en el límpido ambiente del Mediodía, con voces moribundas, sombra melancólica de una edad que baja al sepulcro. Detrás vienen las autoridades en traje de gala, los tribunales, las facultades, sin contar los mayordomos de fábrica con sus faroles esculpidos y dorados. La vislón se desvaneca.

Las rosas deshojadas, los botones de oro yacen marchitos en el suelo. Sólo queda ya del empedrado el olor acre de todas estas flores marchitas.

---

A veces la noche sorprende á la procesión al en-

trar en las calles tortuosas del barrio antiguo. Las blancas sobrepellices parecen vagos y pálidos fantasmas; los penitentes se alejan en fila sombría, á lo largo de las aceras; las llamas de los cirios proyectan en las paredes sombras que bailan, estrellas que avanzan con lentitud. Y ante aquellas cruces, ante aquellas banderas, ante aquel palio, cuyos brazos caídos apenas se distinguen en las tinieblas, se alente en las voces como un estremecimiento de pavor.

En la hora en que los galopines abrazan á las chiquetas. El órgano truca en el fondo de la iglesia: el Dios Grande vuelve á entrar en su casa. Entonces, las jóvenes se retiran con un beso en el cuello y una carta amorosa en el bolsillo.

### III.

Cuando paso por los puentes, en las tardes calurosas del verano, el Sena me llama con grandes voces de amistad. Corre ancho, fresco, con amorosa lentitud, ofreciéndose, retardándose en los muelles. El agua tiene los reflejos de las faldas de moaré. Es una querida dócil, y se experimentan deseos irresistibles de darse un chapuzón.

Los propietarios de baños flotantes, consternados ante las lluvias continuas de Mayo, sudan como unos bienaventurados bajo los rayos abrasadores del sol de Junio. En fin, que el agua está buena. Desde las

cos de la mañana aquello es un jaleo. Los calzoncillos se llenan tiempo de secarse, y por la tarde saltan peladores.

Me acuerdo de mi primera visita á uno de esos baños, á una de esas grandes tinas de maderas, donde los bañistas giran como pajas que bailan en el fondo de una cacerola de agua hirviendo.

Llegaba de una aldea, en cuyo pequeño riachuelo me había zambullido libremente, y quedé petrificado ante aquellas orillas, donde el agua toma el olor del hollín. Hacia la noche de la tarde, el baño parece un hormiguero. Hay que calcular dónde se irá á caer para no montarse en una espaldita ó sepultarse en un vientro. El agua se llena de espuma; las carnes desnudas la cubren de pálidos reflejos, mientras los brazos colgados en cuerdas, á guisa de teclumbre, dejan caer una claridad dudosa.

El ziplap se espantoso. A cada instante al impetu de un brusco movimiento, el agua salta con un ruido que recuerda el estampido distante del cañón. La gente de buen humor golpea el agua, remediando el tic tac de los molinos, y hay quien se ensaya en tirarse de espaldas, para aumentar la zambra é inundar el establecimiento. Mas nada es esto comparado con el griterío, que trae á la memoria la algarazara de los colegios en las horas de recreo. En el agua pura, el hombre vuelve á ser niño. Las personas graves que pasan por los molinos dirigen miradas llenas de as-

punto a aquellas telas volantes, entre las cuales ven dar saltos á grandes diablos desnudos.

Las señoras huyen sin volver los ojos.

---

Ha pasado, sin embargo, horas muy agradables en el baño, de madrugada, cuando París duerme todavía. No se ven entonces los hombres puntagudos, las cabezas calvas, los vientres enormes de por la tarde. El baño está casi desierto. Algunos jóvenes nadan como ballenas concienzudos. El agua está más fresca después del sueño de la noche. Es más pura más virgen.

Es preciso ir antes de las cinco; la atmósfera está tibia. Nada tan delicioso como seguir los muelles, mirando al agua con ojos de amante codicioso. Va á ser vuestra. En el baño, el agua duerme. No la despertáis. La tomáis en vuestros brazos silenciosamente. Sentís á la corriente deslizarse á lo largo de vuestro cuerpo, desde la nuca hasta los talones, como una caricia fugitiva.

El sol por Levante se refleja en bandas de color de rosa sobre los lienzos del techo. Después, la piel se extiende á los bancos más vivos del río. Hay que envolverse en unas sábanas, y andar por las galerías. Os creáis en Atenas, con los pies desnudos, el cuello libre, y un fujero blanco arrollado á la cintura. El

chaleco, los pantalones, la levita, las botas, el sombrero, están lejos. Y nuestros miembros se esponjan á placer, dentro de aquel pedazo de tela. La fantasía es transporta á Grecia, en plena primavera, á la orilla del eterno azul del Archipiélago.

Mas cuando llega el tropel de bañistas es menester huir. Traen el calor del empedrado en los talones. El río no es ya la virgen del amanecer, es la hija de las doce del día, que se entrega á todos, ajata, calenturienta con los abrazos de la multitud.

---

¡Y cuánta fealdad! Las señoras hacen bien en apresurar el paso al atravesar el muelle. El Museo de Antigüedades, desordenado por la mano de algún artista burlón, no presentaría un aspecto tan cómico y lastimoso.

Terrible prueba para un hombre moderno, para un parisiense, la de desnudarse en público. Las personas prudentes no van nunca á los baños fríos. Me enseñaron allí un día á un consejero de Estado, tan digno de compasión con sus hombros puntiagudos y su pobre vientre chato, que siempre que leían su nombre con motivo de algún asunto grave, no pudo contener una sonrisa.

Los hay gruesos, delgados, altos, bajos: unos que sobranadan como vejigas: otros que se hunden y



parecen fondirse como barras de caramelo. Las carnes se deprimen; los huesos se acentúan; las cabezas se esconden en los hombros ó se levantan sobre cuellos de gallinas desplumadas. los brazos parecen patas por su longitud; las piernas se reúnen como los miembros torcidos de los palcos. En unos, todo es nálgas; en otros, todo es vientre; algunos carecen de nálgas y de vientre. Galería grotesca, á cuya vista no se da rienda suelta á la risa por la lástima que inspira. Y es lo malo que estos pobres cuerpos conservan el orgullo del traje negro y del portunaje, que se han dejado en el vestuario. Unos se pavonean, recogen las puntas de sus sábanas, contoneándose como becaudados que tienen casa propia. Otros andan en su desandaz extravagante, con la dignidad de jefes de oficina que atraviesan por entre su pueblo de empleados. Los más jóvenes se la dan de graciosos, como si estuvieran entre bastidores en algún teatrillo; los más viejos olvidan que se han quitado su corsé y que no están al lado de la chimenea, en casa de la hermosa marquesa de B\*\*\*.

Vi durante toda una estación en los baños de Port Royal á un hombre grueso, redondo como un tonel, rojo como un tomate maduro, que se proponía representar el papel de Alcibíades. Había estudiado los pliegues de su sábana delante de algún cuadro de David. Se creía en el Agora; fumaba con gestos que hubiera sabido un senador romano, y cuando

se dignaba echarse al Sena, era Leandro, atravesando el Helosponto, para reunirse con su Hero. ¡Pobre hombre! Recuerdo su corto tranco, donde el agua dejaba platos violáceos. ¡Oh fealdad humana!

---

No, prefero mi riachuelo. Allí no hacen falta calzoncillos. ¡Para qué! Los marlinpescadores y aguzanieves no se ruborizan. Buscábamos los remanentes, las hoyas, como se dice en el Mediodía.

Atravesábamos el arroyo á pie enjuto, saltando sobre gruesas piedras, pero las hoyas eran trágicas. Algunas de ellas se tragaban todos los años dos ó tres niños. Para aviso de incautos, se colocaban postes junto á la orilla con atroces y terribles amenazas. Maldita la cosa que nos importaban; los tomábamos por blanco, y frecuentemente sólo quedaba un pedazo de plancha, sostenida por un clavo, que el viento balanceaba.

Por la tarde, el agua estaba abrasando. El sol le caldeaba de tal modo, que era preciso dejar que la enfriase la frescura del crepúsculo. Permanecíamos después en la arena durante horas enteras, luchando, tirando piedras á los postes, cogiendo ranas con las manos en el fango. La noche venía; un suspiro inmenso, un suspiro de alivio pasaba sobre los árboles.

Entonces el baño no tenía fin: cuando nos cansábamos, nos echábamos al salir del agua, á la orilla, en algún sitio poco profundo, con la cabeza apoyada en algún manojo de hierbas. Y así permanecíamos, sintiendo cómo el agua se deslizaba por nuestra piel, con las piernas flotando, cual si las arrastrase la corriente. Era la hora en que se juzgaba severamente á los pasantes del colegio y en que los deberes del día siguiente volaban como el humo de las primeras cigarras.

¡Buen arroyo, en donde aprendí á hacer la plancha en agua tibia en la cual se veían los pecesillos blancos: te amo aún como á una querida infantil! Una tarde nos arrobataste á un camarada en una de esas hoyas de que tanto nos burlábamos. Quizá esa mancha de sangre sobre tu verde manto ha dejado en mí estremecimientos de desso por tu delgado hilo de agua. Hay sollozos en tu cháchara de inocente.

#### IV.

Sólo conozco una caza, cuyos encantos tranquilos ignoran los parisenses. Aquí hay liebres y perdices en el campo; no se gasta la pólvora en salvas; se desdichan las alondras, reservando los tiros para las piezas grandes. En Provenza son raras las liebres y perdices los cazadores persiguen á las curruacas y demás pajarillos de las zarzas.

Cuando han matado una docena de bacafijos, vuelven muy orgullosos á su hogar.

He recorrido á menudo las tierras labradas durante días enteros para llevar tres ó cuatro andarríos. Me hundía hasta los tobillos en el suelo, movedizo como fina arena. Al anocheecer, cuando las piernas se negaban ya á sostenerme, regresaba radiante de gozo.

Si por milagro, salía una liebre á mis pies, la miraba correr con santo asombro; hasta tal punto me sorprendía encontrar piezas tan corrales. Me acuerdo de que una mañana vi levantarse junto á mí un bando de perdices; me quedó como alelado ante aquel extraordinario batir de alas, y disparé á la casualidad, escribiéndole con los perdigones un poste telegráfico.

Por otra parte, confieso sin rubor que he sido siempre un tirador detestable. Si no he matado mal los gorriones, nunca he podido derribar una golondrina.

---

De aquí, sin duda, el que prefiera la caza al puesto. Imagínate. Ningún, una especie de construcción redonda, hundida en la tierra, elevándose apenas un metro sobre el suelo. Esta cabaña, formada de piedras, se cubre con tejus, que se disimulan del mejor modo posible con los tallos y hojas de las arbedadoras. Se creería que era un resto de torreón.

ollo arrasado hasta los cincuenta, y oculto en la hierba.

En lo interior, la estrecha pieza recibe luz por xisteras, provistas de vidrios mates. El radieto tiene de ordinario una chimenea y algún armario; hasta he conocido un puesto donde había diván. Alrededor de la puerta se plantan estacas con ramas secas, donde se cuelgan los reclamos, los pájaros primereros encargados de llamar á los pájaros libres.

La táctica es sencilla. El cazador, sentado tranquilamente, espera fumando su pipa. Observa las estacas, y cuando un pájaro se posa sobre alguna de ellas, coge su escopeta con gran calma, la apoya en la espillera, y dispara casi á boca de jarro. Los provenzales no cazan de otro modo las aves de paso: las codornices en Agosto, y los zorzaes en Noviembre.



Partía á las tres de la mañana, con el filo glacial de Noviembre. Tenía que andar una legua, de noche, cargado como un mulo; porque hay que llevar los reclamos, y te aseguro que tantas jaulas no se transportan fácilmente en un país de colinas, yendo por senderos muy poco trillados. Se colocan las cajas en largos bastidores de madera, donde se sujetan y juntan por medio de bramantes.

Cuando llegaba al alfo, era aún de noche; la me-

este se extendía, profunda, agreste, semejante á un mar de sombras. con sus misteriales asperezas que se perdían en el horizonte. Oía en torno mío, en las tinieblas, el murmullo que se produce en las copas de los pinos, esa gran voz confusa que imita los lamentos de las olas. Tenía entonces quince años, y no me sentía siempre muy tranquilo. He aquí ya una emoción, un placer amargo.

Pero no había que perder tiempo. Los tordos son madrugadores. Colgaba mis jaulas, me encerraba en mi puesto.

Era aún muy temprano. No distinguía las ramas de las estacas. Y, sin embargo, oía sobre mi cabeza el agudo silbido de los tordos. Estos diablitos de pájaros viajau por la noche, refunfuñaba; encendía un gran fuego, que brillaba rojo sobre la ceniza. Desde el punto que comienza la caza, es preciso que no salga del puesto la menor ráfaga de humo. Las aves se espantarían. Esperaba el día aciendo chuletas en las brasa.

E iba de espillera, en espillera, espíaudo el menor fulgor pálido. Nada aún: los brazos desolados de las estacas se divisiaban vagamente. Tenía ya mala vista; temía disparar sobre la punta ennegrecida de alguna rama, como más de una vez me ocurriera. No me fiaba únicamente de mi vista; escuchaba. En el silencio resonaban mil ruidos, esos susurros, esos suspiros profundos de la tierra, cuando despierta. Oía el cla-

por de los pibes, y parecían que una bandada innumerable de pájaros iba á abatirse sobre el puesto, chillando furiosamente.

---

Pero las nubes tomaban un tinte lechoso. Sobre el claro ambiente, las estrocas cortaban el espacio con irregular energía. Entonces todas mis facultades se concentraban. Permanecía encogido de ansiedad.

¡Que impresión en el estómago cuando bruscamente veía en una rama la larga silueta de algún tordo. Este se retiraba como saludando al primer rayo de sol, y vuelto á él los ojos, permanecía derecho, recreándose en aquel baño de luz matinal. Tomaba la escopeta con precauciones infinitas, no fuera á chocar con la pared, el cañón ó la culata. Tiraba: el pájaro caía. No iba á cogérselo: hubiera podido espantar á otra víctima.

Y volvía á mi espera, con la calma del jugador que ha acertado una vez y no sabe lo que la suerte le reserva. Todo el placer de esta caza consiste en lo imprevisto, en la mejor ó peor voluntad con que los pájaros acudan á hacerse matar. ¿Se parará otro tordo? Temeroso problema. Por lo demás, yo no era descontentadizo. Cuando no había tordos, tiraba á los pinzones.

Vuelvo á ver hoy el puestecito, al borde de la

gran meseta desierta. Viene de la colina el fresco aroma del tomillo y del espliego. Los reclamos silban dulcemente entre el gran susurro de los piosos. El sol muestra en el horizonte un mechón de sus cabellos flameantes, y sobre una estaca se ve, en la blanca claridad, un tordo inmóvil.

Id á correr las fiebres y no os ríais, porque haréis que mi tordo emprendiera el vuelo.

## V

Tengo dos gatas. La una, Francisca, es blanca como alborada de Mayo. La otra, Catalina, es negra como noche tempestuosa.

Francisca tiene la cabeza ovalada, la cara sonriente de una europea. Sus grandes ojos de un verde pálido llenan su rostro. Su nariz y sus labios de rosa parecen tñidos de carmín. Se creeía que se pinta como una virgen cuanmada de su cuerpo. Reluciente, regordete, parsiénse hasta la punta de las añas. Se balancea al andar, toma posturas graciosas, levanta el rabo con el movimiento nervioso de una señorita que se recoge la cola del vestido.

Catalina tiene la cabeza puntiaguda y fina de una diosa de Egipto. Los ojos, amarillos como limas de oro, tienen la fijeza, la dureza impenetrable de las pupilas de un kolo bárbaro. En las comisuras de sus delgados labios está estereotipada la eterna frowa



aleccionada de las esfingas. Cuando se sienta sobre sus patas traseras, con la cabeza alta é inmóvil, es una divinidad de mármol negro, el gran Pacht hierático de los templos de Tebas.

Pasan ambas el día entero en la arena roja del jardín. Francisca se revuelca con el vientre al sol, lamiéndose las manos con la delicadeza de una coquetilla que se las lava con jabón de almendras dulces. Se adormece en su aire ligero y mundano que no tiene tres ideas en la cabeza.

Catalina piensa. Piensa, mirando sin ver, penetrando con sus miradas en el mundo desconocido de los dioses. Durante horas permanece derecha, implacable, ausente, con su extraña sonrisa de solmo angrado.

---

Cuando acaricié á Francisca con la mano, arquea el lomo, lanzando un murmullo ligero de bostido. ¡Es tan feliz con que se ocupen de ella! Alza la cabeza con movimientos cariñosos; me devuélve mi halago frotando su nariz en mis mejillas. Su pelo se estremece; su cola ondula con lentitud, y acaba por caer en dulce desmayo, con los ojos cerrados, roncando suavemente.

Cuando quiero acariciar á Catalina, evita mi mano. Prefiere vivir solitaria, sumida en su éxtasis religioso. Tiene el poder de una diosa, á quien irrita y hiere

todo contacto humano. Si logro colocarla en mis rodillos, se agazapa, alarga la cabeza, está alerta, prontá a escapar de un salto. Sus nerviosos miembros, su delgado cuerpo, permanecen inertes bajo mis dedos que la acarician. No se digna descender á la alegría del amor de un mortal.

---

Así, pues, Francisca es una hija de París. Loreta é Marguitta, criatura ligera y encantadora, que se vendería por un elogio á un traje blanco; y Catalina es la hija de alguna ciudad en ruinas, que está no sé dónde, allá abajo, donde nace el sol. Portoneca á dos civilizaciones diferentes: muñeca moderna, ídolo de cera, nación muerta.

¡Ah, si pudiera leer en sus ojos! Las tengo en brazos, las miro áfuente para que me cuenten sus secretos. No pestañean, y son ellas las que me estudian á mí. Nada leo en la transparencia de sus ojos, que se abren como agujeros sin fondo, como pozos vultuosos de claridad pálida, donde nadan chispas ardientes.

Y Francisca toca con más ternura, mientras los ojos amarillos de Catalina me atraviesan como hojas de acero.

---

Ultimamente Francisca ha dado á luz. Esta atelon-

drada tiene excelente corazón. Cuida con exquisita ternura al gatito que se le ha dejado. Lo coge delicadamente por el cuello y lo pasea por todos los rincones de la casa.

Catalina la observa sumida en profundas reflexiones. El gatito le interesa. Toma, al mirarlo, actitudes de filósofo antiguo, que piensa en la vida y muerte de las criaturas, construyendo en su imaginación todo un sistema de filosofía.

---

Ayer, mientras la madre había salido, se puso en cuclillas delante del pequeño. Lo olió, le volvió con la pata. Después, bruscamente, se lo llevó a un rincón oscuro. Allí, creyéndose bien resguardada, se plantó delante del gatito, con los ojos brillantes y el lomo erizado, como una sacerdotisa que se apresta á hacer un sacrificio. Una sogita era, á destrozar de una dentellada la cabeza de la víctima, cuando me apresuré á intervenir y a echarla. Al huir, ágil, silenciosa, me dirigió diabólicas miradas.

---

Pues bien: yo prefiero á Catalina; la amo, porque es perversa y cruel como una bestia del infierno. ¿Qué me importan las gracias ligeras de Francisca, con

muecas deliciosas, sus actitudes de coquetis? Todas las hijas de Eva tienen su blancura y sus halagos. Mas no has encontrado ninguna hermana de Catalina, criatura perversa y fría, ídolo negro que vive en el eterno pensamiento del mal.

## VI.

Las rosas de los cementerios extienden sus anchas hojas, de una blancura de leche ó de un rojo sombrío. Las raíces beben en el fondo de los ataúdes la palidez de los senos virginales, el brillo sangriento de los corazones llagados. Esta rosa blanca debe su vida á una niña, muerta á los diez y seis años; aquella roja es la última gota de sangre de un hombre que cayó en la lucha.

¡Oh flores espléndidas, flores virilentes, donde hay algo de nuestros muertos!

---

En el campo, los ciruelos y los albaricoques elevan gallardamente sus ramas á espaldas de la iglesia, á lo largo de los muros rainosos del pequeño cementerio. El sol dora los frutos: el aire comunica sabor exquisito. Y el ama del cura hace con ellos dulces que tienen fama en diez leguas á la redonda. Los he comido: nada hay que se les pueda comparar.

Conoce uno de esos cementerios de aldeas, donde hay groselleros soberbios, altos como árboles. Las grosellas rojas parecen, entre las hojas verdes, ramas de cerezas. Ha visto al sacristán, por la mañana, con un pañecillo debajo del brazo, desayunarse tranquilamente, sentado en el filo de alguna losa funeraria. Le rodeaba una banda de gorriones. Cogía las grosellas, y echaba migas á los pájaros; unos y otros comían con gran apetito al lado de los muertos.

La hierba crece lozana y tupida. En un rincón, las amapolas se extienden en roja alfombra. El aire sopla en grandes ráfagas, trayendo de la llanura el buen olor del heno recién cortado. Al mediodía las abejas zumban al sol, las lagartijas grises permanecen inmóviles, con la boca abierta, bebiendo la luz, al borde de sus agujeros. Los muertos tienen calor; aquello no es ya un cementerio, lo invade la vida universal; el alma de los muertos pasa á los troncos de los árboles; el ayer y el mañana se funden en un bien. Las flores son las sonrisas de las jóvenes; los frutos, la recompensa del trabajo de los hombres.

Allí no es crimen el coger las violetas y las amapolas. Los niños acuden á hacer ramos con ellas. El cura no se incomoda cuando se suban á los ciruelos. Los ciruelos son del cura, pero las flores son de todo el mundo. A veces es preciso segar el cementerio; la hierba está tan alta, que oculta las cruces de madera; entonces, un jumento que portaseca al

cara se come el forraje. La aldea no halla en esto ningún mal; ninguno de los foligresos acusa al jumento de morder el alma de los muertos.

Estaurina había plantado un roseal en la tumba de su prometido, y todos los domingos del mes de Mayo iba á cortar una rosa, que prendía en su jubón. Pasaba el día aspirando el aroma de su amor desaparecido. Cuando bajaba los ojos, creía que su novio la sonreía.

---

Me gustan los cementerios en los días de sol claro. Voy á ellos con la cabeza desnuda, olvidando mis odios; como á una ciudad santa donde todo es amor y perdón.

Una de estas últimas mañanas me encaminé al Père Lachaise. Las filas de blancas tumbas se destacaban en la limpidez azul del horizonte. Masas de árboles se alzaban en la colina dejando ver, por entre el encaje, aun naciente, en sus hojas, los soberbios sepulcros, los grandes mausoleos. La primavera es compasiva con los campos desiertos, donde reposan nuestros muertos hijos amados; cubre de blanco césped las alamedas que recorren pausadamente las jóvenes viudas; blanquea los mármoles con su luz alegre y pura. A lo lejos se asemeja el cementerio á verde ramo gigantesco, salpicado aquí y allí de ma-

nojos de flores de espinos blancos. Las tumbas son como las flores de la hierba y del follaje.

---

No interné con paso lento por las calles de árboles. El silencio era imponente. ¡Qué aromas tan penetrantes! ¡Qué ráfagas, venidas no se sabe de dónde, templadas como alientos acariciadores de mujeres que no se ven! Se siente que todo un pueblo duerme en aquella tierra que se consume y queja bajo el pie del transeúnte.

Se escapa de cada arústo, de cada hendidura de las loas, una respiración regular y dulce como la de un niño, que flota a ras de suelo, con la paz inefable del último sucho.

Muchos inviernos han pasado sobre el busto de Musset. Lo he encontrado más pálido, más enfermito. Las últimas lluvias le han vestido de nieve. Un rayo de sol qué cas de un árbol vecino, ilumina con viva claridad el perfil fino y nervioso del poeta. Bajo esa palidez, con su eterna sonrisa, tiene un encanto que hipnotiza.

¿A qué atribuir el extraño poder que Musset ha ejercido en una generación? Hay pocos jóvenes que, después de haberlo leído, no hayan conservado en su corazón una dulzura eterna. Y sin embargo, Musset no nos enseñó a vivir ni a morir; cayó al paso; sólo

pudo, en su agonía, levantarse de rodillas para llorar como un niño. No importa; le amamos; le amamos verdaderamente, como se ama a una querida que nos fecunda el corazón, martirizándolo.

Y es que Musset lanzó el grito de desesperación del siglo: es que fue el más joven, el que más padeció de todos nosotros.

El sauce que manos piadosas plantaron delante de su tumba está siempre lánguido. Nunca este sauce, á cuya sombra quiso dormir, ha crecido vigoroso y libre, en la fuerza de la vida. Sus hojas amarillas cuelgan tristemente; sus ramas se inclinan hacia el suelo. Quizá sus raíces van á beber en el corazón del muerto todas las amarguras de una vida doctochada.

Permaneci pensativo largo rato. Allá abajo zumbaba París. En el cementerio, el grito de algún pájaro, el susurro de algún insecto, el chasquido de una rama que se rompía subitamente. Después, silencio profundo, en medio del cual se oía mejor el respirar de las tumbas. Sólo un vecino del barrio, algún modesto rentista sin duda, avanzaba suavemente por la alameda, en zapatillas, con las manos á la espalda, como honrado individuo de la clase media que aspira las primeras brisas tibias.

---

Ni recuerdos se despertaban. No hablaban de mí



Juventud, de la época feliz en que recorría los senderos de mi querida Provenza. Mustel era entonces mi compañero. Le llevaba en el bolsillo; y detrás de la primera zarza, soltaba mi escopeta sobre la hierba, me sentaba, y leía al poeta, á la sombra ardiente del Mediodía, perfumada con el aroma de la salvia y del tomillo.

Le debo mis primeras penas y mis primeras alegrías. Hoy aún, en la pasión de análisis exacto que me devora, cuando me suban al rostro olidas repetitivas de juventud, pienso en este desesperado, y le agradezco haberme enseñado á llorar.

## VII.

¡Mayo, mes de los flores, mes de los nidos! El sol sonríe discretamente, y quiero creer en el sol. Me lanzo á la calle á gozar de la alegría humana, atento sólo á la alegría de los gorriones.

Si esta tarde llueve, perdóneme el ciclo mi canto de alegría que saluda á la primavera.

---

En el parque de Monceau, una joven canada, que iba á ser madre, se había sentado delante de un prado. Llevaba traje de seda gris. Sus manecitas enguantadas, los encajes de la faldá y chaqueta, la

delicada palidez de su rostro, demostraban la elegante y rica ociosidad de su vida. Era uno de los seres dichosos de este mundo.

La joven contemplaba dos gorriónes que saltaban airosoamente en la hierba. Uno detrás de otro, venían á coger tallitos, pajitas, y volaban á un árbol inmediato. Construían su nido. La hembra cogía delicadamente las briznas de hierbas, las trenzaba con los materiales ya reunidos, y luego los aplastaba con el peso tible y palpitante de su cuerpo. Era un ir y venir furtivo, una obra de amor en que la femara suplía á la fuerza.

La desconocida vestida de seda gris miraba á los dos amantes tan solícitos en preparar la cuna de sus hijos. Aprendía la ciencia de los pobres, que sólo tienen un puñado de paja y el calor de sus caricias para proteger á sus pequeños contra el frío de la noche.

Se sonrió con triste dulzura, y á través de sus ojos pesativos, creyó leer en su mente:

«¡Ay! Soy rica; no puedo gozar de la alegría de estos pájaros. Un ebanista construye en este momento la cuna de palo de rosa, en que una nodriza normanda ó picarda mecerá á mi hijo; una fábrica teje las telas de lana é hilo que harán entrar en calor sus miembros delicados. Una obrera prepara la casaca. Una matrona prodigará los primeros cuidados al recién nacido. Sólo á medias seré la madre

del querido niño; le echaré desquedo al mundo; yo seré la única acreedora á su agradecimiento. Y estos pajarillos construyen la cuna, tejen y cosen, le crean todo por un milagro de amor; conviértense en tibia leche el primer agujero que encuentran. La ternura que les guía en su trabajo es envidiada por las jóvenes madres.»

En el campo los uchos brotan naturalmente en los vallados y en los árboles, como flores violentes. Se abren, se despliegan al primer rayo de sol. Dejan escapar gorjeos á la hora en que los espumas blancos exhiban sus promesas.

Los pinzones y los jilgueros, eligen los arbustos; los cuervos y las urracas se encaraman á las más altas ramas de los álamos; las alondras y las curruacas aullan en el suelo, en los trigos y las zarzas. Todos estos amantes, celosos de su terreno, necesitan el gran silencio de los campos. Bien sé que hay miserables que violan los nidos para desplumar las crías ó comerse los huevos en tortilla. Por eso los pájaros se ocultan más cada año; huyen al desierto.

Únicamente los golondrinas y los gorriones se atreven á confiar sus amores á las paredes y árboles de París. Viven, aman entre nosotros. Tenemos también caparines enjaulados que anidan é incuban. Pero, ¿qué amores tan tristes! Parece que estos caparines se han casado ante el juez municipal. En unión forzada, su vida entre alambres, es toda como el matrimonio.

Sus crías, lorpes y tristes, no dan nunca las libres alotazos de los hijos del amor.

Es preciso ver á los gorriones libres, en los agujeros de los antiguos muros; á las golondrinas en las repisas de las chimeneas. Estos sí que se aman y conciben á la luz del sol; no hay entre ellos más que casamientos de inclinación.

---

Las golondrinas convierten á París en su estación de verano. Al llegar, visitan las casas vacías que abandonaron al sentirse los primeros fríos. Repasan la casa ruidosa; la conocen, la visitan de plumnón. Y los pueblan y los enamoran que pasan, abrieron el corazón y el oído, oyen los gritos de ternura de las pequeñas crías dominando el ruido de los carruajes.

Pero el verdadero hijo de París, el pilióto del aire, es el gorrion libre, que lleva la blusa gris del obrero. Es popular, burlesco, desvergonzado; su grito parece un remado; su batir de alas una noreca; en los movimientos de su cabeza hay un no sé qué de truhanesco y agresivo.

Prefiere las alamedas llenas de polvo, los boulevares abrotados, á las frescas sombras de Meudon y de Montmorency. Le gusta el xipizape de las calles: bebe en el arroyo, come pan, y se pesca tranquilamente por las aceras. Ha dejado los campos, en

que se fastidiaba en compañía de animales tontos é incivilizados, para venir á vivir entre nosotros, alojándose bajo nuestras tejas, alumbrándose por las noches con la luz del gas, y haciendo durante el día sus pequeños negocios en la calle, como cásante ó hombre ocupado.

El gorrión es un parisiense que no paga contribución. Es el tili de la nación alada, y experimenta verdadera debilidad por el alojé y la civilización moderna.

---

En los jardines públicos, sobre todo en el mes de Mayo, debe estudiarse el desenvolvimiento y la diligencia de los gorriones. Hay gente que van al Jardín de Plantas para estacionarse delante de las verjas y contemplar los animales encerrados. En visitas algún día la casa de flores, mirad los pájaros muertos, los gorriones que vuelan al alpe libre.

Los gorriones entonan junto á las jaulas captos de trunfo. Celebran en alta voz su libertad. Rotran por entre las rejas imponentemente; las llenan con su vuelo; son la eterna desesperación de los animales cautivos; roban las migajas de pan á los monos y á los osos; los primeros les amenazan con el pulso; los segundos protestan con balanceos de cabeza, llenos de impaciencia desdénosa. Los gorriones escapan. Son la cría-

tara libre y alegre en aquel arca donde el hombre pretende encerrar á la creación.

En Mayo, los gorriones del Jardín de Plantas construyen sus nidos bajo las tejas de las casas inmediatas. Son más caribosos; procuran quitar una hebra de lana ó de crin de la piel de los animales. Cierta día ví que un león alargaba su poderosa cabeza sobre las patas extendidas, mirando á un gorrion que saltaba atrevidamente por entre los barrotes de su jaula. El feroz animal tenía los ojos entorpecidos en actitud de meditación triste y penosa; pensaba, sin duda, en los desiertos sin fin, y dejó que el gorrion le arrancara un pelo rojo de su pata.

### VIII.

Heido á los Mercados una de estas últimas madrugadas. París tiene pocos atractivos tan de mañana. Aún no ha comenzado su trabajo. Se parece á un vasto comedor, aún templado aún pringoso desde la cena de la víspera; los huesos ruedan por el suelo; los desperdicios están amontonados sobre el mantel. La familia se fué á la cama sin levantar la mesa, y solo al día siguiente la criada de cuatro escobetas y pone manteles limpios para el desayuno.

En los mercados la batalla es enorme. Es la despensa colora] donde se encuentra el alimento de todo París. Cuando ésta abra los ojos, tendrá ya el vien-

tre lleno. A la claridad indecisa de la mañana, entre el murmullo de la multitud, se ven colgar cuartos rojos de carne, cestos de papas, cuyas escamas brillan al sol con resplandores argentinos; montañas de legumbres, que salpican la sombra de manchas blancas y verdes. En un desplama de comestibles, de carretas vaciadas sobre el pavimento, de cajas volcadas, de sacos abiertos que dejan caer su contenido; una marea creciente de huevos, de frutas, de aves, que amenaza invadir las calles inmediatas á inundar á París entero.

Avanzaba curiosamente por en medio de esta confusión, cuando vi á unas mujeres que hundían sus manos en muchos montones de color negruzco extendidos en el suelo. Barlaba el fulgor de los faroles, y creí al principio que se trataba de desperdicios de carne que se vendían con rebaja.

Me aproximé; me había equivocado. Aquellos montones eran manojos de masas.

—

Toda la primavera de las calles de París se abre sobre este suelo fangoso entre los comestibles de los Mercados. Los días soleados, la venta comienza á las dos de la mañana. Los jardineros de las uvernas traen sus flores en grandes ramos, que tienen un precio corriente según la estación, como los pabos y las horta-

lizas. Esta venta se efectúa por la noche. Los revendedores, los mercaderes al por menor, meten los brazos hasta los codos en las carretadas de rosas; parece que ejecutan una mala acción: parece que mojan sus manos en algún baño sangriento.

Se cuestión de tiempo. Los buques abiertos en canal que chorrocan sangre, serán lavados y adornados con guirnaldas de flores artificiales; las rosas que se pisotean, montadas en miribres, despedirán suave aroma entre su collar de hojas verdes.

Me detuve ante estas pobres flores moribundas. Estaban húmedas aún, atadas brutalmente con cuerdas que cortaban sus tallos delicados. Conservaban todavía el olor fuerte de las coles en cuya compañía habían venido. Y había algunos ramos rodando por el suelo que agonizaban.

Cogi uno de estos ramos; se hallaba lleno de fango por un lado; se lo lavará en un cubo de agua, y recobrará su aroma delicado. Algunas manchas de lodo que acaso queden en el fondo de los pétalos, demostrarán típicamente su visita al arroyo. Los labios que le besen por la tarde serán quizá menos puros que él.

---

Entonces, en medio del abominable estruendo de los Mercados, recordé el paseo que di contigo, Ninon, hará unos diez años. Hacía la primavera; las tierras



hojas brillaban al claro sol de Abril. El senderito que seguía la costa estaba limitado por extensos campos de violetas. Al pasar, se sentía subir grato aroma, que penetraba y enlanguidecía el alma.

Te apoyaste en mi brazo; estabas rendida; te adormecía el amor bajo la influencia del oloroso ambiente. El campo estaba tranquilo y los mosquitos volaban en los rayos del sol. El silencio era inmenso. Nuestro beso fué tan discreto, que no asustó á los pinzones que nos espiaban desde las cerezas en flor.

Al revolver un racudo del camino, vimos en una pradera á algunas viejas encorvadas que cogían violetas, y las echaban en grandes cestos. Llamé á una de ellas.

—¿Quieres V. violetas? (me preguntó.) ¿Cuántas? ¿Una libra?

Vendía sus flores por libras; huímnos desolados; creíamos ver á la primavera abriendo en la poética campiña una tienda de comestibles. Me deslicé por encima del vallado, y cogí algunas violetas macilentas, que tuvieron para ti nuevo atractivo. Pero he aquí que en el bosque, en lo más escondido, apare una eminencia, crecían violetas, violetas muy pequeñas, muertas de miedo, que trataban de ocultarse bajo las hojas con mil astucias.

Tiraste en el acto las violetas robadas, aquellas tontas de violetas que crecían en campos labrados y se vendían por libras. Querías flores libres, hijas del

rocío y del sol de levanta. Durante dos horas estuve rebuscando en la hierba. En cuanto encontraba una flor, corría á vendértela. Tú me la comprabas con un beso.

---

Y pensaba yo en esas cosas lejanas, entre los árboles, ante el ruido abordecador de los Merendos, mirando las pobres flores muertas en el empedrado. Me acordaba de mi anciano y de aquel ramo de violetas secas que tengo en casa, en el fondo de un cajón. Conto, al volver, estas pobres flores ajadas. Hacia veinte, y senti sobre mis labios la dulce quemadura de veinte besos.

## IX.

He visitado un campamento de bohemios establecido enfrente del puesto de guardia de la puerta de Salut Ouen. Estos salvajes deben reírse mucho de la tontería de esta ciudad, que tanta se molesta por ellos. Me ha bastado seguir á la multitud; todo el distrito se agrupaba en torno de sus tiendas, y he pasado la vergüenza de ver á gentes, cuyo aspecto no es de imbeciles del todo, llegar en coche descubierto y acompañadas de lacayos con libreas.

Quando este pobre París experimenta alguna ex-

riedad, no le duelen prendas. He aquí el caso de los bohemios de que se trata. Habían venido para componer cacerolas y calderos. Pero al observar desde el primer día la turba de granujas que les miraba, comprendieron con qué clase de población tenían que habérselas. Se apresuraron, pues, á abandonar los calderos y cacerolas. Viendo que se los consideraba como un espectáculo curioso, consintieron con burlesca condescendencia en exhibirlos á dos sueldos la entrada. Una empollada rodea el campamento, y hay dos hombres colocados junto á dos aberturas muy estrechas, recogiendo las ofrendas de las señoras y caballeros que quieren visitar la pocilga. En un tropel, una irrupción de espectadores. Ha sido ya cinco entrar agentes de orden público. Los bohemios vuelven á veces la cabeza para no reírse en las narices de los tontos, que, en su apresuramiento, les echan monedas de plata.

Yo me los figuro por la noche, cuando ya no queda nadie, contando la colecta. Han sacado todo Francia entre los sueldos de los campesinos y la desconfianza de los guardas de campo. Llegan á París con el temor de que se les encierre en el fondo de alguna mazmorra, y se despiertan en medio de este sueño dorado de un pueblo de damas y caballeros que se extasia delante de sus andrajos ¡Ellos, ellos, á quienes se arroja de ciudad en ciudad! Me parece verlos atacar en el talud de las fortificaciones, en-

vueltes en sus harapos y lanzar una gran carcajada de desprecio sobre Faris dormido.

Dentro de la empalizada hay siete u ocho tiendas, colocadas de modo que dejan entre si como una especie de calle. Detrás de ellas, caballos tiescos, pequeños y nerviosos, pacer la hierba chamuscada. Bajo jirones de viejos cobertizos se ven las ruedas bajas de los carros.

En el interior reina un hedor insuportable de suciedad y de miseria. El suelo está ya reducido á polvo, desmoronado, putrefacto. Sobre la empalizada se han expuesto al nico jergones, mantas decoloridas, colchones cuadrados en que dos familias deben dormir cómodamente todo el mesaje de un hospital de leprosos puesto á secar al sol. En las tiendas, levantadas al uso arabo, muy altas, y abriéndose como las culgaduras de un lecho, hay amontonados harapos, banquillos, objetos que carecen de forma y de color, y quierden allí sobre una densa capa de grasa, de tonos vigorosos, propios para entusiasmar á un plator.

Ha creído reconocer la cocina al extremo del campamento, en una tienda más estrecha que las otras. Habia allí algunas marmittas de hierro y trévedes: hasta me ha parecido ver un plato. Por otra parte, ni la menor sombra de fuego. Las marmittas sirven quizá para preparar el potaje del sábado.

Los hombres son altos, fuertes, tienen la cara re-

donda y los cabellos muy largos, formando bucles, de un negro brillante y aceitoso. Van vestidos con todos los guñapos recogidos en el camalco. Uno de ellos se paseaba embozado en una cortina de cretona con grandes raccos amarillos. Otro llevaba una chaqueta, que debía ser un frac al que se había cortado la cola. Muchos ostentaban faldas de mujer. Todos se sonreían, con sus largas barbas, c'aras y seletas. Para cubrirse la cabeza, parecían preferir la copa de algún sombrero viejo de fieltro, que habían convertido en casquete, quitándole las alas.

Las mujeres son también altas y robustas. Las viejas, enjutas, horcerosas; en su negra desnudez y con sus cabellos sueltos, parecen hechiceras cocidas al fuego del infierno. Entre las jóvenes las hay muy hermosas, bajo su capa de grasa; la tez cobriza, con grandes ojos negros de extrema dulzura. Estas se hacen las coquetas: sus cabellos colgaban por detrás de las orejas en dos gruesas trenzas, atadas entre sí con cintas de color rojo. Con sus faldas chillonas las espaldas cubiertas de un chal anudado á la cintura, y en la cabeza un pañuelo que sujetaban sobre su frente, se las creería reinas bárbaras caldas de su trono.

Y los niños, todo un rebato de niños, bulla sin cesar.

Habla uno en carallas, con un chateco larguísimo de hombros, que le golpeaba las pantorrillas, tema en

la mano un hermoso escarabajo azul. Otro, muy pequeño, de dos años á lo más, deambula completamente, se pasaba muy grave entre las risas estrepitosas de las muchachas del barrio; y estaba tan sucio el pobre niño, tan verde y tan rojo, que se le hubiera tomado por un bronce florentino, por una de esas encantadoras figuritas del Renacimiento.

Toda la horda permanecía impasible ante la ruidosa curiosidad de la multitud. Hombres y mujeres duermen bajo las tiendas: una madre tenía el seno al aire, moreno como una calabaza ennegrecida por el uso; daba de mamar á un pequeñuelo tan rojizo, que se hubiera dicho que era de cobre. Otras mujeres en cuclillas, miraban seriamente á estos extrños parisienses que aspiraban con avidez en el fango. Preguntó á una de ellas lo que pensaba de nosotros; se sonrió débilmente sin contestar.

Una hermosa joven de veinte años se paseaba entre los bodeques, zozojando á las damas de sombrero y traje de seda, á las cuales ofrecía decirles la buena ventura. La vi funcionar. Tomó la mano de una señorita, escondiéndola en la suya con tantas zalamerías, que la mano acabó por abandonarse á ella. Entonces dió á entender que era preciso poner una moneda en la mano; no bastaba una moneda de cincuenta céntimos; quise dos, y aun hablaba de cinco francos.

Al cabo de algunos momentos, después de haberle

prometido larga vida, hijos, mucha felicidad, cogió las dos monedas, hizo con ellas la señal de la cruz sobre el borde del sombrero de la joven, y á la palabra amén, las echó en su bolsa, una bolsa jumensa, donde entrévi algunos puñales de monedas de plata. Es verdad que vende un tallamán: rompe con los dientes un pedacito de una substancia roja, que parece ser corteza seca de naranja; la envuelve en la punta del pañuelo de la persona á quien acaba de decir la buena ventura: después, recomienda que se la añada pan, sal y azúcar. Esto debe impedir todas las enfermedades y conjurar el mal espíritu.

Y la hechicera descompeña su papol con palabras gravadas. Si alguien se guarda alguna de las monedas que tiene en la mano, jura que sus buenos deseos se convertirán en males espantosos. Esto es ingenio, pero el gesto y el acento son excelentes.

En la pequeña ciudad provenzal donde me crié, se tolera á los bohemios, pero éstos no despertau tanta curiosidad. Se les acusa de comer los gatos y perros que se pierden, lo cual es causa de que los buenos vecinos los miren de soslayo. Las gentes elegantes vuelven la cabeza cuando pasan á su lado.

Llegan con su casa portátil, y se instalan en algún rincón abandonado de los arrabales. Ciertos sitios están habitados todo el año por tribus de pobres harapientos, hombres y mujeres tendidos al sol. He visto entre ellos criaturas hermosísimas. Nosotros, los ga-

lopinas, que no experimentábamos la repugnancia de las gentes elegantes, íbamos á mirar al fondo de los carros donde esos infelices duermen en el invierno. Y me acuerdo que un día, sintiendo oprimido mi corazón por una grave pena de escolar, me figuré que montaba en uno de esos carros que partían, y acompañando á las altas y hermosas jóvenes, cuyos ojos negros me daban miedo, me iba muy lejos, al fin del mundo, rodando siempre por los caminos.

## X.

Un joven químico, amigo mío, me dijo una mañana:

—Conozco á un viejo sabio que se ha retirado á una casita del boulevard del Infierno para estudiar en paz la cristalización de los diamantes. ¿Queréis venir á verlo?

Acepté con secreto terror. Un hechicero me habría asustado menos, porque el diablo no me inspira mucho miedo; pero temo al dinero, y confieso que el hombre que encontrarse la piedra filosofal me infundiría respetuoso espanto.

---

Por el camino, mi amigo me dió algunos detalles acerca de la fabricación de las piedras preciosas. Ru-



otros químicos se ocupan en ella hace largo tiempo; pero los cristales que han obtenido son tan pequeños y su costo se eleva tanto, que la experiencia ha sido considerada como mera curiosidad científica. La cuestión consiste, pues, en hallar agentes más poderosos, procedimientos más económicos.

Al fin llegamos. Mi amigo, antes de llamar me previno que al viejo sabio no le gustaban visitas, y que probablemente nos recibiría muy mal. Era yo el primer profano que penetraba en el santuario.

El químico nos abrió. Debo confesar que al principio, su air, un sí es no es estúpido, como de zapatero escuálido y embrutecido se me produjo buena impresión. Acogió á mi amigo afectuosamente, resignándose á recibirnos con un sordo gruñido, como si se tratara de un perro que perteneciera á su joven, discípulo. Atravesamos un jardín completamente oculto. En el fondo estaba la casa, compuesta de cuatro paredes ruinosas. El sabio había derribado todos los tabiques, para formar una sola habitación, vasta alta. Había allí un material completo de laboratorio: aparatos extraños, cuyo uso ni siquiera traté de explicarme. Como único lujo, como únicos muebles, un banco y una mesa de madera negra.

Allí he experimentado uno de los mayores desastres de mi vida. A lo largo de las paredes, en el suelo, había colocados fondos de cestos viejos, cuyos mimbres reventaban; estaban llenos hasta los

bordes de piedras preciosas. Cada cesto contenía una clase distinta de piedras. Los rubíes, las amatistas, las esmeraldas, los záfiro, las turquesas, los ópalos, amontonados en los rincones, como carpetadas de guijarros á la orilla de los caminos, brillaban con fulgores vivísimos, iluminando la sala con el centelleo de sus llamas. Bran braseros, carbones encendidos, verdes, rojos, violáceos, azules, de color rosa. Se hubiera creído que había allí millones de ojos de hadas, que se retan en la sombra, á dor de tierra. En ningún cuento árabe se da idea de tan soberbio tesoro; ningún mujer ha soñado con semejante paraiso.

---

No pudo contener un grito de admiración.

—¿Qué riqueza! (exclamó.) ¡Hay aquí un Potosí!

El viejo sabio se encogió de hombros, mirándose con profunda compasión.

—Cada uno de estos montones cuesta algunas francos (me dijo con voz lenta y sorda). Mañana los sembraré á manera de grava las alamedas de mi jardín.

Después, volviéndose á mi amigo, continuó, cogiendo las piedras á puñados:

—Vea V. estos rubíes. Son los más hermosos que he obtenido.... No estoy satisfecho de estas esmeral-

das; son demasiado puras; las naturales tienen todas alguna mancha; no quiero que las mías sean mejores.... Lo que más me desespera es que no he dado aún con los diamantes blancos. He vuelto ayer á mis experimentos; cuando el éxito corone mis esfuerzos, habré concluido mi obra: moriré feliz.

El sabio se había crecido á mis ojos: ya no le encontraré estúpido. Comencé á temblar ante aquel viejecillo pálido, que podía arrojar sobre París una lluvia miagrosa.

—¿Pero no tiene V. miedo á los ladrones? (le pregunté.) Ven en la puerta y verás unas sólidas barras de hierro: es sin duda una precaución.

—Si tengo miedo á veces (me reí); miedo de que los imbéciles me maten antes de que haya encontrado el diamante blanco... Esos guijarros que me llaman carecerán de valor, podrían tentar hoy á mis herederos. Son estos los que me causan espanto; suben que haciéndome desaparecer, sepultarian conmigo los secretos de mi fabricación, y conservarían así todo su valor á este pretendido tesoro.

Se quedó pensativo y triste. Nos habíamos sentado sobre los montones de diamantes, y la veía con la mano izquierda escondida en el codo de rubies, y la derecha dejando caer inequívocamente pañados de esmeraldas. Los niños hacen correr de igual modo la arena entre sus dedos.

---

Al cabo de un instante de silencio:

—¡Debe V. llevar una vida intolerable! (exclamó).  
Vire V. aquí odiado por los hombres. ¿No tiene usted  
ninguna distracción?

Me miró con aire de sorpresa.

—Trabajo (me contestó sencillamente). nunca me  
enojo. Cuando estoy de buen humor, me echo alguno  
de esos guijarros en el bolsillo, y me instalo en un  
extremo del jardín, detrás de una torrecilla que dá  
al boulevard. Allí, de vez en cuando, tiro un dia-  
mante al medio del paseo...

Se reía, recordando esta excelente broma.

No puedo V. imaginarse los gestos de las personas  
que encuentran mis guijarros. Se estremecen, miran  
hacia atrás; después buyen pálidos como muertos.  
¡Ah, las pobres gentes; que buenos ratos me hacen  
pasar! Me divierte mucho.

Su voz cascada me causaba un malestar inexplica-  
ble. Evidentemente, se burlaba de mí.

—¡Hein, joven! (presiguió); tengo con que comprar  
muchas mujeres; pero soy un viejo eskeleto....  
Ud. comprende que si la ambición me poseyera, ha  
tiempo que sería rey de alguna parte.... ¡Bahl No  
seré causa de que muera ni una mosca. Soy bueno,  
y dejo vivir á los hombres.

No podía decir más políticamente que, si tal fuese  
su capricho, me enviaría al cadalso.

---

Oleadas de sangre se me subían á la cabeza; en mis oídos sonaban todas las campanas del vértigo. Los ojos de budo de la pedrería me deslumbraban con esas miradas agudas, rojas, violáceas, verdes, azules, rosas. Había cerrado las manos sin saberlo: tenía en la izquierda un puñado de rubíes y en la derecha un puñado de esmeraldas. Y, para no ocultar nada, experimentaba el deseo irresistible de deslizar mi carga en los bolsillos.

Tiré aquellos goliarros malditos, y huí, oyendo el galope de los caballos de los gendarmes sobre mi cráneo.

## XI.

Había ido á Versalles, y subía el vasto patio de los Mariscales; soledad de piedra, que me ha recordado con frecuencia la landa desierta de la Gran, cuyo mar de guijarros verdes al sol.

Había visto el castillo el invierno anterior, en días de nieve, con su tejado plomizo, majestuoso y triste, como el palacio real del frío. En el verano está todavía más triste, más melancólico, más abandonado, entre las brisas templadas y el follaje vigoroso de los árboles del parque. A cada nueva estación, los viejos troncos se cubren con un manto de jóvenes hojas. El castillo agoniza, la savia de la vida no circula ya por sus piedras que se desmenuzan; la ruina

avanza implacable, royendo los ángulos, destruyendo los escudos, adelantando sin fatigarse en su obra de destrucción.

Las casas, tugurios ó palacios, tienen sus enfermedades, de que languescen y mueren. Son grandes cuerpos vivientes, seres con infancia y vejez: unas robustas hasta la muerte; otras encloques y vacilantes antes de tiempo. Me acuerdo de casas entrevistas desde las portezuelas de un vagón, á la orilla del camino; construcciones nuevas, discretos pabellones, castillos desiertos, torreones derruidos. Y todos estos organismos de piedra me hablaban: me contaban la salud con que vivían, el mal da que agonizaban. Cuando el hombre cierra puertas y ventanas y parte, la sangre de la casa se va con él. El edificio se arrastra algunos años al sol, con la faz amarillenta de los moribundos; después, en una noche de invierno, sopla una ráfaga de viento y se lo lleva.

De este abandono muere el castillo de Versalles. Fue construido demasiado grande para la vida que el hombre puede infundirle. Se necesitaría todo un pueblo de habitantes para que se alojara en aquellos corredores sin fin, aquellas alas de habitaciones inmensas. Patentiza el error colosal del orgullo de un rey que, al construirle, le condenó á la ruina al darle tan extraordinarias proporciones. La gloria de Luis XIV no llena siquiera la cámara donde dormía,

frio aposento en que su real ceniza sólo representa un puñado de polvo más.

---

Sabía, repito, el patio de los Mariocoles, y vi, á la derecha, en un ángulo aquillo de esta banda, á la buena vieja, á la Sarcleuse legendaria que, desde hace cincuenta años, arranca la hierba del pavimento. Dado por la mañana hasta por la noche está allí, en aquel campo de piedras, luchando contra la invasión, contra la ola creciente de las amapolas y de los alisios alivestres. Avanza, encorvada, mirando todas las hondonuras, espiando los verdes tallos, el ligero musgo. Necesita más de un mes para ir de una punta á otra de su desierto. Y detrás de ella, la hierba vuelve á brotar tan espesa, tan implacable, que, cuando comienza de nuevo su eterna labor, encuentra otra vez las mismas plantas, los mismos rincones del cementerio invadidos por las flores grases.

La Sarcleuse conoce la flora de estas rejías. Sabe que las amapolas prefieren el lado Sur, que el diu-ta de león crece al Norte, que á los alisios les gustan las hondonuras de los pedestales. El musgo es una lepra que se extiende por todos lados. Hay plantas persistentes, cuya raíz arranca, y que renacen sin cesar. Tal vez ha caído en aquel sitio una gota

desangre; acaso está allí enterrado el alma de un malvado, que impulsa de continuo al exterior las púas rojizas de los cardos. En este cementerio de la monarquía, los muertos tienen una extraña eflorescencia.

Mas hay que oír á la Sarcleuse contar la historia de estas hierbas. No han brotado en todas las épocas con el mismo vigor. Bajo Carlos X, su invasión fué tímida; foraban como un césped ligero, blando y tierno de verdura, que se hundía suavemente bajo el pie de las damas. La corte veía aun al palacio; los colores de los correaños hacían en una medida el trabajo en que la Sarcleuse emplea más de un mes. Bajo Luis Felipe, las plantas avanzaron; el castillo, poblado de los fantasmas pacíficos del Museo Histórico, empezaba á no ser ya sino el palacio de las sombras. En fin: en tiempos del segundo Imperio, la invasión triunfó: creció la fuerza impetuosa, tomó posesión de su presa, y amenazó durante un momento ganar las galerías, cubrir con verde manto los departamentos, grandes y pequeños.

---

He soñado que veía á la Sarcleuse con su vieja saya de indiana, encorvada, andando lentamente, lleno el delantal de hierbas. Es la última defensa que



impide á las ortigas subir y ocultar la tumba de la monarquía. Cuida, como mejor santa, este desierto, donde crecen las hierbas de las sepulturas.

Me he imaginado que era la sombra de alguna marquesa, que volvía de uno de los bosquecillos del parque, y profesaba la religión de aquellas ruinas. Lucha sin cesar con sus pobres dedos rígidos con el mago implacable. Se olutina en su vana tarea, comprendiendo que si se detuviese un instante, la ola de verdura se desbordaría y la negaría á ella misma. A veces, cuando se yergue, dirige una trémula mirada al campo de piedras, vigila los rincones distantes donde la vegetación es más oscura, y permanece así, un momento, con la frente pálida, penetrada tal vez de la inutilidad de sus buenos deseos, feliz con la angria amarga de ser el último consuelo de tanta desolación.

Pero llegará un día en que los dedos de la Sarcocleasa se pondrán aún más rígidos. Entonces el castillo rodará á una última ráfaga de viento. El campo de piedras quedará á merced de las ortigas, de los cardos, de la maleza. Se o uerterá en un zarzal inmenso, cubierto de plantas torcidas y amargas. Y la Sarcocleasa se perderá en la espesura, separando matas de hierba más altas que ella, abriéndose paso por entre tallos de grama, grandes como jóvenes sabelos, luchando aún hasta que las ramas la cercuen por todas partes, se culacen á su tallo, á sus

brazos, á su garganta, y la arrojenmuerta á ese mar, que la arrastrará en la ola siempre creciente de su vejez.

## XII.

¡La guerra, la infame guerra, la guerra maldita! Nosotros no la conocíamos, nosotros, que no teníamos aun veinte años en 1859. Estábamos entonces en el colegio, y ese nombre terrible no despertaba en nosotros más que el alegre recuerdo de días de vacaciones.

Y sólo veíamos en nuestra memoria las noches templadas en que el pueblo se reía en calles y plazas por la mañana, la noticia de una victoria había pasado sobre París como un soplo de fiesta, y el comenzar el crepúsculo las banderas se iluminaban, los granujes tiraban petardos. A la puerta de los cafés había señoras bebiendo cerveza y hablando de política, mientras allí abajo, en algún rincón perdido de Italia ó de Rusia, los muertos, tendidos de espaldas, miraban con sus grandes ojos abiertos, vidriosos y azulados, cómo nacían las estrellas.

En 1859, cuando se supo la victoria de Magenta, recuerdo que, al salir del colegio, iba por la plaza de la Borbona, para ver, para pasearme, para participar de aquella febril que invadía las calles. Tropecé con un grupo de galopines que gritaban: «¡Vier-

sorta, victoriosa! Me recreaba yo ante la expectativa de un día de fiesta. Y entre aquellas risas, entre aquellos gritos, oí sollozos. Era un viejo zapatero remendón, que moraba en el fondo de su chirimbita. El pobre hombre tenía dos hijos en el ejército del talia.

Desde entonces, aquellos sollozos han resonado con frecuencia en mis oídos. A cada rumor de guerra, me parece que el viejo zapatero, que el pueblo de cabellos blancos, se ventila para llevar en molinillo del frenético entusiasmo de la muchedumbre.



Me acuerdo aún de la otra guerra, de la campaña de Crimea. Tenía a la sazón catorce años; vivía en provincias: la guerra no me importaba un ápice, reduciéndose para mí al continuo paso de tropas, cuyo desfile se había convertido en una de nuestras diversiones favoritas.

Por la pequeña ciudad del Mediodía en que habitaba, atravesaron, á lo que creo, casi todos los soldados que fueron á Oriente. Un diario de la localidad anunciaba de antemano los regimientos que debían pasar. La partida se verificaba á las ocho de la mañana. Desde las cuatro estábamos en la carretera. Ningún alumno externo faltaba á la cita.

¡Ah, los gallardos mozos, los coraceros, los lanceros, los dragones, los búscaros! Teníamos debilidad

por los coraceros. Cuando el sol aparecía y sus rayos oblicuos se reflejaban en las corazas, retrocedíamos, ciegos, deslumbrados, como si un regimiento de azeros á caballo desfilase ante nosotros.

Después sonaban las trompetas, y partían.

Rebatíamos á correr detrás de los soldados. Los seguíamos á los anchos caminos blanqueados. La música tocaba, agradeciendo su hospitalidad á la población. La claridad de la atmósfera, la limpieza de la mañana, todo tenía aire de fiesta.

Recuerdo haber andado de esta manera millas y más millas. Llamas al paso, atados las libras á la espalda con una correa, á modo de caruchera. No debíamos acompañar nunca á los soldados más allá de la Poudrière; pero llegábamos hasta el puente; después remonábamos la costa, luego continuábamos hasta la próxima aldea.

Y cuando el miedo se apoderaba de nosotros y decidíamos detenernos, nos encaramábamos en algún ribazo, y desde allí seguíamos al regimiento con la vista, por entre los pliegues del terreno, á lo largo de los recodos del camino; le veíamos perderse y borrarse, con sus mil pequeñas llamas, en la luz brillante del horizonte.

Aquellos días nadie se cuidaba del colegio. Hacíamos novillos; nos entreteníamos con los guijeros del camino, y era frecuente el bajar al río y permanecer allí hasta la noche.

---

En el Mediodía se querece poco á los soldados. Los he visto llorar de cansaço y de rabia, sentados en las aceras, con su boleta de alojamiento en la mano; los propietarios; los pequeños rentistas, que inventaban mil sutilezas; los ricos negociantes, que obraban con menos miramientos, todos se habían negado á recibirlos. Era menester que la autoridad interviniere.

La nuestra era la casa del buen Dios. Mi abuela, natural de la Beauce, amaba á aquellos hijos del Norte, que le recordaban su país. Conversaba con ellos, les preguntaba el nombre de su aldea, y ¡qué gozo cuando esta aldea estaba cerca de la suya!

Se nos enviaban dos hombres de cada regimiento. No podían quedarse en casa; los mandábamos á la posada, mas no era que antes mi abuela les hiciera sufrir un interrogatorio en toda regla.

Me acuerdo que un día llegaron dos que eran de su mismo pueblo. Batas no consintió que partiesen. Les hizo comer en la cocina. Ella misma les sirvió el vino. Cuando volví del colegio, fui á ver á los soldados. Hasta creo que bebi con ellos.

Había uno bajo y otro alto; en el momento de partir, los ojos del alto se llenaron de lágrimas. Había dejado en su país á su pobre mujer y daba gracias con efusión á mi abuela, que le recordaba su querida Beauce, todo lo que dejaba detrás de sí.

—¡Bah! (le dijo mi abuela) Ya volverá usted y traerá su cruz.

Pero él movió dolorosamente la cabeza.

Pues bien (agregó mi abuela): si V. vuelve por aquí, será preciso que venga V. á verme. Le guardaré una botella de este vino que tan bueno le ha parecido.

Los dos pobres muchachos se echaron á reir. Esta invitación les hizo olvidar por el momento su desgraciada suerte, y se vieron, sin duda, de regreso, obsequiados en aquella casa hospitalaria, brindando por los peligrosos pases. Prometieron formalmente no fallar.

---

¡Que de regimientos no seguí entonces, y cuántos infelices soldados no vinieron á llorar á nuestra puerta! Nunca olvidaré la procesión interminable de aquellos hombres que iban á la muerte. A veces al cerrar los ojos, los vuelvo á ver, recuerdo ciertas ómnibus y exclamo: «¿En qué zanja oculta yaceará aquél?»

El peso de tropas empezó á ser menos frecuente, y un día se rió pasar á los soldados en sentido inverso, heridos, exánimes, arrastrándose por los caminos. Ya no íbamos á esperarlos. No eran nuestros hermosos soldados. No merecían que arrojásemos el cazo del maestro.

El telero destile duró largo tiempo. El ejército sembraba de moribundos el camino. A veces, mi abuela decía:

— ¡Y los dos paisanos, te acuerdas, nos habrán olvidado?

Pero una tarde, a la hora del crepúsculo, un soldado llamó a nuestra puerta; venía solo; era el bajo.

— El camarada ha muerto, — dijo al entrar.

Mi abuela trujo la botella.

— Si, habrá solo, — añadió.

Y cuando se vió allí, a la mesa, levantando su vaso y hundiendo el del compañero para brindar, lanzó un gran suspiro, y murmuró:

— Soy el encargado de ir a consolar a su vieja. Preferiría haberme quedado allá abajo en su lugar.

---

Andando el tiempo tuvo a Chauvin por camarada en una oficina. Eranos ambos modestos empleados, y nuestras mesas se tocaban en el fondo de una habitación oscura, agujero excelente para no hacer nada esperando la hora de salida.

Chauvin había obtenido el grado de sargento y volvía de Solferino, con fiebres cogidas en los arrozales del Piamonte. Maldecía sus dolores, pero se consolaba culpando a los austríacos. Estos bribones le habían puesto de aquella suerte.

¡Qué de horas pasadas en hablar! Tenía á mi antiguo soldado, y estaba resuelto á no soltarle mientras no le arrancara ciertas verdades. No me cansaba de las palabras sonoras, gloria, victoria, laureles guerreros, que adquirían en su boca soberbia resonancia. Le atacaba en los detalles insignificantes. Contenta en oír el mismo relato veinte veces para apoderarme de su sentido verdadero. Su imaginario. Chauvin me hizo preciosas confidencias.

En el fondo era ingenuo como un niño. No se atacaba; se expresaba simplemente de la manera acostumbrada en la jerga militar; era un «fanfarrón inconsciente», un buen muchacho, convertido por el cuartel en insupportable charlatan.

Era fácil ver que tenía relatos, palabras dispuestas para cada ocasión. Adornaba sus anécdotas con frases hechas, como: «tropas invencibles», «valientes oficiales salvados en medio de la carnicería por el heroísmo de los soldados». Por espacio de dos años estuvo oyendo referir durante cuatro horas al día la campaña de Italia. No me quejo, sin embargo. Chauvin completó mi instrucción.

Merced á él, gracias á sus confesiones involuntarias, conozco la guerra, la verdadera guerra, no aquella cuyos episodios heroicos refieren los historiadores, sino la que infunde miedo á la luz del y se resaca en la sangre como una prostituta borracha.

---



Preguntaba á Charvin:

—¿Y los soldados, iban alegremente al fuego?

—¡Los soldados! No les obligaba á ir. Me acuerdo de unos reclutas que no habían visto nunca el fuego, y que se encabellaban como caballos asustadizos. Tenían miedo; por dos veces emprendieron la fuga; pero se les hizo avanzar, y una historia mató la mitad. Era preciso verlos entonces, ciegos, embriados de sangre, arrojándose como lobos sobre los austríacos. Estaban desconocidos; lloraban de rabia; querían morir.

—Es un aprendizaje necesario, —decía yo para alentarlos.

—Y duro, á fe mía (continuaba). Creílo V.: los más valientes sienten sudores fríos. Es necesario estar chapo para batirse. Entonces, ya no se ve nada; se adelante uno, descargando golpes como un loco.

Y abandonándose á sus recuerdos.

—Cierta día (agregaba), se nos había colocado a cien metros de una aldea ocupada por los austríacos, con orden de no movernos ni disparar. Pero he aquí que el enemigo nos acorilla con una granizada de balas. No había medio de escapar á ellas. A cada descarga bajábamos la cabeza. Vi á algunos que se tiraban al suelo. Aquello era vergonzoso. Así estuvimos durante un cuarto de hora. A dos de mis camaradas se les puso blanco el cabello.

Luego seguía:

—No, V. no tiene la menor idea de lo que esto es. Los libros disminulan la verdad... Ves V.: la noche de Solferino no sabíamos siquiera si habíamos quedado vencedores. Corrían rumores de que los austriacos iban a venir a concluir con nosotros. Le juro a V. que estábamos con el alma en un hilo. Así, al día siguiente, cuando se nos hizo levantar antes del alba, temblábamos; temíamos que la batalla se reanudara con más vigor. Seguramente habríamos sido vencidos; porque no nos quedaban dos átomos de fuerza. Cuando se dijo: «La paz está firmada», todos nos pusimos a dar cabriolas. Hubo una explosión de alegría salvaje. Los soldados se cogían de las manos y bailaban como las viñas. No me enteré estaba allí; nuestro gozo era indescriptible.

Cheuvreulx, que me venía buscando, se imaginaba que yo no podía creer que el ejército francés tuviera tanto amor a la paz. Su sencillez era adorable. A veces le hacía ir muy lejos. En una ocasión le pregunté:

—Y V., ¿no tenía miedo?

—¡Oh! Yo (respondió, riéndose molesto), era como los demás... Ignoraba lo que hacía. ¿Cree usted que sabe uno si es valiente? Se tiembla y se dan golpes; esta es la verdad... Un día me derribó una bala ya fría. No me moví, pensando que, si me levantaba, acaso lo pasaría peor.

## XIII.

... Ha muerto como un caballero como vivió.

¡Vds. se acuerdan, amigos míos, de aquella hermosa primavera, cuando fuimos á estrecharle la mano a su esposa de Clamart? Santiago nos acogía con su bondadosa sonrisa. Y caminamos bajo el emparrado, mientras allá abajo en el horizonte, se elevaba de París un sordo murmullo, á la caída del crepúsculo.

¡Vds. no han conocido bien su vida! Yo, que me he conocido en la misma casa que él, puedo decir á Vds. qué era. Vivía en Clamart, desde hacía dos años, con aquella joven, alta y rubia, que se moría tan dulcemente. Es toda una historia, conmovedora y delicada.

---

Santiago había encontrado á Magdalena en la fiesta de Saint-Cloud. La amó, porque estaba triste y sufría. Quería, antes de que la pobre niña bajase al sepulcro, hacerle gozar las dulzuras del amor. Y fue á ocultarse con ella á aquel pliegue del terreno de Clamart, donde las rosas crecen como las entredaderas.

Vds. conocen la casa. Era muy modesta, blanca; estaba oculta entre el follaje, como un nido. Al pisar

el umbral, se respiraba ya un cariño discreto. Poco á poco se había ido apoderando de Santiago un amor infinito por la moribunda. Veía cómo el mal la hacía palidecer cada vez más. Magdalena, semejante á esas lámparas de los templos que despiden un vivo fulgor antes de extinguirse, sonreía, iluminaba con sus ojos azules la carita blanca.

Durante dos años, la pobre niña apenas salió. Llenaba el jardín con su ser encantador, con sus trajes claros, con sus pasos ligeros. Ella plantó los alelías de color jaspeado con que formaba los ramos que nos regalaba. Y los geranios, los heliotropos, los claveles, todas estas flores, sólo vivían por ella y para ella. Era el alma de aquel pedazo de tierra.

Después, en el otoño, Vda. recordaría que Santiago vino á decirnos con su voz lenta: «Ha muerto». Había muerto bajo el emparrado, como una niña que se duerme á la hora pálida en que el sol se pone. Había muerto en medio del follaje, en el nido oculto donde el amor la había nacido por espacio de dos años.

---

Yo no había vuelto á ver á Santiago. Sabía que continuaba en Clamart, viviendo bajo el emparrado, con el recuerdo de Magdalena. Desde que empezó el sitio, estaba tan abatido por la fatiga, que no pensaba ya en él, cuando el 13 por la mañana, al oír que se

batian por el lado de Meudon y de Sartrou, se despertó bruscamente en mi memoria el recuerdo de la cabaña blanca, oculta bajo las verdes hojas. Y me acordé de Magdalena, y de Santiago, y de todos nosotros, y me imaginé que estábamos en el jardín, tomando el té, en medio de la calma religiosa de la tarde, mientras París murmuraba zozocadamente en el horizonte.

Entonces salí por la puerta de Vauves. Los campos estaban obstruidos con los heridos. Llegué á los molinos, y allí supe la ventaja obtenida; pero cuando di la vuelta al bosque y me hallé sobre la colina, una emoción terrible me oprimió el corazón.

Eufrente de mí, en medio de los campos pisoteados, asolados, sólo vi, en lugar de la cabaña blanca, un agujero por donde la metralla y el incendio habían pasado. Bajé la colina con las lágrimas en los ojos.

---

¡Ah, amigos míos, qué espectáculo tan espantoso! El seto de espinos había sido destruido por las bombas. Los álamos, los blancos heliotropos, yacían triturados, machacados; apenas tanto el veris, que me inspiraron compasión; me pareció que tenía ante los ojos los miembros ensangrentados de algún infeliz amigo.

La casa estaba hundida por un lado. Por la brecha

abierta dejaba ver la habitación de Magdalena; aquella habitación púdica con colgaduras de seda de color de rosa, cuyas cortinas, siempre corridas, se divisaban desde el camino. La habitación, brutalmente alturada por el cañón prusiano, el nido del amor, hoy visible desde todo el valle, me han destrozado el alma, y me ha dicho que estaba en medio del comentario de nuestra juventud. El suelo cubierto de restos, la tierra levantada por los pluses, se parecían á esos terrenos que acaba de remover el azadón de los sepultureros y bajo los cuales se esconden estadísticas recién depositados.

Santiago había debido abandonar la casa acerbida por la metralla. Avancé más; me acerqué al emparrado, que, por milagro, estaba intacto. Allí, en la tierra, entre un mar de sangre, dormía Santiago, con el pecho agujerado por más de veinte heridas. No quiso dejar el sitio donde había ayudado, había muerto donde murió Magdalena.

Recogí á sus pies su cartuchera vacía, su chasapoi roto, y vi que las manos del pobre muerto estaban ensangrecidas por la pólvora. Santiago, sólo con su arma, había defendido durante cinco horas el blanco fantasma de Magdalena.

#### XIV.

¡Pobre Neuilly! Recordaré por largo tiempo el tris-

te paseo que di ayer, 25 de Abril de 1871. A las nueve, tan pronto como se anunció el armisticio entre París y Versalles, dirigíase una multitud considerable á la puerta Maillot. Esta puerta no existe ya; las baterías del fortín de Ouchavole y del Mont-Valérien la han reducido á un montón de escombros. Cuando franqué esta ruina, los guardias nacionales se ocupaban en reparar el destrozo; trabajo perdido, porque algunas cañonazas bastarán para hacer volar los sacos de tierra y los adoquines allí colocados.

A partir de la puerta Maillot, se camina sobre ruinas. Todas las casas de las inmediaciones se han desplomado. Por las abiertas ventanasy se ven muebles lujosos; una cortina hecha jirones pende de un balcon; un canario saltó todavía en su jaula, colgada en la cornisa de un tejadillo. Cuanto más se avanza, mayor es el desastre que se contempla. El paseo está sembrado de escombros; se ve por todas partes la obra de los obuses; se creeia estar en el océano de doloroso, en el calvario maldito de la guerra civil.



Pensando escapar al horror de aquella cartótera, á lo largo de la cual se tropieza á cada paso con maras de sangre, tomé por los caminos de travesía. ¡Ay! En ellos el espectáculo es aún más terrible. Allí se han batido á brazo partido, con arma blanca. Las casas

han sido ocupadas y vueltas a ocupar diez veces; los soldados de uno y otro bando han derribado los tabiques para avanzar por dentro; las paredes perdonadas por los obuses han sido echadas abajo con las piochas. Los jardines, sobre todo, han padecido extraordinariamente. ¡Pobres jardines, en plena primavera! En las cercas que los protegen hay aberturas enormes, los paseos están planteados, asolados. Y sobre esta primavera manchada de sangre, florece solamente un mar de lilas. Ningún mes de Abril ha visto semejante flora. Los curules penetran en los jardines por las brechas, y vuelven cargados de haces de lilas, de ramos tan pesados, que los hombros se les van cayendo, y al poco rato las calles de Neuilly están alombradas de flores, como para el paso de alguna procesión.

Las grietas de las casas, las agujeros de los muros, inspiran compasión a la muchedumbre; pero hay todavía algo más triste. Es la fuga de la desgraciada aldea. Huyen tres ó cuatro mil personas, que se dirigen á París con una cestita llena de ropa blanca y un enorme reloj de zinc entre los brazos. Todos los coches del tránsito han sido ocupados. Hasta he visto llevar armerías con lunas de cristal sobre angarillas, cual si se tratara de heridos que el menor choque podría matar.

Los habitantes han padecido atrocemente. He conversado con uno de los fugitivos, que ha estado



quince días encerrado en una cueva con otras treinta personas. Los desventurados se morían de hambre. Uno de ellos tuvo la abnegación de querer ir por pan, y fué herido al salir de la cueva. Su cadáver permaneció durante seis días en los primeros escalones ¿No es esto una verdadera puandilla? La guerra que deja así que los cadáveres se pudran en medio de los vivos, ¿no es una guerra impio? Tarda ó temprano, la patria castigará estos crímenes.

---

Hasta las cinco, la multitud se ha pasado por el teatro de la lucha. Ha visto á niños que vagan perdido á paso de los Campos Eliseos, jugando al corro entre los escombros. Y sus madres, sombrías, conversaban entre sí, deteniéndose á veces con ademanes de horror encantador. Extraño pueblo este de París, que se olvida de sí mismo entre los cadáveres sangrados, y lleva su simpatía hasta querer ver si las granadas entran bien en los bocas de bronce. En la puerta Maillot, los guardias nacionales han tenido que acomodarse con unas señoras que querían, á todo trance, tocar una sinfonía, para poder explicarse su mecanismo.

Cuando dejé á Neuilly, á eso de las siete, aún no había sonado ningún cañonazo. La muchedumbre regresaba lentamente á París. En los Campos Elí-

que se hubiera creído que la gente volvía, un poco tarde, de las carreras de Longchamps. Y mucho tiempo después, hasta bien entrada la noche, hubo en las calles de París, paseantes, familias enteras, encorvadas bajo fardos de lías. De la aldea siniestra donde los hermanos se degollan; de la carretera maldita, de las cascas desplomadas sobre trozos de sangre, sólo hay a estas horas ramos olorosos y dorados en nuestras chimeneas.

---

Acabamos de tener tres días de sol. Los boulevares están llenos de paseantes. Lo que me causa más asombro es el aspecto animado de las plazas y jardines públicos. En los Tuileries, las mujeres bordean a la sombra de los castaños, y los niños juegan, mientras ella abajo, del lado del Arco de Triunfo, estallan las bombas. El ruido insupportable de la artillería apenas hace volter la cabeza a los niños. Hay madres que llevan uno pequeño en cada mano, y van a examinar de cerca las formidables barricadas construidas en la plaza de la Concordia.

Pero el rasgo característico es la alegría esta que los parisienses se han dado por espacio de ocho días en las alturas de Montmartre. Hay hacia el Oeste un terreno baldío; allí ha acudido todo París, como á una partida de campo. Era aquel un magnífico

anfiteatro para asistir desde lejos á la batalla que se libraba desde Neuilly hasta Asnières. Se llevaban sillas de tijera. Algunos industriales habían colocado bancos; por dos sueldos, se estaba allí como en el patio de un teatro. Las mujeres, sobre todo, iban en gran número. De vez en cuando se oían estrépitosas carcajadas. A cada bomba, cuya explosión se percibía allá lejos, se encontraba algún chiste gracioso, que recorría los grupos como alegre chispa. Hasta he visto personas que acudían provistas de su desayuno, un trozo de chacina y pan. Para no perder su sitio, comían de pie, enviando por el vino á alguna taberna de la vecindad. Las muchachas bres senten la necesidad de los espectáculos. Cuando los teatros se cierran y y se alre la guerra civil, van á mirar cómo se matan unos á otros, con la misma curiosidad chocarrera que esperan el quinto acto de un melodrama.

—Están tan lejos (decía una encantadora joven, rubia y pálida), que no suena el verlos dar el salto mortal. Cuando la metralla hace de un hombre dos, parece que se doble como una madeja de seda.

---

## LAS CUATRO JORNADAS

DE

JUAN GOURDON

—2—

I.

PRIMAVERA.

Aquella mañana, á eso de las cinco, el sol entró con brusco alborozo en el cuartito donde dormía en casa de mi tío Lizaro, párroco del lugarejo de Dourgues. Una ancha ráfaga amarilla cayó sobre mis párpados cerrados, y al despertarme, me encontré en plena luz.

MI habitación, blanqueada con cal, adornada con muebles de madera blanca, era muy alegre. Me asomé á la ventana, y vi el Duranco, que corría tranquilo y apacible en medio del negro verdor del valle. Soplos frescos me acariciaban el rostro; los murmullos del río y de los árboles parecían llamarme.

Abrí la puerta suavemente. Necesitaba, para salir, atravesar la habitación de mi tío. Me adelanté sobre la punta de los pies, temiendo que el ruido de mis gruesos zapatos no despertase al digno varón, que dormía aún con el rostro sonriente, y temblaba al

pensar que la campana de la iglesia podía tocar el *Angelus*. Mi tío Lázaro, desde hacía algún tiempo, seguíame por todas partes con aire triste y enojado. Me habría quizá impedido ir allí abajo á la orilla del río, á ocultarme entre los sauces y acchar al paso á Babet, la joven alta, morena que había nacido para mí con la nueva primavera.

Pero mi tío dormía con sueño profundo. Tuve como remordimientos de eugubiarle y escaparme de aquel modo. Me detuve un momento á contemplar su semblante, que el reposo tornaba más dulce. Me acordé con enternecimiento del día en que fui á buscarle á la casa que dejaba fría y desamparada el cadáver de mi madre. Desde entonces, cuánto cariño, cuánta abnegación, qué de sabios consejos!

Me había dado su ciencia y su bondad, toda su inteligencia y todo su corazón.

Estaba tentado á gritarle:

—¡Levántese V., tío Lázaro! Vámonos á dar juntos un paseo por la alameda que tanto le gusta, á la orilla del Duranco. El aire fresco y el sol nascente le rejuvenecerán á V. ¡Verá V. qué valiente apéito hay á la vuelta!

Mas, ¡y Babet, que iba á bajar al río! No podría esperarla; no podría ver sus sayas blancas. Ni tío estaría á mi lado; tendría que bajar los ojos. ¡Se debía estar tan bien á la sombra de los sauces, echado boca abajo, sobre la fina hierba! Á este pensamiento se

apoderó de mi dulce languidez, y lentamente, paso á paso, reteniendo el aliento, ganó la puerta. Bajó la escalera, salió al campo, y echó á correr como un loco, aspirando el aire tibio de la alegre mañana de Mayo.

El cielo estaba blanco en el horizonte, con tintas de azul rosa de delicadeza exquisita. El sol, pálido, semejaba una gran lámpara de plata, cuyos rayos caían en el Durauco como un chaparrón de luces. Y el río, ancho y apacible, extendiéndose con pereza sobre la arena roja, iba de un extremo á otro del valle, como una sábana de seda! en fusión. En el ocaso, una línea de colinas bajas y pentágondas figuraba sobre la palidez del cielo ligerosmanchitas violáceas.

Hacia diez años que vivía en aquel rincón silencioso. ¡Cuántas veces me había esperado mi tío Lázaro para tomarle la lección de latín! El buen hombre quería que fuese un sabio. Yo, mientras tanto, estaba al otro lado del Durauco, persiguiendo las picezas, explorando un ribazo al cual aun no había subido. A la vuelta eran las reconveniones: el latín había sido olvidado; mi pobre tío me reñía porque llevaba los pantalones rotos, estremeciéndose así por debajo veía la piel acardensada. El valle era mío, completamente mío; lo había conquistado con mis piernas; era su verdadero propietario por derecho de sustrato; y aquel portazo de río, aquellas dos leguas de

terreno, cómo las amaba; qué bien nos entendíamos! Conocía todos los caprichos de mi querido tío, sus colores, sus gracias, su distinta faz á cada hora del día.

Aquella mañana, al llegar á la orilla del agua, tuve como un deslumbramiento al verla tan tranquila y tan blanca. Nunca me habia parecido su aspecto tan risueño. Me deslicé rápidamente bajo los sauces, en un claro al lado al cual trazaba ancho círculo de luz sobre la negra hierba. Allí me eché boca abajo, con el cielo atento, mirando por entre los sauces elevarse por donde debía aparecer Babet.

—¡Oh! Ahn debe dormir el tío Lázaro,—pensaba yo.

Y me tendía más á la larga sobre el césped; el sol me calentaba suavemente la espalda, mientras que con el pecho hundido en la hierba, sentía la frescura del terreno.

No habia mirado nunca la hierba desde muy cerca, ni fijado los ojos en los tallitos de musgo. Reparando á Babet, curiosidad con mi mirada las matas de musgo, que me parecían realmente un mundo completo. En ellas veía calles, paseos, plazas, ciudades enteras. En el fondo distinguía una gran mancha de sombra, donde las hojas de la primavera anterior se pudrían de tristeza; después, los tallos ligeros se erguían, se estiraban, se encorvaban, figurando delgadas columnatas, naves de iglesias, hoga-

ques vírgenes. Y los insectos pequeñísimos que se paseaban en medio de aquella inmensidad: sin duda estaban perdidos, porque iban de columna en columna, de calle en calle, con aire extraviado é inquieto.

Precisamente en aquel momento, al levantar los ojos, vi en lo alto del sendero las blancas sayas de Babé, destacándose sobre la tierra negra. Reconoci su túnica de indiana gris con borcujillas azules. Me agaché más en la hierba; oí que mi corazón golpeaba el suelo, levantando mi cuerpo con pequeñas sacudidas. Mi pecho ardía ahora, no sintiendo ya la frescura del rocío.

La joven descendió silenciosamente: las sayas, al rasar el suelo, tenían movimientos que me trastornaban. La veía de abajo á arriba, completamente recta, con su continente altivo y feliz. No sabía que yo estaba allí, detrás de los sauces: andaba con paso resuelto; corría sin cuidarse del viento, que levantaba una punta de su vestido; distinguía sus pies que avanzaban de prisa, muy de prisa, y una faja de sus medias blancas del ancho de la mano, que me hacía ruborizar de una manera dulce y penosa.

¡Oh! Entonces ya no vi nada, ni el Duranco, ni los sauces, ni la blancura del cielo. ¡Cómo me hurtaba del valle! Ya no era mi amigo; nada me importaban su alegría ni su tristeza; despreciaba á mis camaradas los guijarros y los árboles de los ribazos. Si el río hubiese desaparecido súbitamente, sorbido por



la tierra, no sería yo quien la hubiera echado de menos.

¡Y la primavera! Para nada me acordaba de la primavera. Aunque me hubiera arrebatado el sol que me calentaba las espaldas y sus hojas, esa rayosa, esa matutina de Mayo, habría permanecido allí en éxtasis, contemplando á Babet, que bajaba por el sendero balanceando grácilmente su cuerpo; Babet había ocupado en mi corazón el lugar del valle; Babet era la primavera. Nunca nos habíamos hablado. Los dos corejábamos cuando nos encontrábamos en la iglesia de mi tío Lizaro. Habéis jurado que me de-  
testaba.

Conversó aquel día durante breves minutos con las lavanderas. Suavísimas perlas llegaban hasta mí, juntas con la gran voz del Duranço. Después se bajó para coger un poco de agua en el hueco de la mano, pero la orilla estaba alta; resbaló, y se agarró á la hierba.

No se cómo no se me heló la sangre. Me levanté bruscamente, y sin vergüenza, sin rubor, corrí cerca de la Jorou. Me miró asustada; luego se sonrió. Por mi parte, me incliné á riesgo de caer; logré coger agua en mi mano derecha, cuyos dedos apreté, y le di á Babet esta nueva copa, invitándola á que bebiese.

Las lavanderas se ríen; Babet, confusa, no se atrevía á aceptar; vacilaba, medio volvía la cabeza.

Al cabo se decidió, y apoyó delicadamente los labios en las puntas de mis dedos; mas había tardado mucho; toda el agua se había ido. Entonces soltó una carcajada, volvió á ser una niña, y comprendí que se burlaba de mí.

Era yo muy tonto. Me incliné de nuevo: esta vez tomé el agua en las dos manos, apresurándome á llevarlas á los labios de Babet. Bebió, y sentí el beso tiño de sus labios deslizarse á lo largo de mi brazo hasta mi pecho, que inundó de gusto calor.

—¡Oh! Mi tío debe dormir aún,—dijo muy bajito.

Al pronunciar estas palabras, observé una sombra negra á mi lado, y, habiéndome vuelto, vi á mi tío Lázaro en persona, que nos miraba con aire enojado á Babet y á mí. Su sotana parecía blanca al sol: lei en sus ojos censuras que me dieron ganas de llorar.

Babet pasó un gran susto. Se ruborizó, y escapó, balbuceando:

—Gracias, señor Juan, muchas gracias.

Yo, enjugándome las manos mojadas, quedé atorreado, inmóvil, delante de mi tío Lázaro.

El digno hombre, con los brazos cruzados, recogiendo una punta de su sotana, miró á Babet, que volvió á seguir el sendero, corriendo, sin volver la cabeza. Después, cuando hubo desaparecido detrás de los setos, vi que se sonreía tristemente.

—¡Jean (me dijo): vente á la alameda grande: el

desayuno no está dispuesto: tenemos media hora que perder.

Y eché á andar con paso algo pesado, evitando las matas de hierbas mojadas por el rocío; la estana, de la cual un pico se arrastraba por los guijarros, producía pequeños ruidos sordos. Llevaba el breviario debajo del brazo: pero había olvidado su lectura de la mañana. Iba con la cabeza baja, pensativo, sin despegar los labios.

Su silencio me abrumaba. De ordinario era hablador. Mi inquietud crecía por instantes: seguramente, me había visto dar de beber á Babet. ¡Qué espectáculo, Señor! La joven riendo y ruborizándose, me besaba la punta de los dedos; yo, alzándome sobre los pies, extendía mis brazos, me inclinaba, como para abrazarla. Entonces me representé con espanto toda la audacia de mi acción. Mi timidez reapareció. Me pregunté cómo me había atrevido á hacerme besar los dedos de una manera tan dulce.

¡Y mi tío Lizero, que iba delante de mí, sin articular palabra, sin dirigir una mirada siquiera á los viejos árboles que tanto amaba! Sin duda, me esperaba un sermón. Había lo menos para una hora. Sólo me conducía á la alameda grande para rehírmeme más á sus anchas. Cuando volviésemos, el desayuno estaría frío, y no podría ir otra vez bajo los sauces á recrearme pensando en el dulce calor que los labios de Babet dejaron en mis dedos.

Llegamos, por fin, á la gran alameda, que, ancha y corta, seguía el curso del río; la formaban robles enormes, de cuyos troncos huecos salían altas y vigorosas ramas. La fina hierba tendía un tapiz bajo los árboles, y el sol, atravesando por entre el follaje, bordaba el suelo con labores de oro. Alrededor, corta y lejos, se extendían praderas de un tono verde súbito.

Mi tío, sin volverme, sin cambiar el paso, continuó hasta el fin de la alameda. Paróse entonces, y meditative á su lado, comprendiendo que se acercaba el momento temido.

El río torcía bruscamente; un pequeño párpeto convertía el extremo de la alameda en una especie de terrazo. Esta bóveda de sombra daba sobre un valle de luz. La campiña se prolongaba delante de nosotros en muchas leguas. El sol subía al occidente; los rayos de plata de la mañana se habían trocado en lluvia de oro; una claridad deslumbradora venía del horizonte, á lo largo de los ribazos, inundando el valle con fulgores de incendio.

Después de un momento de silencio, mi tío Lázaro volvióse hacia mí.

—¡Buen Dios, el sermón!—pensé.

Y bajé la cabeza. Con ademán majestuoso, mi tío me mostró el valle; después, frguiéndose:

—Mira, Juan (me dijo con voz lenta): he aquí la primavera. La tierra está bañada en alegría, hijo mío,

y te he traído aquí, enfrente de este océano de luz, para hacerte observar las primeras sonrisas de las estaciones nacientes. ¡Ve qué brillo y qué dulzura! Suaves de la llanura aromas tibios, que rozan nuestros rostros como soplos de vida.

Se calló, quedándose pensativo. Por mi parte, había levantado la frente con asombro, respirando con más holgura. Mi tío no producía.

—Es una hermosa mañana (prosiguió); una mañana de juventud. Tuviste diez y ocho años se sienten dichosos en medio de este verdor, de edad de diez y ocho días a lo más. Todo es esplendor y perfumes. ¿no es cierto? El ancho valle te parece un hogar de delicias; el río está aquí para darte su frescura; los árboles para prestarte su sombra; la campiña entera para hablarte de ternura; el cielo mismo para abarcar esos horizontes que interrogas con esperanza y deseo. La primavera pertenece a los brabozuelos de tu edad; es la que enseña a los muchachos a dar de beber a las jóvenes....

Baja de nuevo la cabeza. Resueltamente mi tío Lázaro me había visto.

—Un viejo y buen hombre como yo, sabe, por desgracia, a qué atenerse respecto a las gracias de la primavera. Yo, mi pobre Juan, amo el Durazno, porque riega estas praderas y fertiliza todo el valle. Amo el tierno follaje, porque me anuncia los frutos del estío y del otoño; amo este cielo, porque es que-

no para nosotros, porque su calor activa la fecundidad de la tierra. Habría tenido que decirte un día u otro; prefiero hacerlo hoy; la mañana conviela a platicar de estas cosas. La primavera misma te ha dado la lección. La naturaleza es un inmenso taller donde no hay día de fiesta. Mira esa flor, para ti es un perfume; para mí es un trabajo; cumple su misión, produciendo su parte de vida, su granito negro, que a su vez trabajará la primavera próxima. Y ahora interroga al vasto horizonte. Toda esta alegría no es más que un alumbramiento. Si la cumple se sonríe, es porque vuelve a empezar su eterna tarea. ¿No la oyes respirar con fuerza activa y afanosa? Las hojas suspiran, las flores se dan prisa, el trigo crece sin cesar, todas las plantas, todas las hierbas se disputan la primacía; y el agua corriente auxilia la obra común, y el sol que se eleva al gran la interminable faena de los trabajadores.

Mi tio, en este instante, me obligó á mirarle de frente. Concluyó en los siguientes términos:

— ¡Juro, oye lo que te dice tu amigo la primavera. Es la juventud; pero prepara la edad madura. Su clara sonrisa no es más que la alegría del trabajo. El año será lozano, el otoño fecundo, porque la primavera está ahora cumpliendo concienzudamente su misión.

Me quedé confundido. Comprendía perfectamente á mi tio Lázaro dirigiame un bonito sermón, dicen-

dome que era un perezoso y que había llegado el momento de trabajar.

El tío parecía tan confuso como yo. Después de haber vacilado algunos instantes:

—Juan (dijo balbuceando un poco): has debido confesarme todo... Tuesto que amas, á Babet, y Babet te ama...

—¡Babet me ama!—exclamé yo.

El tío hizo un gesto de impaciencia.

—¡Eh, déjame hablar! No necesito una nueva confesión; me lo ha confesado ella misma.

—¡Se lo ha confesado á V.; se lo ha confesado á V.!

—¡Oh, qué bueno es esto! ¡ahadé!) Yo nunca te había hablado. Ella se lo ha dicho á V. en confesión, ¿no es así? Nunca me habría atrevido á preguntarle si me amaba; nunca lo habría sabido. ¡Oh, cuánto se lo agradezco á V.!

El tío Lázaro estaba avergonzado. Vela que acababa de cometer una indiscreción. No pensaba que aquella mañana había tenido mi primer encuentro con la joven, y he aquí que me daba seguridades cuando yo no me atrevía ni á soñar con esperanzas. Callaba ahora, yo era quien hablaba con volubilidad.

—Todo lo comprendo (continuó). Tiene V. razón, es preciso que trabaje ahora para hacerme digno de Babet. Verá V. qué amigos tengo... ¡Ah, qué bueno es V., tío Lázaro, y qué bien habla! Entiendo el lenguaje de la primavera, y quiero también que mi estío

esa luzaco, mi abito fecunda. Es este un buen año: se ve todo el valle; soy joven como él; siento en mí la juventud que pide cumplir su misión.

Mi tío me detuvo.

—Está bien, Juan (me dijo): durante mucho tiempo he creído poder hacer de ti un sacerdote; sólo por esto había querido enseñarte toda mi ciencia. Pero lo que he visto hoy á la orilla del río me obliga á renunciar definitivamente á mi sueño más querido. Es el cielo quien dispone de nosotros. Amarás á Dios de otra manera.... No puedes quedarte ahora en esta aldea, donde deseo que sólo vuelvas á entrar madurada por la edad y el trabajo. He elegido para ti el oficio de tipógrafo: tu instrucción te será útil; uno de mis amigos, un impresor de Grenoble, te espera el lunes próximo.

Se apoderó de mí honda inquietud.

—¿Y volveré á desposarme con Babel?—pregunté.

Mi tío se sonrió de un modo casi imperceptible, sin responder directamente.

—El resto depende de la voluntad del cielo,—respondió.

—El cielo es V., y tengo fe en su bondad.

¡Oh, tío mío! Haga V. que Babel no me olvide. Voy á trabajar para ella.

Entonces mi tío Lázaro me mostró de nuevo el valle que la luz ardiente y dorada inundaba ya por completo.



—He aquí la esperanza (dijo). No eres un viejo como yo, Juan. Olvida mi sermón. Sé ignorante como el campo. No pliega él en el otoño. Se abandona en absoluto á la alegría de su sonrisa. Trabaja desquiciado y animoso. Espera.

Y volvímos al curato, marchando lentamente, pisando la hierba que el sol había secado, conversando con ternura acerca de nuestra próxima separación. El desayuno estaba frío, como lo había probado; pero esto me importaba poco. Cada vez que miraba á mi tío Lázaro, se me llenaban de lágrimas los ojos; y al recuerdo de Haber, mi corazón latía hasta sofocarme.

No podría decir lo que hice el resto del día. Fui, según creo, á echarme bajo los sauces, á la orilla del río. Mi tío tenía razón. La tierra trabajaba. Aphocado el oído al césped, me parecía oír un ruido continuo. Entonces me sumí en profundas reflexiones. Pasé allí el día, hundido en la hierba, soñando una existencia de paz y trabajo entre Haber y mi tío Lázaro. La juventud enérgica de la tierra había penetrado en mi pecho, que apoyaba fuertemente contra la madre común, y me imaginaba á veces ser uno de los sauces vigorosos que crecían á mi lado. Aquella tarde no pude comer. Ni lo comprendí sin duda los pensamientos que me abrumaban, porque fingí no observar mi falta de apetito. Tan luego como me fué permitido levantarme, corté á respirar el aire libre del

campo. Un viento fresco venía del río, cuyo sordo murmullo sonaba á lo lejos. Cielos del cielo suavísima luz. Extendíase el valle como un mar de sombra, sin playas, tranquilo y trasparente. Había en el aire rumores vagos, algo como estremecimientos apasionados, como un continuo batir de alas que pasara sobre mi cabeza. Aromas penetrantes subían con la frescura de la hierba.

Había salido para ver á Babet; sabía que todas las tardes iba al campo, y fui á emboscarme detrás de un seto. Había perdido mi timidez, puesto que me amaba. Encontraba muy natural el esperarla allí y anunciarle mi partida.

La noche estaba clara, y al ver su traje, me adelanté en silencio. Después en voz baja:

—Babet (murmuró), Babet, aquí estoy.

Al principio no me reconoció, y retrocedió con miedo. Luego, al fijarse en mí, pareció todavía más asustada, cosa de que me asombré profundamente.

—¿Eh V., señor Juan? (me dijo.) ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere V.?

Estaba á su lado; la cogí la mano.

—V. me ama ¿no es cierto?

—¡Yo! ¿Quién se lo ha dicho á V.?

—Ni lo sé.

Se quedó aterrada. Su mano temblaba en la mía. Como intentara escapar, la cogí la otra. Estábamos frente á frente en una especie de hueco que forma-

ba el seto, y sentía el hábito anhelante de Babet, que me abrazaba el rostro. La frescura, el silencio palpitante de la noche, nos cercaban por todas partes.

—Yo no sé (balbuceó la joven); yo nunca he dicho eso.... El señor cura ha entendido mal... ¡Por favor, déjeme V., que tengo prisa!

—No, no (replicó); quiero que sepa V. que me voy mañana; quiero que me prometa V. amarme siempre.

—¿Que parto V. mañana!

¡Oh dulce exclamación, y cuánto ternura había en ella. Me parece oír aún aquella voz alarmada, llena de desolación y de amor.

—Ya ve V. (exclamé á mi vez), que mi tío Lázaro ha dicho la verdad. Por otra parte, el jamás me fiente, V. me ama, V. me ama. Babet; sus labios de V. se lo han dicho esta mañana muy bajito á mis dedos.

Ehiché que me sentaba al pie del seto. Mis recuerdos me han conservado mi primera conversación de amor en su religiosa inocencia. Babet me oyó como una hermana menor. No tenía ya miedo. Me confió la historia de su amor. Y hubo juramentos solemnes, confesiones ingenuas, proyectos sin fin. Juró no separarse con nadie más que conmigo; juró, por mi parte, merecer su mano á fuerza de abnegación y de ternura. Detrás del seto, un grillo acompañaba nuestras palabras con su canto de esperanza; y el

talía todo, cuchicheando en la sombra, se gozaba en oírnos conversar tan dulcemente.

Nos separamos, olvidándonos de abrazarnos.

Cuando volví á entrar en mi cuarto, me pareció que le había dejado hacía un año por lo menos. Me representaba esta jornada, tan corta como eterna, por la felicidad que me trajo. Era la primera jornada de mi vida, la más tibia, la más perfumada de todas, aquella cuyo recuerdo vibra aún en mi alma, como la voz distante y conmovida de mi estación primaveral.

.....

.....

## II.

### Estío.

Aquel día, al despertarme, á eso de las tres de la mañana, me encontré tendido en la dura tierra, abrumado de cansancio, con el rostro cubierto de sudor. Una noche de Julio, ardiente y fatigosa, pesaba sobre mi pecho.

Alrededor se entregaban mis compañeros al sueño envueltos en sus capotas; se asejaban manchas negras sobre la tierra gris; la obscura planicie palpi-

taba; me parecía oír la fuerte respiración de una multitud dormida. Ruidos perdidos, relinchos de caballos, choques de armas, se elevaban en medio del silencio solemne de la noche.

El ejército había hecho alto á las doce, y recibido orden de acostarse y de dormir. Llevábamos tres días de marcha, abrasados por el sol, ciegos con el polvo. El enemigo estaba al fin ante nosotros, allá abajo, en los collados del horizonte. Al amanecer, debía librarse una batalla decisiva.

El cansancio me había anahado.

Por espacio de tres horas había yacido en profundo letargo, sin respirar ni soñar. El exceso mismo de la fatiga acababa de despertarme. Ahora, tendido boca arriba, con los ojos extraordinariamente abiertos, pensaba, mirando la obscuridad, en la batalla, en la melanza que no tardaría en alumbrar el sol. Desde hacía seis años, al primer disparo que sonaba en cada combate, me despedía de mis más caras aficiones, de Babet, de mi tío Lázaro. Y he aquí que, cuando apenas me quedaba un mes para cumplir, tenía que volver á decirles adios, y ahora ¡tal vez para siempre!

Después, mis pensamientos fueron más rápidos. Con los ojos cerrados, vi á Babet y á mi tío Lázaro: ¡cuánto tiempo hacía que no los abrazaba! Me acordaba del día de nuestra separación; mi tío lloraba porque era pobre, porque no podía redimirme; y

Babai me había jurado aquella noche esperarme, no amar á nadie más que á mí. Había tenido que separarme de mi patrón de Grenoble, de mis amigos de Doungues. De vez en cuando, algunas cartas venían á decirme que no se me olvidaba; que la felicidad me esperaba en mi valle bien amado. ¡Y yo iba á burlarme, á hacerme matar!

Me puse á pensar en el regreso. Vi á mi bueno y anafau tio, á la puerta del curato, tendiéndome sus brazos temblorosos, y, detrás de él, á Babai, ruborizada, llorosa y sonriente. Me precipitaba hacia ellos, los estrechaba contra mi pecho, balbuceaba...

Bruscamente, el redoble del tambor me trajo á la realidad. Amanecía; la llanura grisparecía ensangancharse entre los vapores de la mañana. El suelo se animó; formas vagas surgieron de todas partes. Llegaron el alro ruidosos crepientes, los cuos de clarín, el galopar de los caballos, el rular de la artillería, los gritos de los combatientes. La guerra se erguía amenazadora en medio de mi sueño de ternura.

Me levanté con dificultad; me pareció que mis huesos estaban rotos y que mi cabeza iba á partirse. Reuní á mis hombres apresoradamente, porque debo decir que había obtenido el grado de sargento. Recibimos la orden de avanzar hacia la izquierda y de ocupar una pequeña colina que dominaba la llanura.

Quando estábamos á punto de partir, el correo pasó corriendo.

—¡Una carta para el sargento Gourdón!—gritó.

Me entregó una carta arrugada, manchada, que rodaba tal vez desde hacía ocho días por los sacos de cuero de la administración de correos. Sólo tuve tiempo de reconocer la letra de mi tío Lázaro.

—¡Adelante! ¡En marcha!—gritó el comandante.

Era preciso marchar. Durante algunos segundos permanecí con la carta en la mano, desenvolviéndola con los ojos; me quemaba los dedos; habría dado cualquier cosa por sentarme, por llorar libremente al leerla. Debí decidirme á guardarla en el pecho, sobre el corazón.

Nunca había experimentado angustia semejante. Me decía, por vía de consuelo, lo que mi tío me recordaba con frecuencia: que estaba en el estio de mi vida, en la hora ardiente de la lucha, y que debía cumplir valerosamente con mi deber, para que mi estofo fuese tranquilo y fecundo. Pero tales razonamientos me exasperaban más; aquella carta que venía á hablarme de felicidad, abrazaba mi corazón, indignando contra la guerra. ¡Y no podía ni aun leerla! Iba á morir, tal vez sin saber lo que contenía, sin oír por última vez las cariñosas palabras de mi tío Lázaro.

Habíamos llegado á la colina. Debíamos esperar la orden de seguir adelante. El campo de batalla

había sido elegido maravillosamente para degollarse con comodidad. La inmensa llanura se extendía, desierta, desnuda, por espacio de muchas leguas, sin un árbol, sin una casa. Algunos rales, algunos sargales, semejaban pequeñas manchas sobre la blancura del suelo. Nunca he vuelto á ver otro campo como aquel mar de polvo, como aquel suelo pizarroso, agujereado aquí y allá, mostrando por estas grietas sus entrañas negruzcas. Tampoco he vuelto á ver un cielo de pureza tan ardiente, ni tan espléndido y caluroso día de Julio. A las ocho, el alto abrasado quemaba ya nuestros rostros. ¡Oh, qué hermosa mañana! ¡Oh, qué llanura tan estéril, tan propia para matar y morir!

Hacia largo tiempo que sonaban con ruidos secos é irregulares las descargas de la fusilería apoyada por la voz grave del cañón. Los enemigos, los austríacos, de pálidos uniformes, habían abandonado las alturas, y la planicie estaba surcada de largas filas de hombres, que no parecían mayores que insectos. Se hubiese creído que era un hormiguero en plena insurrección. Nubes de humo envolvían el campo de batalla. A cada momento, cuando estas nubes se desgarraban, veía soldados huyendo, sobrecojidos de pánico. Había corrientes de espanto que arrastraban á los hombres; arranques de vergüenza y de valor, que los volvían á llevar bajo las balas.



No podía oír los gritos de los heridos ni ver correr la sangre; pero distinguía semejantes á puntos negros, los cuartos que los batallones sembraban á su paso. Me puse á mirar con curiosidad los movimientos de las tropas, irritándome contra el humo, que me ocultaba una buena mitad del espectáculo, y gozando de cierto placer egoísta al verme en seguridad mientras que los demás morían.

A eso de las nueve se nos hizo avanzar. Bajamos el ribazo á paso gimnástico, dirigiéndonos á la llanura, que formaba un repliegue. El ruido regular de nuestros pasos me pareció fúnebre. Los más bravos de entre nosotros iban jadeantes, con las facciones contraídas.

He prometido decir la verdad. A los primeros silbidos de la balas, el batallón se detuvo bruscamente con ánimo de huir.

—¡Adelante, adelante!—gritaron los jefes.

Pero nosotros estábamos como clavados en el suelo, y bajábamos la cabeza cuando una bala silbaba en nuestros oídos. Este movimiento es instintivo. Si la vergüenza no me hubiese controlado, me hubiera echado boca abajo en el suelo.

Delante de nosotros había una gran cortina de humo que no nos atrevíamos á franquear. Isotempagos rojos atravesaban aquel humo. Y, temblando, permanecíamos inmóviles. Pero las balas llegaban hasta nosotros; los soldados caían dando alaridos.

Los jefes gritaban con más fuerza:

—¡adelante, adelante!

Las últimas filas, que ellos empujaban, nos obligaron a avanzar. Entonces cerramos los ojos, tomamos impulso, y entramos en el humo.

Fuertes se había apoderado de nosotros. Cuando resonó el grito de ¡alto!, nos detuvimos con trabajo. En estando quietos, vuelve el miedo, se sientan deseos de huir. Descargamos los fusiles. Tirábamnos delante de nosotros, sin mirar, experimentando cierto alivio al enviar las balas en medio de aquel humo. Recuerdo que, por mi parte, disparaba maquinalmente, con los labios apretados, con los ojos muy abiertos: ya no tenía miedo, porque, á decir verdad, ignoraba si existía. La única idea fija en mi mente era que tiraría mientras tuviese con qué. Mi compañero de la izquierda recibió una bala en mitad del rostro, y cayó sobre mí: le rechina brutalmente, y me enjuagué la mejilla que me había manchado de sangre. Después volví á disparar.

Me acuerdo también de haber visto á nuestro coronel, M. de Montevant, firme, tieso sobre su caballo, mirando tranquilamente al enemigo. Este hombre me pareció gigantesco. No tenía un fusil para distraerse, y su pecho desollaba por encima de todos nosotros. De vez en cuando bajaba los ojos, y gritaba con voz seca:

—¡Estrechen filas, estrechen filas!

Estrechábamos filas, como carreteros, pisando cadáveres, ebrios, tirando siempre. Hasta entonces el enemigo sólo nos había enviado balas; de pronto dejóse oír un gran ruido; una bomba nos arrebató cinco hombres. Una batería, que debía estar enfrente de nosotros y que no podíamos ver, acababa de abrir sus fuegos. Las bombas se sucedían sin interrupción, trazando entre nosotros un surco sangriento, que nos apremiábamos á correr con obstinación de bestias salvajes.

—¡Estrochen filas, estrechen filas!—repelía fuertemente el Coronel.

Dábamos corras humanas al cañón. A cada soldado que caía, avanzaba yo un paso hacia la muerte, me aproximaba al sitio en que los hombres zumbaban verdaderamente aplastando á los hombres cuyo turno había llegado. Los cadáveres se hucionaban en aquel sitio, y pronto las bombas lo heritjan más que un montón de carne muerta. No podíamos ya estrechar las filas.

Los soldados bramaban de coraje. Los jefes mismos fueron arrastrados.

—¡A la bayoneta, á la bayoneta!

Y bajo una lluvia de balas continuas en dirección á la batería. La cortina de humo se rompió, y en un pequeño montículo vimos los cañones, rojos, flameantes, que vomitaban metralla sobre nosotros. Pero dado el impulso, las bombas no detenían más que á los muertos.

Iba yo al lado de coronel Montrevert, cuyo caballo acababa de caer; se batía como un simple soldado. De repente me paré, como herido por un rayo. Creí que el pecho se me abría y que me arrancaban la espalda; un viento terrible pasó sobre mi rostro.

El coronel Montrevert cayó á mi lado. Me sentí morir; pensé en Babet, perdí el sentido buscando con manos desatallada la carta de mi tío Lázaro.

Cuando volví en mí, estaba echado en la falda del montecillo, sobre el polvo. Profundo estopor me anonadaba. Con los ojos extraordinariamente abiertos, miraba delante de mí, sin ver nada; hubiera dicho que no tenía miembros, y que mi cerebro estaba vacío. No sufría porque parecía que la vida había huido de mi carne.

Un sol sofocante, implacable, caía sobre mi rostro como plomo derretido. No lo sentía. Poco á poco recobré la conciencia de mi situación. Mis miembros adquirieron cierta soltura; solo mi espalda quedó como sepultada bajo un peso enorme. Entonces, con el lastello de una bestia herida, quise incorporarme. Di un grito de dolor, y volví á caer al suelo.

Pero vivía, lo veía, lo comprendía. La llanura se prolongaba en todos sentidos, desnuda y desierta, brillando á los rayos del sol. Ostentaba su desolación bajo la serenidad ardiente del cielo; montones de cadáveres dormían al calor, y los árboles caídos parecían otras muertas que me asehaban. No corría ni

un soplo de aire. Un silencio espantoso salía de los montones de cadáveres; después, á cada momento, estallaban quejas sordas, atravesando el silencio y comunicándole largos estremecimientos. En el horizonte, en los ribezos, flotaban leuues nubes de humo, manchando de gris el azul espléndido del cielo. La meteoza continuaba en las alturas.

Pensé que éramos vencedores; sentí cierto placer egoísta, diciéndome que podría morir en paz en esta llanura abandonada. En torno mío, la tierra estaba negra. Al levantar la cabeza, vi la batalla enemiga sobre la cual nos habíamos arrojado. La lucha debió ser terrible; el montículo estaba sembrado de cuerpos mutilados y desfigurados. La sangre había corrido con tanta abundancia, que el suelo parecía cubierto de ancho tapiz rojo. Los cañones abrian sus bocas sombrías sobre los cadáveres. Me estremecí ante el silencio de estos cañones.

Entonces, poco á poco, con precauciones infinitas, llegué á ponerme sobre el vientre. Apoyé la cabeza sobre una gruesa piedra, toda salpicada de sangre, y saqué de mi pecho la carta de mi tío Lázaro. Me la puse delante de los ojos; las lágrimas me impedían leerla.

Y el sol me abrasaba las espaldas; olores acreos se me adherían á la garganta. Sentía en torno mío la llanura como lacerada; estaba como yerto por la rigidez de los muertos. Mi pobre corazón lloraba en

medio de aquél silencio de muerte, callido y asqueabundo.

El tío Lázaro me escribía:

«Mi querido hijo: Sé que se ha declarado la guerra; espero, sin embargo, que tendrás tu licencia antes de que empiecen las operaciones. Todas las mañanas ruego á Dios que te evite nuevos peligros; El me oirá; El querrá que, cuando llegue el momento, me cierras los ojos»

«¡Ah, mi pobre Juan, qué viejo estoy! ¿Qué necesidad tengo de tus brazos! Desde la partida, no siento á mi lado tu juventud, que me volvía mis veinte años. ¿Te acuerdas de los paseos que dábamos por la mañana en el robledal? Ahora no me atrevo á ir allí; estoy solo; tengo miedo. El Durancé llora. Ven pronto á consolarme, á calmar mis inquietudes...»

Los sollozos me ahogaban; no pude seguir. En este instante, un grito desgarrador resonó cerca de mí; vi á un soldado que se hundecía bruscamente con el rostro contraído; alzó los brazos con angustia, y volvió á caer, retorciéndose en convulsiones espantosas; después se quedó mudo é inmóvil.

«He puesto mi esperanza en Dios (proseguía mi tío); él te traerá á Doungues sano y salvo; resurgiremos nuestra dulce vida. Déjame soñar en alta voz, compartiéndote mis proyectos para lo futuro.

«No irás ya á Grenoble; te quedarás aquí. Quiero

que seas un hijo de la tierra, un labrador; que vivas dichoso en medio de los trabajos agrícolas.

«Y yo, yo me retiraré á la granja. Mis manos temblorosas piden ya sostener la sagrada forma. Sólo pido al cielo dos años de semejante existencia. Esta será la recompensa de las buenas obras que haya podido hacer. Entonces me conducirás algunas veces por las veredas de nuestro querido valle, donde cada roca, cada arbo me recordara tu juventud, que tanto he amado...»

Tuve que detenerme de nuevo. Experimenté un dolor tan vivo en la espalda, que temí desmayarme otra vez. Me acababa de acometer terrible inquietud: me parecía que el ruido de la fusilería se aproximaba, y me preguntaba con terror si nuestro ejército no retrocedía, si en su huida no iba á pasar sobre mi cuerpo. Pero no veía más que las tenebrosas nubes de humo flotando en las colinas.

Mi tío Lázaro continuaba:

«Y seguimos bien para amarnos. ¡Ah, mi buen Juan! Con cuánta razón diste de beber á aquella joven una medicina á la orilla del Durango. Yo temía á Babot; estaba de mal humor, y ahora me tienes celoso, porque veo que nunca podré amarla tanto como ella te ama. ... Dígale V., me repeta hoy, ruborizándose, que, si se deja matar, irá á tirarme al río por el mismo estilo en que me dió de beber.

«¡Por el amor de Dios, cuida de tu vida! Hay cosas

que no puedo comprender; pero sé que la felicidad te espera aquí. Llamo ya a Babet hija mía; me figura ya que te veo dándole el brazo, en la iglesia, donde bendecirá nuestra unión. Quiero que sea esta mi última Nisa.

«Babet es ahora una alta y hermosa joven. Te ayudará en tus trabajos...»

El ruido de la fusillería se había alejado. Yo derramaba dulces lágrimas. Los soldados que agonizaban entre las ruedas de los cañones exhalaban sordos lamentos. Vi a uno que se movía con violentos esfuerzos para desembarazarse de otro herido como él, cuyo cuerpo le aplastaba el pecho; y como este segundo se agitara, quejándose, el primero lo rechazó brutalmente, haciéndole rodar por la pendiente del montecillo, donde el desgraciado aullaba de dolor. A sus alaridos, salieron algunos ruidos del montón de cadáveres. El sol, que declinaba despidiendo rayos de un rubio aleonado. El azul del cielo era más suave.

Acabé la carta de mi tío Lizaro.

«Quería simplemente, agrapecba, darte noticias de nosotros; suplicarte que vinieras lo antes posible para hacernos dichosos. Y he aquí que lloro, que habeo como un niño. Espera, mi pobre Juan; Dioses bueno.

«Contéstame pronto: hija, si es posible, la época de tu regreso. Babet y yo contamos las semanas. ¡Adiós, esperanza!»



¡La época de mi regreso!... Bajé la cabeza sollozando, creí por un momento que abrazaba á Babet y á mi tío. Quizá no los volvería á ver. Ellos á morir como un perro en el polvo, bajo aquel sol de plomo. ¡Y era allí, en aquella llanura desolada, entre el estertor de los moribundos, donde me daban en adós los seres más queridos para mí! Mis ojos zumaban; miraba la blanca tierra manchada de sangre, que se extendía yerna y solitaria hasta las fincas grises del horizonte. Repetía «as praeio morir». Rátopos cerré los ojos y evocé el recuerdo de Babet y de mi tío Lázaro.

No sé cuánto pasé en esta especie de somnolencia dolorosa. Mi corazón no sufría menos que mi cuerpo. Corrían las lágrimas por mis mejillas, lentas, abrazadas. En medio de las pesadillas que me producía la fiebre, oía un estertor semejante al llanto continuo de un niño que se queja. De vez en cuando me despertaba, y miraba al cielo con asombro.

Comprendí al fin que era M. de Montrevert, que yacía á algunos pasos, quien así se quejaba. Lo había creído muerto. Estaba echado boca abajo, con los brazos abiertos. Este hombre había sido bueno para mí. Me dije que no podía dejarle morir de aquel modo, con el rostro pegado á la tierra, y me arrastré lentamente hacia el sitio donde estaba.

Los cadáveres nos separaban. Por un momento

pensé pasar por el vientro de estos muertos para atreviar el camino, porque á cada momento que hacía, la espalda me dolía espantosamente; pero no me atreví. Avancé sobre las rodillas, apoyándome en una mano. Cuando estuve cerca del Coronel, di un suspiro de alivio; me pareció que estaba menos solo; íbamos á morir juntos, y esta muerte en compañía no me asustaba tanto.

Quería que viese el sol, y le volví la más suavemente que pude. Cuando los ardientes rayos cayeron sobre su rostro, respiró con gran fuerza y abrió los ojos. Inclinando hacia él, traté de conoirlo. Bajó de nuevo los párpados; en sus labios, que temblaban, comprendí que tenía conciencia de sus sufrimientos.

—¿Es V., Gourdon? (me dijo al fin, con voz débil.)  
¿Se ha ganado la batalla?

—Así lo creo, mi Coronel,—le respondí.

Guardó silencio durante un segundo. Después, abriendo los ojos y mirándome:

—¿Está V. herido? me preguntó.

—En la espalda.... ¿Y V., mi Coronel?

—¡Dado tener el codo roto... Ya me acuerdo. La misma bomba nos ha puesto así, hijo mío.

Hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¡Ah! ¿Qué es esto? (dijo bruscamente, y como en tono de broma.) ¡Vamos á dormir aquí!

No podría expresar cuántas fuerzas y esperanzas

cobré al oír estas palabras. Me sentí otro desde que éramos dos á luchar contra la muerte.

—¡Espere V.! (gritó.) Voy á vendarte el brazo con mi pañuelo, y trataremos de conducirnos uno á otro hasta la próxima ambulancia.

—Eso es, hijo mío.... No apriete V. demasiado. Cójámonos uno al otro, cada uno con su mano buena, y procuremos levantarnos.

Nos pusimos en pie con gran dificultad. Habíamos perdido mucha sangre: se nos iba la cabeza; nuestras piernas tambaleaban. Se nos habría tomado por ébrios: tropezábamos, nos sosteníamos, nos empujábamos, dando vueltas para evitar el tropezar con los muertos. El sol se ocultaba entre fulgores rojizos, y nuestras sombras gigantesca bailaban con movimientos extraños en el campo de batalla. Era el fin de un hermoso día.

El Coronel bronceado, crispándosele los labios con estremecimientos convulsivos, semejando sus risas á sollozos.

Por mi parte, comprendía que no tardaríamos en caer para no volvernos á levantar. De vez en cuando nos acometían vértigos, y teníamos que detenernos y cerrar los ojos. Allá á lo lejos las ambulancias parecían pequeñas manchas grises sobre la obscura tierra.

Tropezamos en un grueso guijarro, y nos derribamos el uno al otro. El Coronel jaraba como un pá-

gano. Tratamos de marchar á cuatro pies, agarrándonos á las zarcas. De este modo, andando de rodillas, avanzamos un centenar de metros. Pero nuestras rodillas sangraban.

—No puedo más (dijo el Coronel). Ya vendrán por mí, si quieren. Durmamos.

Tuve aún ánimo bastante para incorporarme y gritar con todas las fuerzas que me quedaban. Algunos hombres que pasaban á gran distancia recogiendo heridos, me oyeron, acudieron y nos pusieron juntos en una camilla.

—Camarada (me dijo el Coronel durante el trayecto), la muerte no nos quiere. Le debo á V. la vida, pagaré esta deuda el día que V. me necesite.... Deme V. su mano.

Puse mi mano sobre la suya, y así llegamos á las ambulancias. Se habían encendido antorchas. Los cirujanos usaban y cortaban, impasibles ante los alaridos espantosos de los heridos. Un olor desagradable se exhalaba de las ropas ensangrentadas, mientras las facces reflejaban en las jofainas, formando aguas de un color de rosa sombrío.

El Coronel soportó valerosamente la amputación del brazo; pero vi que sus labios palidecían y sus ojos se velaban. Cuando me llegó la vez, un cirujano me registró la espalda.

—Una bomba le ha herido á V. (me dijo); dos centímetros más abajo, y la espalda habría volado.

Solo la carne está lesionada.

Y como preguntase al ayudante que me vendaba si mi herida era grave.

—¡Grave! (respondió riendo); tres semanas de cama, y estará V. completamente curado.

Me volví hacia la pared para ocultar mis lágrimas. Y vi, con los ojos del alma, á Babet y á mi tío Lázaro que me tendían los brazos. Habían terminado las luchas sangrientas de mi jornada de estío.

### III

#### O y o ñ o.

Hacia cerca de quince años que me había casado con Babet en la pequeña iglesia de mi tío Lázaro.

A la muerte de los padres de mi mujer, habíamos comprado la alameda de robles y las praderas que se extienden á lo largo del río. Hubiéramos construido en este terreno una casa modesta, que pronto tuvimos que agrandar. No había año que no se aumentasen mis tierras con alguna heredad vecina, y nuestros graneros eran muy pequeños para el trigo que cogíamos.

Estos primeros quince años se deslizaron tranquilos y dichosos, y transcurrieron en medio de una serena alegría, no dejando en mí más que el vago recuerdo de una felicidad pacífica y continua. Mi tío

Lázaro había resultado su sueño, viniéndose á vivir con nosotros. Su mucha edad no le permitía leer el breviario por las mañanas. A veces echaba de menos su querida iglesia; pero se consolaba yendo a visitar al joven párroco que le había sustituido. Al rayar el alba, bajaba de la pequeña habitación donde dormía, y con frecuencia me acompañaba al campo. Rejuveneciéndose al contacto del aire libre y al respirar el suave aroma de la campiña.

Sólo una cosa nos hacía suspirar á menudo. En la fecundidad que nos rodeaba, Babet permanecía estéril. Aunque fuésemos tres para amarla, nos encontrábamos muy solos; habríamos querido tener sobre nuestras rodillas una cabecita rubia que nos hubiese atormentado y acariciado.

El No Lázaro tenía un maldo terrible á morirle sin ser llo por segunda vez. Había vuelto á ser niño, y se quejaba de que Babet no le diese un compañero que jugase con él. El día en que mi mujer me confió, titubeando, que probablemente íbamos á ser cuatro se puso muy pálido, conteniéndose para no llorar. Nos abrazó, pensando ya en el bautizo, hablando del niño como si tuviese ya tres ó cuatro años de edad.

Y los meses pasaron en un recogimiento de tormenta. Hablábamos entre nosotros muy bajito, esperando á alguien.

Yo no amaba ya á Babet; la adoraba con las manos juntas; la adoraba por dos: por ella y por el pequeño.

Habíamos pedido nuestra felicidad á nuestro querido valle. Era agricultor el Durance, mi primera amante, se mostraba conmigo pródigo como buena madre; parecía complacerse en fecundar y enriquecer mis campos. Poco á poco, aplicando los nuevos métodos de cultivo, me convertí en uno de los propietarios más ricos del país.

Se acercaba el gran día. Había hecho venir de Gennoble á una matrona, que no se apartaba ya de la granja. El tío pasaba terribles angustias: nada sabía de tales aventuras y llegó á decir que se había equivocado al contar misa y que debía haber sido médico.

Una mañana de Septiembre, á eso de las seis, entré en la alcoba de mi querida Babet, que dormía aún: su rostro sereno se reposaba con tranquilidad en la funda blanca de la almohada. Me incliné, contentando la respiración. El cielo me colmaba de bienes. Pense de pronto en aquel día de estío, cuando agonizaba entre el polvo, y sentí al mismo tiempo en torno mío el bienestar del trabajo, la paz de la felicidad. Mi excelente mujer dormía, encendido el semblante, en su cómodo lecho mientras la habitación entera me recordaba mis quince años de ternura.

Besé dulcemente á Babet en los labios. Abríó ella los ojos, y sonrióse sin hablar. Tenía vivísimos deseos de cogerla en mis brazos, de estrecharla contra mi corazón; mas, desde hacía algún tiempo, apenas me

atrevía á tomarle la mano: tan frágil y sagrada me parecía.

Me senté al borde del lecho, y en voz baja:

—¿Será hoy?—le pregunté.

—No, no lo creo—me contestó.—Sofista que tenía un hijo; estaba ya muy crecido, y tenía pequeños bigotes negros. El tío Lázaro me decía ayer que también él lo había visto en sueños.

No permití una broma de mal gusto.

—Conozco al niño mejor que tú (dijo). Le veo todas las noches. Es un niño....

Y como Babet se volviese hacia la pared con ganas de llorar, comprendí la ternura que había cometido, y me apresuré á añadir:

—Ha dicho una niña, pero no estoy bien cierto. Le veo muy pequeño; iba con largo traje claro. Es seguramente un niño.

Babet me abrazó con agradecimiento.

—Ve á cuidar de la vendimia (prosiguió). Me siento bien por ahora.

—¿Me avisarás si hay alguna novedad?

—Sí. Estoy muy cansada. Voy á dormir un poco. ¿No me llamarás perezosa?

Babet cerró los ojos con languidez y ternura. Permanecí inclinado hacia ella, recibiendo en el rostro el tibio aliento de sus labios. Dormíase poco á poco, sin dejar de sonreír. Entonces desprendí mi mano de la suya con precauciones infinitas: trabajé durante



algunos minutos para salir aliroso de esta empresa delicada. Después deposita en su frente un beso que ella no sofrió, y me retiré palpitante, con el corazón desbordando de amor. Al bajar encontré en el patio á mi tío Lázaro. Cuando me vió:

—¿Es para hoy?—dijo.

Hacía un mes que me dirigía todas las mañanas la misma pregunta.

—Parece que no (le respondí).—¿Tiempo V. conmigo á ver vendimiar?

Fué á buscar su bastón, y nos encaminamos al robledal. Cuando llegamos al extremo del paseo, á la terraza que dominaba el Parance, nos detuvimos contemplando el valle.

Se veían algunas nubecillas blancas en el pálido cielo. Los claros rayos de sol sembraban la campiña de polvos de oro; la vegetación se extendía por todas partes con el calor de la madurez, no teniendo ya las luces ni las sombras mágicas del verano. Las hojas doraban con sus muchas placas la tierra negruzca. El río corría muy lento, como cansado de haber fecundado los campos un año más. Y el valle continuaba tranquilo y fuerte. Mostraba ya las primeras arrugas del invierno; pero su rancio conservaba el calor de los últimos alumbraamientos; ostentando sus formas amplias, despojado del follaje lujurioso de la primavera, más orgullosamente hermoso con esta segunda juventud de mujer que ha dado á luz

—Mi tío Lázaro se quedó pensativo; después, volviéndose hacia mí:

—¿Te acuerdas? (me dijo) Hace más de veinte años te traje aquí una clara mañana de primavera. Entonces te mostré el valle en plena actividad, preparando los frutos del otoño. Mira: el valle acaba de concluir otra vez su trabajo.

—Me acuerdo, querido tío (le respondí). Tenía mucho miedo aquel día; pero V. fue bueno y su lección convincente. Le debo á V. todas mis alegrías.

—Sí, estás en el otoño; has trabajado, y recoges. El hombre, hijo mío, ha sido creado á imagen de la tierra. V., como la madre común, somos eternos: las hojas verdes recorren todos los años de las hojas secas. Yo renazco en ti y tú renacerás en tus hijos. Te digo esto, para que la vejez no te espante; para que sepas morir con tranquilidad, como muere esta vegetación, que volverá á brotar de sus propios gérmenes en la primavera próxima.

Oía á mi tío y pensaba en Babat, que dormía en su lecho, entre las cortinas blancas. La querida criatura iba á dar á luz, á semejanza del suelo poderoso á quien debíamos nuestra fortuna. Ella también estaba en el otoño: tenía la franca sonrisa, la amplitud serena del valle. Me parecía verla, bajo el claro sol, lánguida y caritosa, gozando con generosa voluptuosidad en ser madre. Y ya no sabía si mi tío Lázaro me hablaba de mi querido valle ó de mi querida Babat.

Subimos lentamente la ladera. Allí abajo, á lo largo del Duranco, estaban las praderas, semejantes á tapices de un verde subido; luego venían las tierras amarillentas, que cortaban de trecho en trecho, en calles anchas y espaciosas, los olivos grises y los enjutos almendros; al final, en lo más alto, se veían las viñas, las fuertes copas, cuyos sacmientos se arrastraban por el suelo.

En el Mediodía de Francia se trata á la viña como á mala comadre, y no como á delicada señorita, según es costumbre en el Norte. Crece algo á la ventura, abandonada, en parte, á los caprichos de la lluvia y del sol. Las copas, alineadas en largas filas, cubren en torno suyo reuniones de un verde sombrío; en los intermedios se siembra trigo ó avena. Un viñedo se parece á una lujosa pieza de tela rayada, formada por la banda de los pámpanos y la faja amarilla del rastrojo.

Hombres y mujeres, agachados en las vides, cortaban racimos de uvas, que arrojaban en seguida al fondo de grandes cestas. Habían muy despacio, mi tío y yo, á lo largo de los rastrojos. Al pasar, los vendimiadores volvían la cabeza y nos saludaban. Mi tío se detenía con frecuencia para conversar con los trabajadores de más edad.

— ¡Eh, tío Andreol (decía)! ¿Está la uva madura? ¿Será bueno el vino de este año?

Y los campesinos, levantando sus brazos desnudos,

mostraban al sol grandes rasqueros de un negro de tinta, cuyos granos parecían reventar de jugo y de fuerza.

—Vea V., señor cura (gritaban): estos son pequeños; los hay que pesan muchas libras. Hace diez años que no había tan buena cosecha.

Después volvían a ocultarse entre las hojas. Sus chalecos oscuros manchaban de negro la ribera verde. Y las mujeres, con la cabeza descubierta, con un delgado pañuelo azul al cuello, se encorvaban, candeando. Los chiquillos rodaban por el suelo en medio del castrojo, tomando el sol, alegrando con su turbulencia aquel taller al aire libre. A la orilla del campo, enormes carretas inmóviles esperaban la ura; destacábanse bajo el claro cielo, y los hombres iban y volvían, llevando los cestos llenos, trayéndolos vacíos.

Confieso que ante aquel espectáculo me asaltaron pensamientos de orgullo. Vi a la tierra producir bajo mis plantas; la vida madura y omnipotente corría por las venas de las copas, y llenaba el aire con su aliento poderoso. La sangre ardiente golpeaba mis arterias: estaba como hervido por la fecundidad que se desbordaba del suelo y subía hasta mí. El trabajo de aquel pueblo de campesinos era obra mía: las viñas eran hijas mías; el campo entero mi familia, antílopea y obediente. Experimentaba cierto placer en hundir mis pies en la fértil tierra.

Entonces abracé con una mirada los terrenos que descendían hasta la margen del Duranco. ¡Todo era mío: viñedos, prados, pastos, olivares (la casa blanqueaba al lado del robledal). El río parecía una ancha franja de plata, colocada al filo del ancho montón de mis prados. Oí por un instante que crecía, que me agigantaba, que, extendiendo los brazos, iba á poder estrechar contra mi pecho la propiedad entera, árboles y praderas, casa y tierras labradas.

Y cuando miraba, vi á una corriente de cosa que subía el sendero á todo correr. Tropezaba en las piedras, agitaba los brazos, nos llamaba con ademanes descompuestos. Una emoción terrible se apoderó de mí,

—¡Tío, tío! ¡grité.) Vea V. cómo corre Margarita creo que es hoy al fin.

Mi tío Lázaro se puso pálido. La corriente había llegado á la meseta; se dirigía á nosotros, saltando por encima de las copas. Cuando estuvo delante de mí, le faltó el aliento; se ahogaba; se llevaba ambas manos al pecho.

—Hable V. (le dije), ¿Qué sucede?

Dió un gran suspiro; dejó caer los brazos, y al cabo pudo producir esta sola palabra,

— La señora...

No esperé más.

—¡Venga V., venga V. pronto, tío Lázaro! ¡Ah, mi pobre y querida Babet!

Y bajé el sendero á escape, á riesgo de romperme los huesos. Los vendimiadores, que se habían puesto en pie, me miraban correr sonriéndose. El tío Lázaro, no pudiendo alcanzarme, agitaba en báculo con desesperación.

—¡Ad, Juan! (gritaba.) ¡Qué diablo: espérame! No quiero ser el último.

Pero yo no oía ya al tío Lázaro; seguía corriendo.

Llegué á la granja, jadeante, lleno de temor y de esperanza. Subí la escalera; llamé con el puño á la puerta de Babet, riendo, llorando, con la cabeza trastornada.

La maestra entreabrió la puerta para decirme, con tono de enojo que no hiciera tanto ruido. Me quedó desasosado y confuso.

—No puede V. entrar (añadió). Espere V. en el patio.

Y como yo no despegaba mis tallos:

—Todo va bien (continué). Yo le llamaré á V.

La puerta se volvió á cerrar. Continué delante de ella, no resolviéndome á bajar. Oí á Babet quejarse con voz quebrada. De pronto dió un grito desgarrador, que me atravesó como una bala que me hiriese en mitad del pecho. No sé cómo no eché abajo la puerta de un empujón. Para no ceder á este deseo, me tapé los oídos con las manos, y me precipité como un loco por la escalera.

Encontré en el patio á mi tío Lázaro, que llegaba

jadeante. El excelente hombre se vió obligado á sentarse en el brocal del pozo.

—Y bien (me preguntó): ¿dónde está el niño?

—No lo sé (respondí): se me ha despedido. Babel sufre y llora.

Nos miramos, no atreviéndonos á pronunciar más palabras.

Nos pusimos á escuchar con angustia: no separábamos los ojos de la ventana de Babel, tratando de ver algo á través de las cortinilla blancas. El tío, temblando, estaba inmóvil, con ambas manos apoyadas fuertemente en el bastón: yo, acometido de fiebre, me presenté delante de él á grandes paños. De vez en cuando cambiábamos ecorizas inquietas.

Las carretas de los vendimadores llegaban una tras otra. Los cestos de uvas se colocaban junto á uno de los muros del patio, y algunos hombres, descalzos de pie y pierna, presentaban los racimos en madera de arceas. Las cataliterías relucaban, jugaban los carreteros y el vino entámo caía con sordo pulso al fondo de las cubas. Olores acrezse esparcían por el aire tibio.

Y yo seguía mi paseo, de un extremo á otro del patio, como embriagado por otros olores. Mi pobre cabeza estallaba: pensaba en Babel al ver correr la sangre de las uvas. Me decía con gozo puramente físico que mi hijo nacía en la época fecunda de la vendimia, en el ambiente aromatizado por el vino nuevo.

La impaciencia pudo más que yo; subí otra vez, pero no me atreví á llamar; apliqué el oído á la puerta, y llegaron hasta mí los lamentos de Babet, que sollozaba en voz baja. Entonces saltóme el valor, maté el sufrimiento. El tío Lázaro, que había subido silenciosamente detrás de mí, me volvió á llevar al patio. Quiso distraerme; me dijo que el vino sería excelente; pero hablaba sin atenderse á sí mismo. Y á cada momento nos callábamos ambos, escuchando con avidez una queja más prolongada de Babet.

Poco á poco los gritos se dulcificaron; convirtiéndose en un murmullo doloroso, en queja de niño que se duerme llorando. Después reinó un silencio solomun. Esta silencio causóme espanto terrible. Ahora que Babet no sollozaba, la casa me parecía vacía. Un á subir, cuando la matrona abrió la ventana sin hacer ruido. Se incluyó, y llamándome con la mano:

—Suba V., —me dijo.

Subí con lentitud, deteniéndome en cada escalón para saborear profundamente mi alegría. Mi tío Lázaro llamaba ya á la puerta, cuando aún no había pasado yo la mitad de la escalera: experimentaba una especie de placer extraño en retrasar el momento de abrazar á mi mujer.

Me detuve en el dintel; el corazón me latía violentamente. Mi tío estaba inclinado sobre la cuna. Babet, muy blanca, con los ojos cerrados, parecía dormir. Dividí al niño: me fui derecho á Babet, y cogí su



querida cabeza entre mis manos. El llanto no se había secado aún en sus mejillas, y sus labios, todavía temblosos, se sobresalían empapados en lágrimas. Levantó perezosamente los párpados. No me habló, pero sí que decía: «He sufrido mucho, mi querido Juan; ¡pero era tan feliz con sufrir! Te sentía en mí.»

Entonces me incliné; besé los ojos de Babet, bebí sus lágrimas, la miré con dulzura. se abandonaba á mí con cariñosa languidez. La fatiga la tenía penetrada. Soparé lentamente las mechas de la cabeza, se me abrazó al cuello, y aproximó su boca á mi oído.

—Es un niño, —murmuró con voz débil y aire de triunfo.

Fueron estas las primeras palabras que pronunció después de la terrible crisis por que acababa de atravesar.

—Ya sabía yo sería un niño (siguió Babet); lo veía todas las noches.... Dámelo, acuéstate á mi lado.

Me volví, y vi disputando á mi tío Lázaro y á la matrona. Esta última pasaba las fatigas del mundo para impedir al primero que cogiese al niño en brazos. Quería mecerlo.

Miré al niño. ¿quién había olvidado pensando en la madre. Estaba muy encarnado. Babet decía con convicción profunda que se parecía á mí; la matrona afirmaba que tenía los ojos de su madre; por mi parte, nada decía; mi emoción era muy grande; se me

saltaban las lágrimas; besé al pequeño, creyendo todavía abrazar á Babet.

Dejé al niño en el lecho; su continuo gritar sonaba en nuestros oídos como música deliciosa. Me senté en el borde de la cama; mi tío se arrellanó en un gran sillón, y Babet, cansada y serena, tapada hasta la barba, permaneció con los párpados levantados, los ojos sonrientes.

La ventana estaba abierta de par en par. El olor de la mar entraba con las tibias brisas de las siestas del otoño. Se oían las pisadas de los vendimiadores, las sacudidas de las carretas, los chasquidos de las látigas de vez en cuando resonaban las notas agudas de una criada que atravesaba el patio cantando. Todos estos ruidos se suavizaban en la serenidad de la habitación, aún conmovida con los sollozos de Babet. Y la ventana cortaba en pieno cielo y en plena campiña un ancho cuadro del paisaje. Veíamos la alameda de robles en toda su longitud; después, el Duranco, como una cinta de seda blanca, deslizándose por entre el oro y la púrpura del follaje; y como sirviendo de marco, un cielo pálido rosa y azul en cuyas limpidas profundidades se perdía la mirada.

Gozando de la calma de horizonte, aspirando las emanaciones del hogar, rodeado de las alegrías del trabajo y del alumbramiento, conversábamos los tres; Babet, el tío Lázaro y yo, mirando al querido recién nacido.

—Tío Lázaro (decía Babet); ¿qué nombre pondremos al niño?

—La madre de Juan se llamaba Jacoba (respondió el tío); yo llamaría al niño Jacobo.

—Jacob... Jacobo... (replicó Babet.) Sí, es un nombre muy bonito. Y dígame V.: ¿qué haremos de este hombrecito? ¿un cura ó un soldado? ¿Un señor ó un aldeano?

Me eché á reir.

—Tenemos tiempo de pensar en eso,—dijo.

—No lo ureas (repuso Babet casi enojada); creceá muy pronto. Mira que robusto es. Sus ojos hablan ya.

El tío Lázaro pensaba absolutamente lo mismo que mi mujer. Añadí en tono grave.

—No hagáis de él un sacerdote ni un soldado, á menos que se trate de una vocación irresistible en el muchacho.... Hacer de él un señor...., eso es mejor.

Babet me miraba asustosa. Mi pobre mujer no tenía pizca de orgullo en lo que á ella se refería; pero, como todas las madres, hubiese querido estar con humildad y álzvez á un mismo tiempo delante de su hijo. Hubiese jurado que le veta ya médico ó notario. Le abracé, y le dije con dulzura.

—Desd que el niño viva en nuestro querido valle. Algún día encontrará á la orilla del Duranco á una Babet de diez y seis años á quien dará de beber. Acuérdate, amiga mía; debemos al campo nuestra

dicho; nuestro hijo será campesino como nosotros; talz como nosotros.

Babet, muy conmovida, me abrazó á su vez. Miró por las ventanas, el follaje, el río, las praderas y el cielo; después, sonriente:

—Tienes razón, Juan (se dijo). Esta rincón ha sido bueno para nosotros: lo será también para nuestro adorado Jacobo... Tío Lázaro, V. será el padrino del labrador.

El tío Lázaro aprobó, moviendo la cabeza lenta y afectuosamente. Desde hacía un instante le estaba yo mirando, y veis que sus ojos se velaban, que sus labios palidecían. Tendido en la butaca, colocado frente por frente á la abierta ventana, había puesto las blancas manos sobre sus rodillas, y miraba á menudo al cielo, en actitud de extático recogimiento.

Me sentí muy inquieto.

—¿Sufre V., tío Lázaro? (le pregunté.) ¿Qué tiene V....? Responda por favor.

Levantó dulcemente una de sus manos como para rogarme que hablase más bajo; después la dejó caer y con voz débil:

—Me muero (dijo). A mi edad, la felicidad es mortal.... No hagáis ruido.... Me parece que mi carne ha perdido su gravedad; ya no siento ni piernas, ni brazos.

Babet, muy aterrada, se incorporó, uniendo al

tío Lázaro. Yo me arrodillé á sus pies, mirándole con ansiedad: él se sonreía.

—No os angustiéis (prosiguió). No experimento el más insignificante dolor; esta dulzura invade todo mi ser; me parece que voy á dormirme con sueño justo y bueno.... La muerte me hiere de pronto, doy y gracias al cielo. ¡Ah, mi pobre Juan! He bajado muy aprisa el sendero; el niño me ha producido demasiada alegría.

Y como todos lo comprendieramos, como estalláramos en sollozos, el tío Lázaro continuó, sin dejar de mirar al cielo.

—No turbéis mi alegría, os lo suplico. ¡Si supiérais cuán feliz soy con dormirme para siempre en esta bruma! Nunca uno había atrevido á soñar muerte tan dulce. Todo lo que uno está á tal ludo. ¡Ved qué cielo tan azul! Dios me envía una buena noche.

El sol se ocultaba detrás del robleal. Sus rayos oblicuos se deslizaban como lenguas de oro sobre las hojas de los árboles, que tomaban reflejos cobrizos.

A lo lejos, perdíase la verde campiña con vaga serenidad. El tío Lázaro se debilitaba por momentos en brazos de aquella alencio solemne, de aquellas ráfagas del sol poniente que entrecruzan por la abierta ventana. Se extinguía con lentitud, como los fulgores ligeros que palidecen en las altas ramas.

—¡Ah! Mi buen valle (murmuró): me despidas con

ternura.... Tenía miedo de morir en el invierno, cuando estuvieseas yermo y frío.

Conteníamos nuestras lágrimas; no queríamos turbar aquella muerte tan santa. Babotaba en voz baja.

El niño seguía dando pequeños gritos.

Mi tío Lázaro, en medio de su agonia, oyó estos gritos. Trató de volverse hacia Babot, y, sonriéndose siempre:

—Ha visto al niño (dijo); muero feliz.

Después miró al cielo pálido, á la blanca campiña é inclinando la cabeza, exhaló un débil suspiro.

Ningún estremecimiento sacudió el cuerpo del tío. Lázaro, entró en la muerte como se entra en el sueño.

Se había apoderado de nosotros un sentimiento tan dulce, que permanecimos mudos, sin derramar una lágrima. Sólo experimentábamos una tristeza serena enfrente de tanta sencillez. El crepúsculo avanzaba, los adioses del tío Lázaro nos dejaban conñados, como los adioses del sol que muere por la tarde para renacer al otro día.

Tal fué mi jornada de otoño, que me dió un hijo y arreboló á mi tío Lázaro en la paz del crepúsculo.

## IV.

## INVIERNO.

Entra tiene días silenciosos que hielan al corazón. Al despertar aquella mañana fui presa de vaga inquietud. El desierto había empezado durante la noche, y cuando, desde el aljibe de la puerta, miré al campo, se me apareció éste como inmenso harapo de color grisucio, manchado de lodo, agujereado por algunas partes.

De una cortina de nieblas ocultaba el horizonte. En medio de ella, erguían los robles del poseso sus negros brazos, semejantes á una fila de espectros que guardasen el abismo de vapor que se habría detrás de ellos. Las tierras estaban removidas y cubiertas de charcos, en torno de los cuales se veían montones de nieve que habían perdido su blancura. A lo lejos se oía la gran voz del Durazno.

El invierno respira vigor sano cuando el cielo está claro y la tierra dura. El aire pincha las orejas, se camina alegremente por los senderos; el hielo resaca bajo los pies con ruidos argentinos. Los campos se extienden, claros y limpios, blancos con la

nieve, rojízonal sol. Pero no conozco nada tan triste como esos días enojosos de deshielo; aborrezco la niebla, cuya humedad pesa sobre las espaldas.

Me estremecí al contemplar aquel cielo cobrizo; me apresuré á entrar otra vez, resuelto á no ir al campo aquella mañana. No faltaba qué hacer en el interior de la granja.

Jacobo se había levantado muy temprano. Se le oía silbar bajo un cobertizo, donde ayudaba á cargar sacos de trigo. Tenía diez y ocho años: era un guapo mozo, de brazos fuertes. No le había mimado ni ensañado el latín millico, como á mí, y no iba á soñar bajo los sauces. Jacobo era un verdadero campesino, un trabajador infatigable, que se incomodaba cuando yo quería hacer alguna cosa, diciéndome que era viejo y que debía descansar.

Mientras lo contemplaba de lejos, un sol dulce y ligero, que se encaramó sobre mis hombros, me puso sus manos encima de esta vez, preguntando:

—¿Quién soy?

Me eché á reír.

—Buen (contestó) Mariquita, á quien su madre acaba de vestir.

La niña iba á cumplir diez años, y desde que nació era la alegría de la casa. Nacida á última, en una época en que no esperábamos ya tener hijos, era amada con doble motivo. Nos era aún más querida á



causa de su salud delicada. Se la trataba como á una esbortita. Su madre quería á todo trance que fuese una verdadera señora, y yo no me atrevia á oponerme: tan linda estaba la niña con su bonito traje de seda, adornado de encajes.

Mariquita no se habla bajaran de mis hombros.

—Mamá, mamá (gritaba): ven á verme; estoy á caballo.

Babet, que entraba, se sonrió. ¡ah, mi pobre Babet; qué viejos éramos! Me acuerdo de que en aquel tiempo bostezábamos de cansancio, mirándonos con tristeza cuando estábamos solos. Nuestros hijos nos devolvían nuestra juventud.

El desayuno fué silencioso. Nos vimos obligados á encender luz. La claridad rojiza que esparcía en la habitación, infundía mortal tristeza.

—¡Babi (decía Jacobo.) Es preferible esta lluvia templada, á que el frío hiela nuestros olivares y nuestras viñas.

Y trataba de bromear. Pero estaba inquieto, como nosotros, sin saber por qué; Babet no había dormido bien. Oíamos el relato de las pesadillas que la habían asaltado, con la sonrisa en los labios y la angustia en el corazón.

—El tiempo nos pone así,—dijo,—para tranquilizar á todo el mundo.

—Sí, sí, es el tiempo (se apresuró á afirmar Jacobo). Voy á echar algunos artemisios al fuego.

Alegres llamas saltaron en aqúeas rifagas de luz sobre los muros. Las cepas se quejaban, dando chasquidos, convirtiéndose en rojas brasas. Estábamos sentados enfrente de la chimenea: fuera de la casa, la atmósfera estaba tibia; pero dentro caía de los techos una humedad glacial. Babet había puesto á Mariquita sobre sus rodillas, y conversaba con ella muy bajito, estrechándose con su charla de niña.

—¡Venga V., padre! (me preguntó Jacobo.) Vámonos á visitar las cuevas y los graneros.

Sali con él. Desde hacía algunos años las cosechas no eran buenas. Experimentábamos grandes pérdidas: nuestras viñas, nuestros árboles, parecían á los rigores del frío. El hielo picaba nuestros granos. Yo me decía á veces que era viejo; que la fortuna, que es mujer, no ama más que á los jóvenes. Jacobo se reía, diciéndome que él no era viejo, y que iba á cortejar á la fortuna.

Estaba yo en el invierno, en la estación fría. Veía claramente que todo moría en torno mío. A cada alegría que volaba, pecaba en el río Lázaro, que había muerto con tanta tranquilidad; pedía fuerzas á su querido recuerdo.

A eso de las tres anocheció por completo. Bajamos á la sala común. Babet estaba al lado del fuego, con la cabeza inclinada; Mariquita, sentada en el suelo frente á la chimenea, veía gravemente una muñeca. Jacobo y yo, sentados delante de una mesita de cau-

ta, heren eis del tío Lizaro, comojábamos nuestras cuentas.

La ventana parecía tapada; la niebla, adherida á los cristales, formaba una verdadera muralla de sombra. Detrás de esta muralla se abría el vacío, lo desconocido. Un clamor intenso, un ruido estrepitoso que llenaba la sombra, se elevaba en el abismo.

Habíamos despedido á los trabajadores, no reteniendo á nuestro lado más que á la naciana Margarita. Cuando levantaba la cabeza y escuchaba, me parecía que la granja estaba suspendida en medio de un remolino. Ningún ruido humano sonaba en el exterior; sólo se percibía el clamor del abismo. Entonces miraba á mi mujer y á mis hijos, con la cobardía de los viejos que se sientan demasiado débiles para proteger á aquellos que les rodean contra peligros desconocidos.

El clamor se hizo más roncó, y me parecía que empujaban la puerta. De repente, en la cuadra, los caballos relincharon furiosamente, y los bueyes mugieron como si se estuvieran ahogando. Nos levantamos todos, pálidos, inquietos. Jacobo se precipitó á la puerta, abriéndola de par en par.

Una ola de agua turbia entró bruscamente en la sala, y llenó el piso.

El furor se desbordaba. Suyo era el clamor que se oía á lo lejos desde por la mañana. Fundidas las nievas de las montañas, cada arroyo se había con-

vertido en un torrente que engrosaba el río. La azolvía nos había ocultado esta crecida instantánea. Muchas veces, en los inviernos rigurosos, en la época del destieilo, el agua había llegado á la casa; pero nunca la inundación había sido tan repentina. Veía el mostipatio convertido en un lago. El agua no mojaba ya las tabillas.

Babet había alzado en sus brazos á Mariquita, que lloraba, estrechando á la muñeca contra su pecho. Jacobo quería ir á abrir las puertas de la candra y estable, pero en madre lo sujetó por las ropas, rogándole que no saliese. El agua seguía subiendo. Empujé á Ba-bet hacia la escalera.

—¡Pronto, pronto (grité); á la habitación alta!

Obligué á Jacobo á ir delante de mí. Subí el último.

Margarita, atemorizada, bajó del granero donde dormía. Elce que se sentaba al lado de Babet, que permanecía silenciosa, pálida, con los ojos suplicantes. Habíamos acostado á Mariquita, que no quiso separarse de su muñeca, y dormía dulcemente con ella en los brazos. Este sueño me alentaba, y cuando me volvía y veía á Babet, escuchando la respiración regular de la niña, no oía ya el agua azotando los muros.

Pero Jacobo y yo no podíamos menos de mirar el peligro de frente. La ansiedad nos impulsaba á darnos cuenta de los progresos de la inundación. Habíamos abierto la ventana de par en par; nos inclinábamos, á

riesgo de caer; interrogábamos á la noche. La niebla cada vez más densa. flotaba sobre el agua, despidiendo una lluvia finísima, que nos penetraba hasta los huesos. Vagos reflejos de acero indicaban la sábana móvil en el fondo de las tinieblas. En el patio (la ola seguía subiendo á lo largo de las paredes con suaves undulaciones. Y no oíamos más que la voz colérica del Durance, y el relinchar y el mugir de los caballos y buyes espantados.

El terror y peligro de estos pobres animales me partían el alma. Jacobo me preguntaba con la mirada: hubiese querido arrojarse á librarlos. Pronto fueran más dulcemente sus quejas de aguija, y de súbito resonó un gran ruido. Era que los buyes habían roto las puertas del establo. Pasaron delante de nosotros, arrastrados por la cornucopia, desapareciendo en la obscuridad de la noche.

Entonces la cólera me cegó, y furioso como un loco, amenacé al Durance con el puño. De pie, delante de la ventana, le insultaba;

—¡Maldito! (grita, en medio del estrépito de las aguas.) Te he amado entrañablemente, has sido mi primer amor, y hoy me robas; quieres destruir mi casa, y me arrebatas mis bestias. ¡Ah, maldito, maldito! —Me diste á Babet, te paseaste dulcemente á orillas de mis tierras. Te creía una buena madre; me acordaba del tío Lázaro, que tantas ternuras sentía por tus clarazonadas; pensaba deberle recono-

ciumento, y eres una madrastra. No te debo más que odio.

Pero el Duranco, con un voz de tormenta, sofocaba sus gritos. Majestuoso é indiferente, extendía y empujaba sus alas con la tranquila obstinación de las cosas.

Volví á entrar en la habitación: abracé á Babet que lloraba, Mariquita dormía sonriendo.

—No te asustes (dije á mi mujer); el agua no ha de subir siempre.... Va sin duda á bajar..... No hay ningún peligro.

—No, no hay ningún peligro (repetía febrilmente Jacobo). La casa es sólida.

En aquel momento, Margarita, que se había aproximado á la ventana, dominada por la ansiedad del terror, se inclinó como una loca y cayó dando un grito; me puse delante de la ventana, pero no antes que Jacobo saltara al agua. Margarita le había tenido en sus brazos cuando niño, y amaba á la pobre sucia con ternura de hijo. Al ruido de las dos caídas, Babet se había levantado espantada, con las manos juntas, y así se quedó; de pie, con la boca abierta, sin pestañear, mirando á la ventana.

Me había acordado en el alfilerar de la ventana, en el ardecido por el rumor de las aguas.

No sé el tiempo que estuvimos Babet y yo en aquel «stupor doloroso, cuando oí una voz que me llamaba

Era Jacobo, que estaba junto á la pared, bajo la ventana; le tendí la mano y subió.

Babet le abrazó fuertemente. Podía sollozar; estaba enojada.

Nadie habló de Margarita. Jacobo no se atrevía á decir que no había podido encontrarla; nosotros no nos atrevimos á interrogarla acerca del resultado de sus pesquisas.

Me llamó aparte; me condujo á la ventana.

—Padre (me dijo á media voz): hay ya dos metros de agua en el patio, y el río no cesa de subir. No podemos estar más tiempo aquí.

Jacobo tenía razón. La casa se desmoronaba; las tablas de los cobertizos se iban una á una. Después, la sombra de Margarita pesaba sobre nosotros. Babet, medio loca, nos amplexaba. Sólo la niña continuaba en el lecho tan tranquila, abrazada á su muñeca, durmiendo con su hermosa sonrisa de ángel.

El peligro crecía por momentos. El agua iba á ganar la ventana é invadir la habitación. Se hubiese dicho que una máquina de guerra bombardeaba la granja con golpes sordos, profundos, regulares. La corriente debía coger á la casa de lleno, en plena fachada. Y no podíamos esperar ningún socorro humano.

—Los minutos son preciosos (dijo Jacobo con angustia). Vamos á perecer bajo los escombros.... Busquemos tablas; construyamos una balsa.

Tenia calentura. En verdad, por mi parte, hubiera

preferido mil veces estar en medio del río, sobre algunas vigas sujetas entre sí, que no bajo el techo de aquella casa que amenazaba desplomarse. Pero, ¿dónde encontrar las tablas necesarias? Arranqué con rabia las tablas de los armarios; Jacobo rompió las muebles; quitamos los postigos de la ventana; nos apoderamos de todos los objetos de madera que estaban á nuestro alcance. Y viendo que era imposible utilizar estos restos, los arrojamos en medio de la habitación, furiosos, sin cesar de buscar.

Nuestra última esperanza desapareció; comprendimos nuestra miseria y nuestra impotencia. El agua subía. Las voces roncadas del Durancé nos llamaban con cólera. Entonces estallé en sollozos; estreché á Babut convulsivamente entre mis brazos, y supliqué á Jacobo que viniera á nuestro lado. Quería que uniéramos todos juntos, formando un apretado haz,

Jacobo había vuelto á asomarse á la ventana.

De pronto, (gritó) bruscamente:

—Padre, nos hemos salvado: ven á ver.

El cielo estaba claro. El techo de un cobertizo, arrancado por la corriente, acababa de encallar delante de la ventana. Este techo, de muchos metros de ancho, estaba formado de vigas ligeras y de balogo; sobrenadaba; debía ser una balsa excelente. Junté las manos; había adorado aquellas vigas y aquella paja.

Jacobo saltó al techo, después de haberle amarrado



fuertemente; lo recorrió en toda su extensión, asegurándose de la solidez de cada parte. La paja resistió; nos podíamos aventurar sin ningún temor.

—¡Oh! Nos llevará á todos (dijo Jacobo alegremente). ¡Ve cuán poco se hunde en el agua! .. Lo difícil será dirigirlo.

Miró en torno suyo, y recogió al paso dos palas largas que la corriente arrastraba.

—¡Ah! He aquí los remos (continuó) Padre, ponémoslos, tú detrás, yo delante, y conduciremos fácilmente la balsa. No hay tres metros de fondo... Pronto, pronto; vamos á embarcarnos: no hay que perder un minuto.

El pobre Dabel procuraba sonreírse. Envolvió cuidadosamente á Mariquita su unchal; la niña acababa de despertarse; muy espantada; guardaba silencio, que interrumpía con hondos suspiros. Coloqué una silla delante de la ventana, hice subir á Babet en la balsa; mientras la tenía suspendida en mis brazos, la estreché, besándola con dolorosa emoción; sentía que aquel beso era un beso supremo.

El agua empezaba á entrar en la habitación. Terminamos los pías mojados; me embarqué el último; desaparecí detrás la cuerda. La corriente nos arrojaba contra el muro; fueron precisas precauciones y esfuerzos infinitos para alejarnos de la casa.

Poco á poco había caldo la noche. Cuando salíamos podía ser media noche: las estrellas estaban to-

darla semireladas. La luna, casi en el límite del horizonte, esparcía una pálida claridad de aurora.

La inundación se nos apareció entonces en todo su horror grandioso. El valle se había convertido en río. De un lado á otro, entre las masas sombrías de cultivo, el Durango, único ser viviente en aquella soledad arrastraba su enorme caudal de agua, rugiendo con voz soberana, guardando en su cólera la majestad de su ímpetu colosal. De trecho en trecho, grupos de árboles vomitaban sus copas por encima del agua, manchando la pálida sábana con reflejos negruzcos. Reconocí los robles de la alameda; la corriente nos empujaba hacia aquellas ramas, que eran para nosotros otros otros tantos arrecifes. En torno de la balsa flotaban rastos, pedazos de madera, haces de hierba; el Durango se llevaba las ruinas producidas por su cólera.

A la izquierda veíamos las casas de Bourgues. Las luces de las linternas se destacaban y movían en la oscuridad. El agua no había debido subir hasta la aldea. Sólo las tierras bajas estaban invadidas. Veían sin duda socorro. Interrogábamos las claridades que se reflejaban en el agua; á cada instante nos paecía oír ruidos de remos.

Habíamos partido á la aventura. Cuando la balsa estuvo en medio de la corriente, la angustia se apoderaba nuevamente de nosotros casi lamentamos haber dejado la granja. Me volvía á veces, miraba la

casa que seguía en pie, gris sobre el agua blanca. Bañei, acurrucada en medio de la balsa, entre el bálago, tenía a Mariquita en sus rodiles, estrechando la cabeza de la niña contra su pecho para ocultarle el horror del río; ambas iban encorvadas, replegadas; abrazadas, como las pequeñas por el terror. Jacobo, de pie en la parte delantera, se apoyaba con toda su fuerza en la estaca; nos dirigía rápidas miradas, y volvía silenciosamente á su taro. Por mi parte, le secundaba lo mejor que podía; pero nuestros esfuerzos para ganar la orilla no obtenían resultado. Poco á poco, á pesar de nuestros remos improvisados que hundíamos en el lodo hasta romperlos, habíamos derivado; una fuerza, que parecía venir del fondo del agua, nos empujaba hacia adelante. El bote se apoderaba lentamente de nosotros.

Luchando, bañados en sudor, habíamos llegado á ser presa de la cólera; nos batíamos con el río como un ser viviente, tratando de vencerlo, de herirlo, de matarlo. El nos estrechaba entre sus brazos de gigante, y las estacas eran en nuestras manos armas que le hundíamos con rabia en mitad del pecho. El Durango rogó, nos escupía la baba al rostro, se retorcia bajo nuestros golpes. Con los dientes apretados, nos resistíamos á su victoria. No queríamos ser vencidos, y nos acometían deseos locos de agotar al monstruo, de calmarlo á puñetazos. Pero, lentamente, íbamos perdiendo terreno. Estábamos ya á la entrada del

paseo de robles. Las negras ramas azotaban el agua, desgarrándola con ruido imponente. La muerte nos esperaba tal vez allí, ante el menor obstáculo. Grité á Jacobo que tomase el paseo, y lo ayudé apoyándome en las ramas. Y así pasé por última vez entre aquellos robles, que habían sido testigos de mi juventud y de mi edad madura. En aquella noche terrible, ante el abismo que rugía, pensé en mi tío Lázaro; vi las hermosas horas de mi vida sonreírme tristemente.

Al concluir el paseo, el Durance triunfó. Nuestras estacas no tocaban ya el fondo. El agua nos arrebató en el impulso, furiosa de su victoria. Éramos ayes. Nos abandonamos. Bajábamos con rapidez espantosa. Grandes nubes, á manera de harapos sucios y agujerados, flotaban en el cielo. Cuando la luna se ocultaba, relucía lúgubre obscuridad. Batíamos rodábamos en el caos. Otras enormes, de un negro de tinta, semejantes á lomos de cactus, nos arrebataban, dando vueltas.

Ignoro cuánto tiempo duró esta carrera suprema. Bruscaamente brilló la luna; los horizontes blanquearon. Y á esta luz, vi enfrente de nosotros una masa negra, que obstruía el camino, y hacia la cual corríamos con toda la violencia de la corriente. Estábamos perdidos, íbamos á estrellarnos.

Babet se había puesto en pie. Me alargaba la niña.  
... ¡Poma la niña! (gritó) ¡Déjame, déjame!

Jacobo había cogido á su madre. Con potente fuerza:

—Padre (dijo): salve V. á la niña; yo salvaré á mi madre.

La masa negra estaba delante de nosotros. Me parece que era un árbol. El choque fué terrible, y la balsa, partida en dos, sembró sus pajas y sus vigas en el torbellino de las aguas.

Esté abrazado fuertemente á Mariquita. El agua helada me devolvió todo mi valor. Vuolto á la superficie del río, volví á la orilla, la volví á median sobre mi cuello, y me puse á nadar con gran trabajo. Si Mariquita no se hubiese desmayado y se hubiera movido, habríamos ido seguramente al fondo del río.

En tanto que nadaba, me sofocaba la angustia. Llamaba á Jacobo; trataba de verle á lo lejos, pero no oía más que el rumor, no veía más que la superficie pálida del Duranco. Jacobo y Babet habían perecido... Ella debía haberse agarrado á él y arrastrarle en un abrazo mortal. ¡Qué agonía tan atroz! Yo hubiese querido morir, me hundía lentamente; iba á hincarlos bajo el agua negra. Pero cuando la ola tocaba la frente de Mariquita, luchaba de nuevo con feroz energía para aproximarme á la orilla.

Así abandoné á Babet y á Jacobo, desesperado de no poder morir como ellos, llamándolos siempre con ronca voz. El río me arrojó sobre los guijeros, como junto á uno de esos haces de hierba que abandonaba en su curso. Cuando volví en mí, cogí en brazos á mi niña, que abrió los ojos. Amanecía. Al noche de in-

vierno había concluido; noche terrible, que había sido cómplice de la muerte de mi mujer y de mi hijo.

Hoy, tras muchos años de penas y recuerdos, sólo me queda un último consuelo. Soy el invierno helado; pero siento estremecerse en mí á la próxima primavera. Mi hijo Lázaro la decía: no morimos jamás. Ha tenido las cuatro estaciones, y he aquí que vuelvo á la primavera; he aquí que mi querida María vuelve á empezar las eternas alegrías y los eternos dolores.

FIN.



